Nora Rodríguez

El nuevo ideal del amor en adolescentes digitales

Desclée De Brouwer

El control obsesivo dentro y fuera del mundo digital

nora rodríguez

El nuevo ideal del amor en adolescentes digitales

El control obsesivo dentro y fuera del mundo digital

Desclée De Brouwer

© 2015, Nora Rodríguez
© 2015, Editorial Desclée De Brouwer, S.A.
Henao, 6 - 48009
www.edesclee.com
info@edesclee.com
EditorialDesclee
@@EdDesclee

ISBN: 978-84-330-3726-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Re pro gráficos –www.cedro.org–), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Adquiera todos nuestros ebooks en

www.ebooks.edesclee.com

El ideal del amor adolescente en tiempos de fragmentación

Entre los jóvenes de hoy, el sufrimiento por amor es obligatorio.

Si bien aman como resultado de la atracción y la seducción, no es menos importante el juego de la frialdad y el control. Un juego en el que una de las partes pareciera estar obligada a poner en marcha una vulnerabilidad alarmante, al límite del desamparo.

Probablemente, esta moderna “danza de amor” entre adolescentes no sea más que la consecuencia de un control que empieza por controlar el propio cuerpo, en una cultura escandalosamente somática, que mientras los domestica para estar disconformes con el aspecto exterior y manipula sus deseos, les proporciona una increíble multiplicidad de modelos estéticos de perfección absolutamente imposibles de cumplir, lo que les impide aceptarse, llegando a desvirtuar de tal modo sus deseos que son otros quienes deciden por ellos cómo deben enamorarse, reeditando el ideal romántico y los estereotipos de belleza y salvación.

El amor adolescente se mueve hoy entre un gran número de mediadores y metabolizadores de información devenidos en familiares, que les dan la fascinante posibilidad de experimentar multiplicidad de ‘yoes” desde espacios intangibles, desde los que aprenden a construirse como personas a partir de respuestas fragmentadas y difusas, y desde donde enamorarse se convierte ante todo en un acto de consumo. Y lo cierto es que amar como consumo no es amor, es posesión.

“La jaula se ha vuelto pájaro”.
Alejandra Pizarnik

¿Cómo no iba a ser la adicción al amor romántico tan

extraordinariamente excitante entre adolescentes si para sostenerlo hay que superar –o hacer superar a otro– infinitas pruebas de amor y sacrificio? En una época en la que todo es urgente, la experiencia del amor romántico en la adolescencia les permite detener el tiempo y proyectar sobre ese otro lo que no desean para sí.

Es por lo tanto un "otro" con el cual estar en exclusividad. Porque hoy lo que apremia es "tener" un amor romántico, exacerbado, con un gran sufrimiento, que funcione como un perfecto mecanismo de defensa primitivo que permita sobrevivir en una sociedad somática, la sociedad del vacío. Más aún, es tan elevada hoy la fragilidad adolescente que si no halla ningún bálsamo solo le queda caer en la vulnerabilidad extrema o cruzar la delgada línea invisible y caer en la insensibilidad. Como demasiado a menudo ocurre con uno de cada cuatro noviazgos adolescentes[1].

Con facilidad pasan del amor romántico a una relación tormentosa, en cuestión de días, o de horas, en la que de la excitación sexual o el entusiasmo saltan a la angustia y a una voracidad emocional que parece no poder satisfacerse nunca. Convencidos, como les enseña el cine, de que es obra del destino, pero con atribuciones para franquear la barrera que separa la excitabilidad propia de los primeros encuentros a la excitabilidad de los pensamientos persistentes por posesión. Del deseo de estar junto al que se desea, al control o los celos posesivos y enfermizos, haciendo que los límites sean cada vez más difusos entre el tú y el yo.

El moderno ideal del amor romántico entre adolescentes, pondera el sufrimiento y la indiferencia como elementos de excitación, y la lucha por monopolizar la relación, porque no hay otra opción ante tanta debilidad inducida. Definiendo así según el grado de sufrimiento, el grado de amor. De este modo, cuanto más difícil, enigmática y compleja es la relación y cuanto más es posible abducir emocionalmente o ser abducido por el otro, más se ama.

Las historias del nuevo ideal de amor entre adolescentes, propio de una época líquida y de una cultura caracterizada por la inmediatez, aunque parezcan calcadas de argumentos fascinantes del cine o de la televisión, lo cierto es que ahora están siendo “guionizadas” y protagonizadas por ellos mismos, pues las chicas como los chicos se sienten más héroes o heroínas cuanto más difícil e imposible es la historia de amor, emulando ejemplos de seducción y de sensualidad provenientes del mundo de ficción. Reeditando tramas dolorosas en una sucesión temporal por las que se cuela la convicción de que por amor no importa dar la vida, o bien soportar lo peor, o usar la fuerza si de lo que se trata es de anular autonomía femenina, porque, supuestamente ella puede cambiar a su pareja por amor si se sabe esperar.

El nuevo modelo neomachista del amor entre adolescentes si bien empieza con la euforia inocente, rápidamente llega a la dependencia emocional, cuando lo importante empieza a ser la lucha por superar “las situaciones desfavorables” que complican el romance, aunque esas situaciones sean las peleas cotidianas en la habitación de la chica –a escondidas de los padres– cuando la parejita de turno la va a ver, rojo de ira, porque ella ha hablado por teléfono con un amigo, cuando lo tenía prohibido. Las discusiones, entonces, se normalizan y rápidamente dan paso a un dolor más intenso (a veces físico) que, como en el cine, no hace sino fortalecer un sentimiento de dependencia al que de ahora en más llamarán “amor”.

Resulta evidente que mantener relaciones destructivas, y en muchos casos peligrosas, no se debe solo a haber crecido en familias con vínculos débiles, ya que el contexto social en que se mueven los jóvenes de hoy tiene una gran influencia. Los noviazgos machistas de los y las adolescentes no tienen su raíz exclusivamente en la familia, porque en el medio social en que crecen, no tienen otra posibilidad de ver el amor romántico y las relaciones en términos de mercancía, si primero no se les ayuda a reparar el cuerpo dañado, reflejado en chicos

cada vez más musculados y chicas cada vez más anoréxicas para alcanzar ideales imposibles, que pasean un amor sacrificado.

En una época en la que hay que hacer el duelo por el paso del cuerpo infantil hacia el cuerpo reproductivo, y en la que todos aspiran a tener un cuerpo adolescente, también los niños y los adultos, el amor no puede encontrar un lugar fuera de un cuerpo lastimado, y menos en la adolescencia, cuando amar es corporizar la relación. Un cuerpo que empieza a ser dañado mucho antes de la adolescencia o la pubertad, –solo hay que ver la vergonzosa hipersexualización de niños y niñas llevada a cabo por depredadores corporativos que explotan el cuerpo infantil como si se tratara del cuerpo de un adulto, en especial el cuerpo femenino como cuerpo-objeto, donde no importa el sacrificio–.

Es entonces cuando el cuerpo deja de ser sinónimo de libertad, cuando es jaula y no es pájaro.

El márketing del amor

Entre los adolescentes, la mercadotecnia que rodea la comercialización del amor, solo tiene que insistir un poco en que el amor todo lo puede, o que los polos opuestos se atraen, y que no hay maltrato cuando se trata de un amor verdadero, por más que se sufra, porque el amor lo aguanta todo. Es un amor predestinado y, les guste o no, la mercadotecnia también les dice que solo hay un amor auténtico en la vida. Ideas que calan hondo y que obligan a poner el acento en una educación inteligente y reflexiva desde la primera infancia destinada a que aprendan a aceptar sus cuerpos, y a sí mismos, estando más en contacto con las propias emociones; porque cuando nadie les ayude a encontrar opciones más sanas, ellos demarcarán sus propios límites a partir de los únicos roles que conocen. Y darán a los celos obsesivos un valor positivo, considerándolos como una señal inequívoca con la cual se puede diferenciar el noviazgo y el compromiso de lo que no lo es: “Si me cela, me ama”, dicen las jovencitas. O bien, “si siento que es mía, y que ella me pertenece, es porque la amo”, dicen los chicos. O convencerse de que estar enamorados o ser amados es tener la facultad de controlar asuntos relacionados con el cuerpo del otro, por ejemplo, preocupándose por la estética, por la ropa que puede o no usar, incluida cierta descalificación hacia la mujer mediante una actitud permanente de quitarle importancia a sus gustos y opiniones sobre cómo debe vestir, algo que lógicamente no es casual. Un control en el que las chicas son más vulnerables pero que también pueden llevar ellas a cabo.

Desde muchos espacios a los que tienen acceso, tanto a los chicos como a las chicas les llegan formas normalizadas de comportamiento basadas en un ejercicio de poder permanente, una vez iniciada la relación; como ejercer poder psicológico haciendo sufrir a la pareja mediante actitudes de indiferencia, abandono u otras formas de

violencia sutiles que generen dependencia emocional, entendidas en muchos casos por las chicas como pruebas que deben superar, porque la que más sufre siempre es la que más ama y por lo tanto más mujer. Del mismo modo que muchos grupos de varones adolescentes consideran que es un acto de hombría vengarse de sus ex parejas si han sido abandonados injustamente, poniendo de relieve que el sufrimiento no es para los varones, porque no es cosa de verdaderos hombres quedarse de brazos cruzados.

Algunos estudios, realmente interesantes en este sentido, demuestran que la construcción social del amor adolescente, en los últimos años, no solo adhiere al amor aspectos como el sufrimiento o la indiferencia, sino que está llevando cada vez más a un papel pasivo a las chicas una vez formalizada la pareja, en especial una vez entrada la segunda adolescencia, entre los 15 y 17 años, en la que sufren más que los chicos durante el proceso de enamoramiento, y durante la cual, a medida que la relación avanza, no solo tienen más comportamientos dependientes sino una menor autoestima, con actitudes cada vez más pasivas, con conductas infantiles, algo que se puede ver en los tonos de voz que usan con sus parejas, mucho más agudos y con diminutivos después de un tiempo de relación. Si el noviazgo termina, estudios recientes también han demostrado que los varones, que dicen sufrir más al ser abandonados, temen más que las jóvenes a estar solos porque no siempre pueden gestionar una red de afecto con la que poder compartir su tristeza, y son prácticamente incapaces de enfrentarse a la soledad sin ayuda de un adulto fiable cayendo, en la mayoría de los casos, en el abuso de alcohol y drogas. En lugar de educar a los varones para que desarrollen la capacidad para reorganizar y recomponer el mundo social, enseñándoles desde edades tempranas a hablar de los sentimientos, al menos con los amigos, o buscando redes de apoyo emocional, el niño-hombre, que no ha aprendido a hablar de sus emociones, busca conseguir el equilibrio desde una masculinidad asociada a la fuerza, en apariencia para recuperar por amor a quien lo ha abandonado, pero de

fondo solo por querer llenar nuevamente el vacío y rectificar su poder.

¿Identidad o inflamación patológica del aspecto exterior?

Cuando la revista científica “Archives of Pediatrics & Adolescent Medicine” se hizo eco de un estudio llevado a cabo entre 1.659 mujeres de 16 años promedio entre 132 escuelas secundarias, demostrando que el grado de sintomatología depresiva en la adolescencia estaba relacionada con la percepción negativa del propio cuerpo por su relación con la baja autoestima, y que esto era un foco de riesgo para las relaciones abusivas de la pareja, independientemente de haber vivido experiencias similares en la niñez, se empezó a trabajar en las escuelas con grupos adolescentes, lo que acabó demostrando que se había empezado demasiado tarde.

Partiendo de la premisa de que la imagen del cuerpo no solo implica percepción e imaginación, sino también emociones y sensaciones físicas cambiantes, que afectan el estado de ánimo, las consecuencias del odio al cuerpo ciertamente no se ven solo en problemas manifestados en el cuerpo, como ocurre con los trastornos alimentarios, sino como un detonante que afecta desde aspectos emocionales hasta a la elección de amigos o “parejas tóxicas”.

De hecho, existe una relación directa entre la percepción del propio cuerpo y la forma en que se marcan los límites personales, así como el tipo de fronteras físicas y sociales con las que cada persona delimita el espacio que ocupa en relación a los demás. La piel, de hecho, marca el límite sensorial entre lo que está dentro y lo que está fuera. Algunos estudios recientes demuestran que las adolescentes con síntomas depresivos o baja autoestima son víctimas de la violencia de sus parejas más fácilmente porque la frontera entre el yo y el tú es demasiado permeable, presenta aberturas, y lo mismo ocurre con quien está desconforme con su cuerpo en un grado elevado. Alguien con baja

autoestima y fronteras débiles tiene más dificultades para detectar dónde terminan y dónde empiezan los demás, en especial si se perciben disociados, porque hay una ruptura entre el cuerpo real y el cuerpo ideal, por la imposibilidad de alcanzar el ideal, cuando la distancia es cada vez mayor. Es evidente que transmitir a los adolescentes el sentido emocional, psicológico y social de los cambios corporales debería ser una prioridad para evitar desajustes psicológicos. Hoy desde muchos lugares se les presiona para que, como consumidores, se rechacen, lo que no solo retrasa la redefinición de sí mismos, sino también los procesos de socialización. La adolescencia, no puede seguir siendo una lucha por un cuerpo con afanes de perfección. Es el cuerpo el que a través del contacto con otros cuerpos que ven, esperan y le reclaman, permite otros significantes y el ingreso en la vida social. Si el adolescente no acepta su cuerpo por la presión social, será necesario enseñarle a valorarse y respetarse desde mucho antes de la llegada de la adolescencia, cuando el cuerpo empieza a desalojar al niño o la niña sin previo aviso, alrededor de los nueve o diez años. Fundamentalmente porque cuando desde hace más de una década, la gesta social por convertir a los adolescentes en consumidores incondicionales, ganó la contienda al sentido común, y el cuerpo se convirtió en un centro de trabajo, las nuevas generaciones empezaron a ser educadas para interpretarse corporalmente de un modo fragmentado, en una etapa en la que, paradójicamente, el esfuerzo no debería estar tanto en dar forma a un cuerpo real a partir de uno idealizado sino en hacer el duelo por el viejo cuerpo mientras se define el nuevo[2].

La transformación física, el cambio abrupto y no armónico del propio cuerpo durante la adolescencia acaba siendo una carga para los más jóvenes más que un proceso natural, por donde penetran las diferentes formas de violencia simbólica que no son menos graves que otras formas a la que se exponen en las relaciones de pareja. Y es que debilitado el cuerpo, considerado solo como un símbolo expresivo o como mercancía, alrededor del cual giran elementos relacionados con la

economía; ubicado naturalmente dentro de un abanico de los objetos de consumo, aunque bajo un signo de liberación sexual, o como un objeto de salvación, el amor también se convierte en el «más bello de los objetos», entrando de este modo en un proceso económico de rentabilidad.

La imagen como dogma

La moda de la delgadez imposible como ideal femenino, como manifestación de fragilidad, inocencia, delicadeza, o la moda del cuerpo excesivamente musculado entre los chicos, símbolo de fuerza y dominio, funcionan como verdaderos dogmas, separando incluso la persona de la imagen como si se tratara de dos cosas diferentes. Dados a elegir y como refuerzan el rol de género mediante el cuerpo, las emociones quedan en segundo plano también a la hora de enamorarse, reimprimiendo permanentemente la idea de que es mejor enamorarse de alguien de aspecto fuerte que sea capaz de controlar, como dijo una jovencita de no más de 14 años a una amiga de su misma edad sentada a mi lado en el tren refiriéndose a un terrible crimen en el que un joven de 17 años que solo iba al gimnasio ocho horas al día y que había asesinado a la única persona que lo sacaba de su aislamiento: a su novia de 15: *"¿Prefieres no enamorarte en tu vida o amar y ser amada por un tipo como él aunque después te mate? Yo no lo dudo, prefiero lo segundo*".

La sumisión precoz a las exigencias externas referidas al cuerpo, produce un pseudo "yo"[3] y un sentimiento de que nada tiene importancia, ni siquiera la existencia. La debilidad de los adolescentes frente a su propio cuerpo, coloca a los chicos en el peligroso lugar de sujeto protector o salvador, en el entramado del amor como exclusividad, generando un círculo vicioso del que a menudo a cualquiera de las partes les resulta imposible salir. Para las chicas, la idealización del otro y la percepción de un cuerpo que no está a la altura, las lleva en la mayoría de los casos a percibir el cuerpo como un objeto al que hay que despertar, mortificar, que tarde o temprano representará una cuarta parte de su autoestima. Las chicas, más insatisfechas con sus cuerpos que los varones, debido a una mayor presión social, tienden no solo a exagerar mucho más las cualidades

irreales que le atribuyan a la pareja, sino que dan más afecto, comprensión, abnegación, obediencia, sin pedir nada a cambio, para alcanzar a cualquier precio el máximo ideal, el trofeo de un amor romántico que les permita obtener estatus ante el grupo y estabilidad emocional. De hecho, algunas adolescentes están tan habituadas al sometimiento cotidiano y sistemático de las técnicas disciplinarias de control social para mantener el cuerpo femenino como reclamo del varón, ensayando gestos y movimientos, especialmente entre los 12 a 18 años, que se acostumbran a vivir en una especie de narcisismo desamparado y a mostrarse sensualmente, como recurso estético, pero que no es otra cosa que un mecanismo para tapar un poco el vacío interior. Una verdadera «ars erótica» pero maquillada de estética, para una construcción de sí mismas, que junto con la obsesión por el peinado, el maquillaje, los tatuajes, o el pearcing, exhiben identidades y pertenencias, en una etapa en que el amor romántico envuelve de un halo aparentemente especial los amores narcisistas, «amores en provecho propio», pero que desde la sensualidad aprendida desde edades tempranas colocan a las adolescentes en un lugar de desventaja durante las primeras experiencias de noviazgo. Ahora bien, es importante destacar que los efectos del goce como obligación y a cualquier precio, aquí y ahora, urgente, también afianza en los chicos (a partir aproximadamente de los 11 o 12 años) la idea de que su aspecto físico debe demostrar que es la del “portador de instintos”, poseedor de fuerzas irrefrenables que emergen de su interior, lo que justificaría ante sus ojos los comportamientos de violencia porque son asociados a esta forma de ser varón. Para ellos, la no aceptación del propio cuerpo, y la confusión sobre la identidad, los lleva a menudo a preocuparse casi obsesivamente por el tamaño de los músculos y la fuerza. Muchos de estos adolescentes pueden además tener un aspecto cuidado, ser más delicados, de maneras suaves y amables, pero siguen convencidos de que tienen que ser “duros” y esculpir sus cuerpos acorde a la idea de dureza que deben mostrar para no ser considerados mujeres, si quieren

encajar en el molde social para ser un hombre verdadero, lo que no les garantiza que se sientan bien consigo mismos. Un cuerpo masculino con forma muscular y con baja autoestima, compatible con una gran necesidad de ser el centro de una relación de exclusividad, que controlará más a su pareja cuanto más sea visto como el príncipe azul, como investidura del objeto de amor, que crea y se recrea en virtud de la fragilidad narcisista que termina también por volverlos vulnerables.

De la vulnerabilidad a un nuevo ideal de amor

A cualquier hora del día puede verse en parques o plazas a parejas adolescentes que, cuando se enfadan, pasan con facilidad de las palabras a un contacto físico de tintes violentos: se tiran del pelo, se dan un cachete en la cara, o en el brazo, o el chico hace un ademán como si le apretara el cuello mientras ella intenta desprenderse también con violencia disfrazada de juego. Estas formas precoces de violencia, difíciles de detectar, que en situación de conflicto pueden llevar a cabo hasta el límite, pocas veces se solucionan con una orden de alejamiento. En principio porque no pueden denunciar, ya que no se trata de relaciones formales; por otra parte, en la mayoría de los casos, las chicas tienen miedo, o creen que la violencia que soportan es parte de una relación fascinante. Se invisibiliza, por falta de experiencia, por vergüenza; por ausencia de adultos que eduquen para el amor; por falta de contención familiar; o porque si lo que se impone es alejarse de la familia y los amigos, lo único que se percibe como peligroso es quedarse bajo la órbita parental, y no que el dolor puede ser lo que sostiene la relación y no el efecto y la complicidad. Tampoco hay que perder de vista que las chicas son mucho más vulnerables al maltrato que los chicos, porque son más propensas a la violencia física grave, a la violencia sexual y lesiones, y tienen más miedo en torno a sus experiencias agresivas de citas. También porque están más preparadas para agradar y complacer desde edades tempranas, soportando conductas violentas que llevan a cabo los varones pero que en muchas ocasiones están normalizadas por las mujeres adultas que no son de la propia familia pero que funcionan como modelo. Sin contar que en la sociedad digitalizada del siglo XXI el cuerpo femenino como objeto de placer –proveniente de la industria del cuerpo femenino–, impide a las jovencitas salir de un lugar de complacencia porque el imaginario social está impregnando de la fantasía de que para conseguir un amor

romántico hay que dar placer. Por otra parte, existe de hecho una estrecha relación entre el moderno ideal del amor romántico y la vulnerabilidad adolescente, por lo que urge crear espacios de diálogo en los que tanto las chicas como los chicos puedan expresarse para identificar las señales de la violencia, porque una vez que esta se pone en marcha, siempre tiende a continuar, incluso a agravarse posteriormente, cuando la pareja se hace pública o la chica quiere dejar la relación.

Es absolutamente necesario ayudar a los jóvenes a cambiar el enfoque resignado, compasivo y justificador del amor romántico por un enfoque de autoconciencia personal, reflexivo, con información, atento a los pensamientos, comportamientos, expectativas, creencias, prioridades y valores que dan a la relación de amor oportunidades para la reflexión.

La alarmante tasa de asesinatos y suicidios por violencia ejercida por la pareja de adolescentes, así como las graves consecuencias físicas y mentales a lo largo de la vida, ha dejado ver en los últimos años que los efectos del maltrato pueden persistir más allá del período de la adolescencia, alcanzando la vida adulta, distorsionando el modo en que se gestionan las emociones y las relaciones futuras. Evidentemente no se trata de dar todas las respuestas pero sí de mostrar sin prejuicios lo que está ocurriendo a muchas chicas y chicos, porque no hay duda de que la sociedad del siglo XXI tiene que aprender a educar en el amor a las nuevas generaciones, para que sean capaces de enfrentarse a situaciones opresivas y de discriminación; identificando oportunidades para la acción, pero también para la construcción de un nuevo paradigma que les permita la oportunidad de vivir un amor fascinante pero también inteligente.

1 . Estudio llevado a cabo por la OMS en 1998, en “Violencia contra la mujer”.

2 . Dolto, F. y C. Dolto-Tolitch (1989). *Palabras para adolescentes o el complejo de la langosta*. Buenos Aires. Atlántida. 1992.

3 . Lo que se conoce como *falso self*, (Winnicott, 1950), entendido como “una organización defensiva en la cual se asumen prematuramente las funciones de cuidado y protección maternas, de modo tal que el bebé o el niño se adapta al ambiente al par que protege y oculta su verdadero self, o sea la fuente de los impulsos personales”.

Adolescentes liberadas besando sapos

María se come las uñas, se muestra nerviosa cuando nos cuenta que hoy ha quedado para ir a la playa con sus compañeras de clase. Es fin de curso. Su discurso va y viene, avanza y retrocede, dice y se desdice. Por sus palabras, parece que hasta cerca del mediodía no sabe si irá porque a su novio aún no le ha dicho si tiene pensado que irán a algún otro lado. Es el novio con el que sale hace dos meses, que no le prohíbe que haga otras cosas, pero "salir sola con otras chicas es parecer lo que no se es", le dice, aunque esta vez la ha dejado. María se está tratando por alergia de piel, así que mira en el bolso naranja casi obsesivamente, como si quisiera meterse dentro y alejarse del mundo para ver si lleva las pastillas que le dio la doctora. Caminamos con ella unos metros desde el portal de su casa. Primero debe dejar a su hermana menor en la casa de una amiga para jugar porque su madre trabaja y el padre, según cuenta, tiene una orden de alejamiento. Lleva bañador y pareo, que no se quita porque su novio "no quiere que ande provocando por ahí", tampoco deja que lleve minifalda ni se pinte. María dice que a ella no le molesta, es más, le gusta que "su chico" le prohíba que otros miren su cuerpo porque eso quiere decir que la cuida y la quiere. Le encanta que la vaya a buscar a la salida del Instituto, que esté pendiente de ella y de sus horarios, solo le fastidia que le controle el móvil, pero no que se preocupe cuando entra o sale de casa a una hora diferente de la habitual. María tiene quince años y Joel, su novio, solo un año más, ambos son clase media-alta. Al caer la tarde, el chico "increíblemente guapo" según sus amigas, la espera en la estación y la acompaña a casa. Tiene apariencia de chico sensible y respetuoso, sin un solo vello en el pecho, melena larga cuidada con flequillo hacia un lado, aunque

sus horas de espejo y gimnasio no ocultan que controla a María con tan solo mirarla. María ha contado a su mejor amiga que cuando pasa otro chico tiene que mirar el suelo porque "*Joel la quiere tanto que cuando siente rabia porque no quiere perderla le aprieta con fuerza el brazo, y entonces ella no sabe qué hacer".* Cuenta que la madre del chico también lo ha visto alguna vez rojo de rabia, pero le ha dicho que si tiene paciencia enseguida se le pasa, que eso es porque se parece al abuelo, que cuando se enfada no sabe lo que hace, aunque después es un "pan de Dios". Seguimos caminando en dirección al mar. Le pregunto qué opina de los consejos que da la madre de su novio, dice que tiene razón, y afirma: "*Él me comprende más que mis padres".* En su discurso deja claro que no la denigra, sino que la protege; no la controla, sino que la quiere; él no la maltrata, sino que expresa su punto de vista, aunque discutan y ella llegue a veces con moratones a casa… Para las amigas de María, "*hacen buena pareja y él la cuida mucho*". Ellas también ven con buenos ojos que los chicos las protejan aunque saben del mal carácter de Joel, porque según dicen hay mucho peligro en la calle, aunque la protección que les ofrezcan muchos de ellos sea "*te protejo para que me obedezcas*". María ha contado a sus amigas que no puede ni mirar a otro, porque "*Joel se enoja tanto que ella no sabe qué hacer",* o se pone rojo de rabia.

El nuevo rediseño social del amor adolescente sumerge a las chicas en una visión del amor romántico centrado en una idea de sacrificio y en términos de dependencia voluntaria. Cuanto María más obedece, más son las normas que la pareja le impone. En una época en la que la sexualidad se vive intensamente, en la que todo es blanco o negro, y en la que las emociones y los sentimientos, fácilmente pueden dar un giro o ser extremos, la necesidad de posesión esconde a menudo el miedo a ser menospreciados y burlados. Los adolescentes, naturalmente bien pueden distanciarse cuando se enfadan o pegotearse afectivamente cuando se sienten bien con otra persona. Entonces se abrazan, se miman, se tocan, hasta que la necesidad de posesión empieza a

moverse dentro de estos límites. El problema sobreviene cuando la posesión es consecuencia de que “el otro” ya no puede ser más que un objeto, y se daña. Si por ejemplo el chico cela, controla, persigue e inhibe obsesivamente y con odio, la parte perseguida tanto más intentará demostrar su autonomía, lo que aumentará el deseo de secuestrar aún más su libertad de movimientos y de sentimientos. Muchas jovencitas como María tienden a justificar a sus parejas y a culpabilizarse, porque aun en esas condiciones obtienen la contención emocional que necesitan, lo que no deja de estar acompañadas de una actitud de omnipotencia, “*yo lo voy a cambiar”,* por lo que desoyen la voz de las amigas, y acaban creyendo que ellos tienen razón. De algún modo, se acostumbran poco a poco a vivir con altos niveles de estrés tóxico. La ansiedad y la inseguridad afectiva son algunas de las manifestaciones evidentes que, junto con aquellas de orden somático, como dolores diversos, cefaleas, gastralgia, muestran que la relación no es tan perfecta como seguramente la parte más dependiente quiere demostrar. Investigaciones basadas en la teoría de género, centradas en detectar y analizar la prevalencia de la violencia cuando las víctimas son mujeres, demuestran que a mayor vulnerabilidad también mayor es la creencia a ciegas en el amor romántico, encarnado en la idea mágica de que un “príncipe azul” la liberará de todos los males. De algún modo, estas jovencitas están absolutamente convencidas de que en algún lugar del mundo existe alguien con el que se compenetrarán hasta fusionarse. Toda la energía está fijada en la concreción de ese amor, como lo principal de la relación, aunque la otra persona no las ame, las persiga o las controle, porque es por amor que ella espera que cambie, y soportará y luchará, antes que aceptar que el amable, dulce, educado y amoroso “*príncipe azul*” no existe.

No todas las chicas aceptan ser princesas…

Alexandra y Raúl tuvieron la primera pelea dolorosa con empujones y golpes a los dos días de estar de novios. Ella, trece años; él, quince. El motivo era que ella tenía amigos a los que saludaba y con los que se quedaba conversando a la salida del colegio. La chica se distanció, pero Raúl empezó a esperarla a la salida de clase y acompañarla hasta casa para pedirle que volvieran. Al principio Alexandra pensó que lo hacía porque deseaba estar con ella, pero en menos de una semana se dio cuenta de que él se enfadaba cada vez que hablaba con alguien que no fuera él, aunque después le pedía perdón, incluso llegó a decirle que con su actitud lo maltrataba ya que no cumplía la promesa de fidelidad. Alexandra preguntó a sus hermanas mayores y a dos de sus tías si lo que vivía en su relación con Raúl era normal. Entre todas formaron un círculo de protección para que Raúl se alejara de Alexandra, pero esto le enfureció, así que finalmente la familia de la chica puso una demanda con lo que consiguieron una orden de alejamiento.

Es evidente que no todas las chicas se quedan en un noviazgo violento. Se quedan aquellas que han aprendido a estar en un lugar de mucho sufrimiento porque les resulta conocido; porque han sido víctimas de violencia y se sienten incapaces de salir de esa zona; o porque han sido testigo de situaciones de violencia en su entorno familiar; o bien debido a que aprendieron a justificarla como “derecho del varón”; o por tener amigos o conocidos de la misma edad que han sido víctimas o victimarios de dicha violencia, o por tener roles de género estrictos, es decir, por considerar que hay un grupo superior que son los hombres, y otro subordinado o inferior, el de las mujeres, aceptando como natural la relación de asimetría. Cuando existen este tipo de razones no es fácil mover a las adolescentes del lugar de víctimas si lo que está en juego es la pérdida del amor romántico.

Algunas jovencitas idealizan de tal modo el lugar de poder que ocupa la pareja, que elaboran una narración interna y racional de aprobación, solo girando en torno a las ideas relacionadas con el amor ideal, tener novio, o los hijos que van a tener. De hecho, muchas de las chicas víctimas consideran que las conductas violentas son normales y no representan para ellas ningún peligro, porque no aumentarán y por lo tanto no creen que sea necesario denunciar. Este es un aspecto importante a tener en cuenta porque las agresiones que se ejercen contra las adolescentes por parte de sus parejas se debe a que son vistas como un cuerpo, objeto propiedad del varón. Si la chica que es víctima queda embarazada, en su discurso suele haber la certeza de que hizo lo que debía, porque él no quería poner medios y ella no tenía derecho a decidir –siendo que el que se compromete en un embarazo es el cuerpo de la mujer, pero puede más el sometimiento– teniendo en cuenta que el hijo también será de su propiedad, por lo cual será el joven adolescente el que tome cada una de las decisiones respecto del nuevo ser.

> Cuando Raúl le pidió perdón a Alexandra, pero la iba a buscar obsesivamente al colegio, Alexandra pudo darse cuenta de que algo no iba del todo bien debido a que en su familia siempre le habían inculcado el respeto en la pareja, con lo que pidió ayuda porque percibió a tiempo que se le estaba trasgrediendo el "derecho a la libertad", según sus propias palabras.

En las relaciones de control y violencia entre adolescentes, a veces no es la chica sino el chico el que recibe maltrato. Ciertamente hay algunos casos que han sido denunciados, observando que la violencia de género hacia el varón no es por pertenencia del varón como cuerpo sino por sufrir un sobre exceso de estrés en la mayoría de los casos. El hecho de que en la mayoría de los casos la violencia ejercida por las chicas sea considerada "de baja intensidad", no quita que esta sea una señal inequívoca de que las ideas de dominio de género masculino han

penetrado en la educación de las nuevas generaciones de chicas y que actúan por mimetismo. Como si en una cultura en la que la mujer siempre está bajo sospecha –un pensamiento ancestral que parte del mito bíblico– no hubiera otra salida más que el pensamiento masculinizado y masculinizante, lo que ayuda a desculpabilizar al varón maltratador y recolocar sus actos de fuerza en una situación de impunidad, la falta de reflexión ante las consecuencias de sus actos, a veces oculto tras el pensamiento de un grupo. "*Ella lo provocó*" dicen los amigos, *"y él reaccionó"*, aunque el sujeto *"ella*" sea una niña de once años y su agresor un niño de doce. El grupo de iguales, asimismo, suele ser muy cruel con los chicos que dicen ser maltratados, y que se quedan en un lugar pasivo ante situaciones violentas. Ellos mismos les castigan por no responder a un modelo homogéneo de qué es ser hombre, lo que les hace tener menos apoyos de sus iguales. Por otra parte, ¿hasta qué punto se trata de que un chico maltratado psicológicamente o de un chico que, ante una chica autónoma, no sabe cómo actuar sin seguir un modelo homogéneo de qué es ser masculino?

Otro aspecto interesante que ayuda a las chicas a no creerse princesas inmersas en una historia de amor tóxica es la actitud que toman ante el perdón después de un acto de violencia. Mientras que para el varón el perdón de la chica es un acto de sumisión, para las chicas es más una promesa, por lo que suelen esperar a que el arrepentimiento potencie las cualidades positivas como en el comienzo de la relación, cuando había atenciones, caricias, buenas palabras, halagos…, poniendo en peligro la propia vida en muchos casos. Cuando el maltratado es el chico, ellos no esperan a que la chica cambie, aun si pide disculpas, sacan el dolor en forma de reproches y resentimiento.

Nuevas masculinidades bajo el traje de príncipe azul

El príncipe azul adolescente que sigue definiéndose más por lo no femenino (*ser varón es no comportarse como una chica. Es no ser débil ni llorica*), posiblemente tarde mucho en descubrir nuevas masculinidades si no se le devuelve al padre ausente emocional y socialmente en la vida del hijo a su lugar de autoridad. Las nuevas masculinidades, necesitan para ser visibilizadas la cercanía del padre. El padre psicológico, el que inviste al niño como hijo, el que lo protege, lo ama, lo educa, lo cuida pero es a su vez investido por el niño como modelo, lo considera como padre, y desea parecérsele. De hecho, es el varón el que busca desesperadamente en el padre claves identificatorias para su masculinidad. En este sentido, rescatar al padre secuestrado por la modernidad y recomponer su falta de contacto para empezar a educar en las nuevas masculinidades, resulta vital, en principio, para que desde la preadolescencia los varones perciban que no hay hombres puramente masculinos ni mujeres puramente femeninas. Es decir: que puedan ser educados por varones cercanos y familiares con quienes desarrollar un proceso de identidad más real y el sentido de pertenencia, lo que tiene que ver con los significados de la vida, pero también para asumir el cuerpo real –sin realizar un camino de lucha inútil hacia la concreción de un cuerpo idealizado–, ya que el padre es un padre «*presente*» corporalmente, por lo que le permite reconocerse a partir de lo que tienen en común y abandonar la identificación primaria con la madre. Cuando el padre no da organización y moralidad, lo que el hijo devuelve es violencia por falta de freno. Tampoco habría que dejar de lado que en la postmodernidad, los adultos en general no tienen una identidad definida, ni sexual, ni social, ni laboral, y esto también coloca a los adolescentes en un lugar incierto, es decir, no ven modelos claros. Así y todo, ser educados por personas de su mismo género, cercanas y

familiares, con quienes desarrollar un proceso de identidad más real que no caigan en la cultura antimujer como consecuencia de su propia definición, es altamente positivo para los varones adolescentes, y para que dejen de luchar en competencia con los demás y consigo mismos, o crean que verdaderamente hay hombres como proponen los estereotipos, puramente masculinos o femeninos.

Los cambios significativos que se han producido en las últimas décadas respecto de los roles parentales, tanto el rol del padre como de la madre inciden en la evolución antropológica de lo masculino y en la posibilidad de tener una identidad de varón. La carencia de un padre que funciona como iniciador social y como autoridad que prepara para la sociedad, no solo impide que las nuevas masculinidades puedan salir a la luz, sino que permite que la omnipotencia infantil se prolongue hasta la adolescencia debido a la falta de una actividad paterna de autoridad que funcione como guía para introducir al hijo en la sociedad durante la preadolescencia y adolescencia. El padre que promueve el rito iniciático para que salga de la esfera de la madre y conozca la importancia del límite y la frustración. Más aún cuando en los últimos años también se ha experimentado un cambio de rol materno, que ha pasado de ser un principio de placer (la madre nutriente de la primera infancia) y protectora, al de una madre con desapego en relación al hijo, hedonista con su cuerpo y narcisista (como exigen los cánones sociales). En estos nuevos contextos, la omnipotencia del niño, característica de los dos o tres años, ahora sin límites paternos y traída a la adolescencia, sin freno a su deseo de vivir en el permanente placer de la despreocupación, de lo inmediato, sin tener que hacer ningún esfuerzo para conseguir el cuidado materno como cuando era pequeño, se convierte en una situación de riesgo, peligrosa, porque nada puede pararla.

Este es un aspecto importante que permite entender que la vulnerabilidad de los chicos aumenta cuanto mayor es la lejanía del modelo parental masculino. En el esfuerzo por estar a la altura de las

expectativas masculinas vigentes, tratan a sus parejas adolescentes con superioridad y haciendo alarde de privilegios, como si fueran superiores, lo que demuestra que pocas veces el ejercicio de poder que el chico lleva a cabo en relación a la chica es consecuencia de una patología[4], más cercano a la inseguridad como varón, falta de identidad, y falta de la autoridad del mismo género.

Resulta imprescindible un cambio pedagógico en la forma de educar a los varones, tanto en la familia como en los colegios, empezando por ayudarles a observar la propia masculinidad para descubrir por sí mismos cómo son y cómo se sienten. Es urgente generar un proceso de autorreflexión, porque no se trata de seguir estigmatizando a los varones de "violentos" por el simple hecho de ser hombres, sino guiarlos para que salgan en grupo de los mandatos masculinos clásicos: proveedores, protectores, procreadores y autosuficientes.

Probablemente haya que ayudarles a reflexionar durante el período de la pubertad –o tal vez un poco antes– sobre cómo se han hecho hombres, qué han dejado o dejan en el camino, qué papel desempeñan en la relación de pareja, qué les proporciona seducir al estilo "pavo real", cómo es la relación con otros hombres, simplemente qué hacen para llamar continuamente la atención o ser admirados, o tener que dirigir la atención en parecer perfectos, o no cometer fallos. Para ellos, los mandatos relacionados con los privilegios, hay que tener en cuenta que tampoco son tan beneficiosos, también tienen un lado oscuro, ya que son un gran activador del aislamiento emocional, resultan complejos, porque solo pueden hacer aquellas cosas que les proporcionan un estatus superior, o bien sostener determinadas características homogéneas que si bien los igualan a todos los hombres, les obliga a estar siempre sexualmente dispuestos, a mostrarse insensibles al dolor, llegando a afectar la salud, por ejemplo cuando tienen que demostrar su capacidad de resistencia, con la consecuencia de enfermedades cardiovasculares, o bien ponerse permanentemente en situaciones de

riesgo, como la velocidad.

La mayoría de los varones no solo no saben cómo definirse si no es desde lo no-femenino, sino que conquistan a la chica complaciéndola solo para tenerla a su lado como un objeto al que si han conseguido es de su propiedad, por lo que cuando las chicas se dan cuenta de que no las protegen, ni las cuidan, ni les dan nada de lo que prometían, y quieren alejarse, entonces ellos experimentan un gran dolor psíquico, están descolocados, y responden con violencia, que puede ser en un comienzo sutil, pero que rápidamente puede ser psicológica, moral, ideológica, social o física. Porque no hay límite, lo que demuestra la necesidad de un cambio pedagógico en la forma de educar a los varones, tanto en la familia como en los colegios, empezando por ayudarles a observar la propia masculinidad y a descubrir por sí mismos cómo son y cómo se sienten. Es urgente generar un proceso de autorreflexión, porque no se trata de seguir estigmatizando a los varones de "violentos" por el simple hecho de ser hombres, urge guiarlos para que salgan en grupo de los mandatos masculinos clásicos: ser solo proveedores, protectores, procreadores y autosuficientes.

Personalmente he visto niños de diez años en familias en riesgo, salir a robar para conseguir alimentos a sus madres (sin que ella tuviera más hijos ni estuviera enferma), por ser el varón de la familia, en una edad en la que deberían salir para ir a la escuela. Para ellos, los mandatos relacionados con los privilegios, son un gran activador del aislamiento emocional, pero les resultan complejos, porque solo pueden hacer aquellas cosas que les dan un estatus superior, o bien sostener determinadas características homogéneas que, si bien igualan a todos los hombres, los obliga a mostrarse insensibles al dolor, llegando a afectar la salud, por ejemplo cuando tienen que demostrar sus capacidad de resistencia, con la consecuencia de enfermedades cardiovasculares, o bien ponerse permanentemente en situaciones de riesgo, como la velocidad. Obviamente también será necesario que las

chicas aprendan a tener otra percepción para adecuarse a las nuevas masculinidades, porque evidentemente les afectará a la hora de definirse, a pesar de que parecen estar un paso por delante.

El llamado neomachismo adolescente, que no es otra cosa que el refuerzo permanente de ser "muy hombre" se sostiene por la convicción de que el sexo masculino es superior al femenino, ejercitando un exceso de poder mediante un modo de comportamiento basado en la fuerza. Quienes están incluidos en este grupo, son tradicionalistas, incluyen la palabra "novio" en su jerga (un término que quizás es denostado por sus madres) reivindicando con orgullo la idea de que la novia es una posesión. Acostumbrados a vivir en un mundo adaptado a sus necesidades, el neomachismo puede filtrarse en cualquier grupo que se sienta excluido, por marginalidad social, situación de riesgo o de exclusión, o simplemente por convicción. En cualquier caso, un modelo del que se copian conductas, creencias y hábitos. No es de extrañar que algunos chicos estén tan entrenados en no mostrar emociones, que se sientan incapaces de cuidar de otras personas así como aceptar su cuerpo, un cuerpo no musculado; que se vean imposibilitados de hablar sobre lo que les pasa, de los deseos personales, y que al estar con otros chicos haya conductas anti-mujer, convencidos de que esta es su verdadera identidad.

Esta imagen de masculinidad exacerbada, en los últimos años también se ve representada en manifestaciones sociales donde la mujer ni aparece, como es el caso del hip-hop, el *skate*, o los grafitis, teniendo en cuenta que está ausente en etapas donde antes no existían este tipo de exclusiones, entre los quince y diecisiete años, y entre varones jóvenes que aún no están incorporados al mercado de trabajo.

Otro aspecto significativo de la falta de padre cercano con autoridad es el creciente modelo de adolescente machista pero metrosexual que rompe con el modelo del chico rudo y con señales permanentes de masculinidad, pero que ejerce violencia sobre su pareja y que está

desplazando al chico duro. A menudo amable, respetuoso con los adultos y agradable, capaz de enamorar a la chica de turno con cierta galantería; amor que puede incorporar con cualidad de *macho alfa*[5], más o menos evidente, muy pendiente de su aspecto, de la popularidad ante sus iguales, pero en cualquier caso con el mismo patrón: baja tolerancia a la frustración, deseoso de hacer siempre su voluntad, con un perfil de omnipotencia llevada al límite, con un gran miedo a la soledad y con poco freno para las adicciones y poca contención de las conductas violentas.

Un joven que es el resultado de la búsqueda permanente de placer sin intervención de un padre, con la maravillosa omnipotencia de los tres años, pero que a partir de los doce o trece, se torna destructiva. Se muestra como el más fuerte de la manada, también puede ser el más bello, incluso mantener un discurso de igualdad en referencia al trabajo que realizan sus madres o sus abuelas fuera de casa, un discurso pacifista, incluso puede haber trabajado en el voluntariado o realizar actividades prosociales para la comunidad, lo que indica que hay discurso de igualdad de género aprendido, pero que no es garantía de que mantenga un alto nivel de violencia justificada y aceptada, y que puede ejercitar porque es parte del poder que ostenta como "normal" ante la falta de padre.

> "*A mí solo me gustan los machos alfa".* Esta frase la dijo una chica de 16 años en una de las ocasiones en que la entrevisté. "*Son los mejores, te cuidan, te protegen, lo único que no les gusta es que les desobedezcas, pero si lo aguantas… Mi novio es así, él me da libertad para que yo haga lo que quiera, y solo se enfada cuando no lo acompaño a algún sitio o no me puede mostrar ante sus amigos. Entonces se pone como un loco. Parece que fueran dos personalidades*". A Marina, la autora de estas reflexiones, la acompañó su madre, una mujer de unos cuarenta años que se definía como sumisa y maltratada por su marido, aunque nunca le había puesto la mano encima, por lo

que nunca lo había denunciado.

La adicción a los modelos de virilidad agresiva y analfabeta, donde los hombres son de pocas palabras, mucha sangre fría, pocos errores, y grandes misiones que llevar a cabo, son copiados por los varones e internalizados por las chicas, con cierta facilidad si no hay otro referente desde edades tempranas, lo que da la idea de que ser hombre equivale a poder usar la fuerza ante aquello que consideran que es el mal, mientras deben ocultar sus miedos e inseguridades dando una imagen de tipo duro. Como si el consumo de héroes de raza blanca, fuertes, rígidos en cuanto a la aceptación de normas, y dispuestos a dar su vida por lo que para ellos es injusto, aunque sean más violentos que aquello a lo que quieren combatir fuera el mejor modelo para enamorarse.

> Cuando Martha, de 13 años, se enamoró de Laureano, de 17 años, “era un chico estupendo, me escribía poemas, canciones de amor, vivía haciéndome fotos que colgaba en su Facebook. En twitter escribía cosas maravillosas sobre nosotros cada día. Nuestra relación duró cuatro años y tuve que alejarme de él porque tenía unos celos patológicos**.** Al principio me prohibió salir con mis amigas, llevar minifalda, pintarme. No me molestaba nada de eso, todo empeoró cuando mis padres me dijeron que si no estudiaba tenía que ir a trabajar. Entonces pasaba varias veces por mi trabajo, porque yo trabajaba en una librería, y me prohibía que fuera agradable con los clientes”.
>
> En el momento de escribir este libro, Laureano tiene 22 años. Está condenado a dos años y diez meses de prisión por coacciones, lesiones y maltrato habitual. Cuando la chica dejó la relación, lo que sobrevino para Martha fue un verdadero infierno, un acoso interminable para que reanudara la relación, con amenazas.

A los príncipes salvadores es evidente que se les sigue educando para que no encuentren palabras para hablar de sus emociones. No hay

modelos al alcance de la mano para optar por soluciones no-autoritarias que les faciliten otro modo de reaccionar. Las representaciones simbólicas masculinas caracterizadas por personajes rudos, despiadados, de emociones contenidas, frente a las emociones femeninas –siempre sometidas, o a juicio de los personajes de cine, siempre desbocadas– van en contra de las masculinidades. De ahí que haya solo príncipes salvadores, porque es lo único que conocen, y porque la falta de equidad condiciona negativamente tanto a las chicas como a los chicos para el aprendizaje de las masculinidades. Es por esto que el más masculino es el que desafía la autoridad, o el que trata a la mujer con más rudeza: "*Te merecerías que te dé una paliza por seguir saliendo vestida así*", le dijo un líder de un grupo de varones de trece años a su pareja vestida con un estilo de muñeca de escaparate, ofuscado porque ella le había desobedecido, aunque justificándose con un *"no necesariamente significa que lo vaya a hacer*".

Cuando las chicas proyectan en sus parejas una imagen de que ellos son superiores –en las redes sociales manifiestan sin tapujos que les gustan que sean *más* altos que ellas, más guapos, más deportistas, y con más dinero–, idealizan a hombres que toman la acción, quedando para ellas solo el papel más débil. En lugar de colaborar para desvitalizar al príncipe azul como estereotipo generalizado de salvador, las chicas no dejan de soñar con ser rescatadas por alguien que cambie por ellas, tal como se les muestra el mercado económico creado alrededor del amor romántico, y que modela los sentimientos de cientos y miles de adolescentes en todo el mundo. Y es mientras las chicas sueñan con un amor de película, cuando los rituales de enclaustramiento mutuo se repiten una y otra vez.

La moda de morir de amor

En el ideal moderno del amor adolescente las jovencitas se convencen con facilidad de que hay que aguantarlo todo si el amor es verdadero[6], incluso cuando aparentan tener las ideas claras sobre cómo es una relación de pareja, porque la función de la fantasía amorosa es llenar el vacío existencial y posibilitar una extrema dependencia. Satisfacer la necesidad urgente de fusión tiene su origen en deficientes relaciones de dependencia parentales, en especial en las relaciones de dependencia en las que ha habido rechazo, abandonos de recién nacidos, o trastornos graves de desapego, como ocurre en las familias patologizadas por contextos de maltrato intrafamiliar; también cuando ha habido divorcios conflictivos y los hijos han sido rehenes psíquicos de uno de los padres, o cuando han sido víctimas de mobbing familiar, en la que el hijo o la hija es excluido considerado como *instigador del conflicto*, sumergiendo a los padres en la fantasía de que desde su posición de poder dentro de la familia poco se puede hacer. Esta es una estructura tóxica, imaginar que están en peligro porque hay uno de ellos que es peligroso. Generalmente se inicia cuando el clan familiar sufre algún tipo de crisis interna. Evidentemente se trata de una fantasía, pero que llevada a extremos puede requerir el sacrificio de la víctima, representado magistralmente en *La metamorfosis, de Kafka*, donde la familia de Gregor Samsa se fortalece después de la muerte del horroroso insecto. Algo que en las familias tóxicas ocurre tanto a los hijos como a las hijas, pero las chicas quedan atrapadas en bucles emocionales destructivos si ocuparon roles inadecuados para su edad y se hicieron cargo de sus hermanos o padres que no cumplieron por algún motivo su rol paterno, y eligen a alguien para cuidar y proteger como hubieran querido que la madre hiciera con ellas. De hecho, tanto los vacíos afectivos tempranos en las primeras experiencias familiares, como la consecuente dificultad en el apego, afloran cuando se busca la

identidad y durante las experiencias de noviazgo en la adolescencia, generando serios problemas para formar parejas que no les hagan daño.

Algunas adolescentes creen que “mueren de amor” cuando lo único que hay es una relación enfermiza o limitante.

> *“Hola”,* escribe Elvira en el Foro abierto que promueve una revista *on line* para adolescentes. “*Quiero contarles algo que mis padres no saben, y es que voy a pedirle perdón a mi novio para que vuelva conmigo. Yo siempre quise un chico que fuera guapo y lo conseguí, así que a los tres meses tuvimos relaciones. Hemos estado 7 meses juntos, aunque los últimos meses discutíamos todo el día. Me prohibió salir con mis amigas, ir a clase de yudo, y dejé de hacer capoeira. Empecé a tener insomnio, engordé, empecé a fumar… Un día me dijo que parecía una zorra porque iba con minifalda y yo lo agredí físicamente, entonces él me agredió con más fuerza. Desde ese momento creo que perdió la confianza en mí porque vivía impidiéndome cosas y me agredía físicamente si yo no hacía lo que él quería, tener sexo cuando él lo proponía, aunque yo no tuviera ganas. En una discusión como tantas me agarró por la fuerza en la calle y me lastimó en el dedo, cuando llegamos a casa le di tres bofetadas, entonces me empujó y me tiró al suelo y me gritó “muérete”, y se fue. Han pasado tres años pero yo me he dado cuenta de que lo amo, que lo deseo con todas mi fuerzas que me llame o que venga y le voy a pedir perdón. ¿Qué opináis?”*
>
> *Elvira tiene 15 años*

De doscientas treinta y dos chicas que respondieron a su pregunta, más de un 68% le empujaron para que volviera.

Historias anónimas de amor romántico como la de Elvira generan rápidamente un estado emocional compartido en las redes sociales,

promoviendo un verdadero contagio, no como movimiento reflexivo sino como movimiento negativo. Muchas adolescentes no solo comparten sus dudas o se muestran interesadas y curiosas por averiguar si a alguien más le ocurre algo parecido a lo que ellas viven, sino que copian modos de comportamiento, para medirse y comprobar la intensidad de la experiencia romántica o para experimentar el mismo grado de dolor… Cierto es que al detectarse los noviazgos violentos no se comprende cómo una adolescente puede preferir desvitalizarse en una relación de amor destructiva y enfermiza a tener una relación sana, pero se está demostrando por diversos estudios llevados a cabo en diferentes países que hay un marcada tendencia en alza –por parte de las chicas– a preferir estar en pareja sin importar cómo y a edades cada vez más tempranas. Las experiencias que describen, en las que incluso ponen en riesgo su vida, y que están casi siempre salpicadas de erotismo, dan gran importancia a los "chicos malos", y no solo porque les parezcan más interesantes, divertidos y excitantes, sino por estar dispuestas a exponerse a situaciones peligrosas, debido a que con el daño que les causan se "demuestran que están vivas".

De hecho, la identidad troquelada por modelos estereotipados, que se propagan a una velocidad impensable a través de las redes sociales, ha llevado a muchas chicas a creer que solo están acordes con su género si siguen los estereotipos, y que esto es una obligación porque ello deriva mecánicamente de su anatomía sexual. La sexualidad, y más específicamente el comportamiento sexual, como instrumento social que vehiculiza y legitima el significado de las relaciones, en la adolescencia permite además un estatus, por lo que el encuentro sexual se produce a edades cada vez más tempranas con menos compromiso afectivo, aunque las chicas lo incluyen casi siempre dentro de la experiencia del amor, lo cual no tiene el mismo valor que para los chicos. Desde las redes sociales, las chicas aceptan que los chicos busquen lo nuevo de la experiencia, ya que asumen que cada uno vive el romance de manera diferente, aunque no sepan definir cómo. A partir de las entrevistas

realizadas para este libro, se comprobó que entre los quince y dieciocho años los chicos buscan más saciar su placer, mientras que las chicas promueven encuentros sexuales para sentir que atraen a su pareja, que son protegidas y cuidadas en la mayoría de los casos (alrededor de un 40% de cada 100 chicas entrevistadas), para dar su cuerpo como objeto-premio, mientras reciben a cambio afecto, por lo que idealizan más el amor y no registran la violencia. No perciben si son o no respetadas, buscan complacer, y no siempre por miedo, sino por sumisión o por estar habituadas a ser objeto de control. Pero hay otro aspecto que se refuerza en las redes sociales, y es el rol que cada uno asume. El rol en la pareja sirve para indicar si se es varón o mujer, teniendo en cuenta que los roles pueden cambiar durante el tiempo que dura la relación. Pero si el rol asumido es estereotipado, cuando se mueve en los límites de la violencia, salir del rol sin ayuda resulta complicado. Desde las redes sociales es difícil saber, por los relatos descritos por las adolescentes, cómo es la pareja agresora, si actúa por dependencia o si es un psicópata. Por ejemplo, los agresores dependientes piden perdón después de dañar a sus parejas, e incluso pueden acabar con su propia vida tras asesinar a su pareja, pero no lo hacen porque se sientan culpables, sino porque se sienten impotentes en su masculinidad, dejan de tener a su lado a aquella persona que les permitía encajar en el modelo de qué es ser hombre. Si se trata de un joven psicópata, él no ama, sino que domina y quiere tener todo lo que se encuentra a su alrededor bajo control, no hay relación de afecto hacia nadie y su razón de estar en pareja es sentir la excitación del control sobre ella, con grandes dosis de manipulación, aunque en público parezcan muy agradables. Aunque lo peor de **las** nuevas formas de machismo y dominio masculino durante el amor romántico postmoderno es que la prepotencia exagerada de algunos adolescentes con sus parejas suele ser mantenida con la excusa de que eso es lo que ellas quieren, y esto es algo que también se expande desde las redes sociales entre los varones y las chicas a las que solo les gustan los

jóvenes populares y con carácter.

> Cuando Paula habla con su novio por el móvil, pareciera que de repente tiene mucha menos edad, habla como lo haría una niña desvalida de no más de doce años con un padre al que teme, con el objetivo de conseguir lo que desea. Él tiene, según Paula, un carácter muy difícil, y la madre de él le ha explicado que si le lleva la contraria se pondrá peor, y más si ha consumido alcohol, así que lo único que cree que debe hacer es esperar "que se le pase"; así que cuando él se altera, entonces ella debe mostrarse cada vez más infantil y pequeñita en el tono y modulación de la voz. Apenas se separan y están en actitud cariñosa, abrazados y besándose. El chico tiene actitud protectora, la coge de la cintura o por detrás, en otros momentos está mirándola mientras baila, pero apenas se aleja de ella. Cuando salen a la calle, él va delante, llevándola de la mano, o sin tocarse, pero en estos casos no le importa si ella lo sigue o no, porque él no se gira, solo va abriendo camino entre la gente.
>
> *Paula tiene 17 y su novio 16*

¿Qué otras señales demuestran que una chica está en situación de riesgo?

- Cuando el chico asegura que precisa más (espacio, sexo, libertad, etc.) por ser varón, y su novia menos por ser mujer.
- Si fomenta la dependencia afectiva de la pareja y su necesidad de aprobación para promover en ella dudas sobre sí misma, sentimientos negativos y, por lo tanto, más dependencia.
- Si se relaciona con ella mediante dobles mensajes, como decirle que no le importa que salga con amigas pero controlarle los horarios, el móvil, o decirle qué ropa se puede o no poner cuando está sola con la excusa de que no quiere que le hagan daño, así como poner en tela de juicio que disfrute más con sus amigas que con él.

- Al promover un abuso solapado, como pedidos “mudos” mediante los cuales ella sabe qué tiene que hacer. Por ejemplo con exigencias sobre cómo responder ante sus necesidades.
- Si manipula para tener a la pareja a su disposición las veinticuatro horas, del tipo como “hazlo por mí, si me quieres”.
- Cuando usa el enfado y la acusación culposa, verbal y no verbal, cada vez que la pareja hace algo que al varón no le parece bien.
- Si tiende a desautorizar para inferiorizar a la mujer o exaltar su función de mujer-objeto o mujer servil.
- Si habla de su pareja habitualmente mediante descalificaciones, que en general son consonantes con las censuras que la cultura tradicional realiza, y que dañan en la necesidad de aprobación femenina.
- Si pone en duda los cambios positivos de la pareja.
- Si no cree que sea malo golpear a la novia e insultarla si se trata de un juego, justificándose en experiencias de otros.
- Cuando además de denigrar, maltratar, o dañar a la chica se sabe que el varón en cuestión ha sido violento en el colegio, con profesores; que ha maltratado a su madre o hermana.
- Si hace cosas para que ella se sienta débil como actuar como un padre que da órdenes y la protege, entonces ella se comporta, como si fuera más pequeña y él logrará controlarla.
- Si evita el contacto afectivo para manipular el deseo de afecto y contacto de ella, encerrándose en sí mismo, no contestando, no preguntando, no escuchando.
- Desfigurando la realidad abiertamente cuando puede resultar perjudicado y perder determinadas ventajas, negando lo evidente, creando una red de mentiras, e incluso, apelando a la desautorización de las personas en las que la adolescente confía…
- Haciéndola callar apelando a cuestiones como decir “no sé”, “no me acuerdo” cuando tiene que dar una respuesta que puede comprometer su reacción al no haber defendido a su pareja frente a situaciones en las que ella ha quedado mal parada. O decir que

está de su parte pero sin que haya una acción que lo demuestre, e incluso que haga exactamente lo contrario.

- Dejarla en sitios peligrosos para que se asuste y luego, ya debilitada, volver para hacerle ver que es él quien la protege.
- Comportarse de un modo lastimoso, adoptando el papel de víctima, o adulador y seductor, e incluso violento si se diera el caso, cuando la chica anuncia que desea dejar la relación.
- Presionar para que cambie de amigas, de forma de vestir, de comportamiento, de pensar, etc.
- Cuando la infidelidad del chico parece ser menos grave y tolerada si él mismo la confiesa, o si es sincero.
- Cuando ella manifiesta su actitud de plegarse siempre a la voluntad de él para ser premiada. Si él confiesa, entonces ella se tranquiliza, pues ello implica que a pesar de todo su chico sí la quiere y por tanto se siente valorada.
- Cuando el abuso de alcohol y drogas actúa como un factor desinhibidor.
- Cuando la chica, víctima de un novio adolescente agresivo presenta un consumo más intenso al tabaquismo, depresión o los pensamientos suicidas.
- Cuando las víctimas de una relación agresiva han sido los chicos, reportan un aumento en comportamientos antisociales, como la delincuencia, el uso de la marihuana y pensamientos de suicidio[7].
- Cuando la pareja se empeña en hacer parecer al otro como una persona poco inteligente, fea, desagradable; cuando desaparece por períodos de tiempo sin explicar los motivos; cuando constantemente amenaza con terminar la relación si no cambia de forma de hablar, reírse, vestir, o si no deja de relacionarse con cierta amiga.

¿Quién dijo que para amar hay que padecer?

Para las jóvenes a las que les atraen los chicos machistas –o sin un descubrimiento de su verdadera masculinidad– son verdaderamente fascinantes las historias de amores difíciles, conflictivos e imposibles, cuyas protagonistas sufren hasta el martirio, siendo la prueba inequívoca del amor, mientras perpetúan un estado de degradación y ansiedad por el esfuerzo que ponen en entender, ayudar, cambiar, o hacer de él alguien que colme sus expectativas. Admiran estas historias mientras escriben su propio guión, sintiéndose protagonistas de sus propias narraciones, yendo del gran amor perfecto a un gran dolor, de un gran esfuerzo emocional por ayudar a cambiar, a un sacrificio incondicional, en el que nada es imposible cuando se ama; de una increíble necesidad de contención a un bucle emocional en el que el amor romántico las lleva a perpetuarse en un ciclo del que no salen sin ayuda. Aparecen los primeros comentarios, las primeras señales de agresión, los primeros signos de comportamiento agresivo, como enojos, portazos, escenitas en público o manifestaciones de control telefónico. En esta etapa puede haber apretones en los brazos e insultos verbales. La acumulación de tensión lleva a las chicas a que hagan verdaderos esfuerzos por modificar su comportamiento a fin de evitar la violencia. Por ejemplo, no dan oportunidad a que se manifiesten los celos, dan explicaciones tranquilizadoras para hacer lo que la pareja quiere como si estuvieran realmente convencidas. Pero como el abuso verbal continúa y también el físico, a veces, la víctima se siente responsable, y es el momento en que firma su exclusión social, pues la apartará de amigos y de la familia. Hasta que ocurra un episodio grave de violencia, en el que ambos participen, donde el que gana es el más fuerte físicamente –por lo general–, que se calma después de liberar el estrés. Si la violencia se produjo por dependencia del que maltrata hacia la víctima, llorará y pedirá perdón, lo que confunde a la chica, y la

mantiene alerta y nerviosa, por lo que pueda pasar, pero es justamente esto lo que le impide comprender cómo y por qué ocurre lo que ocurre.

A menudo, lo que llega después es un período de paz y tranquilidad, en el que hay muestras de amor y cariño, y el agresor actúa como si nada hubiera sucedido, incluso es posible que se muestre romántico, lo que aumenta la confusión de la pareja. Esas actitudes aumentan la idea de que ellas pueden cambiar a sus parejas, y hacer de ellos una persona diferente, sin duda porque las ideas sobre el amor romántico entre las adolescentes son de un fundamentalismo atroz, en especial en la franja de 11 a 19 años, llegando a argumentar después ser víctimas de algún acto violento que hay demasiados casos de denuncias falsas contra algunos chicos, pues bajo este supuesto ser masculino implica ser un poco violento. El problema añadido es que se desconoce hasta qué punto ellas son capaces de aguantar comportándose como ellos esperan a cambio de mantenerles a su lado. El amor visto siempre desde el exterior, desde lo que los demás ven, en lugar de observar lo que realmente ocurre, les impide liberarse o ver cómo y cuándo ellos se desestabilizan. Pocos se dan cuenta del machismo que subyace en ciertas parejas de adolescentes hasta que aparecen los primeros intentos de libertad, pues son agresiones que surgen cuando ellas se cansan de ser controladas y deciden decir “basta”.

> “*Estuve de novia casi dos años de felicidad total. Me di cuenta de que en verdad mi madre estaba equivocada y que él no tenía celos sino que lo que quería era tenerme siempre a su lado porque no podía vivir sin mí, pero como mi madre no lo entendía, si él me llamaba muchas veces al teléfono para preguntarme dónde estaba o qué hacía, yo debía ocultárselo. Siempre estaba él pendiente de mí y yo de él. Éramos muy felices, yo le daba todo lo que él quería porque tenía a mi príncipe azul, hasta que se fue con mi mejor amiga. Me falta demasiado, así que lo fui a buscar y volvimos a enrollarnos, pero esta vez se portó muy mal conmigo, me obligaba a hacer*

cosas que yo no quería, como participar de redadas de su banda, seducir a quienes eran enemigos de su grupo para después tener una excusa para pegarle, así que lo dejé, pero me siento mal, muy mal, creo que le he hecho mucho daño al dejarlo".

Viky tiene 16 años

Desde edades tempranas, tanto los chicos como las chicas necesitan aprender a identificar y rechazar aquellas situaciones en las que se da por supuesto que son ellas las que deben supeditarse, alentándolas a que se sitúen en una relación amorosa con inteligencia, y sin la idea de que el amor romántico equivale a un amor incondicional e ilimitado, porque si esto es así, lo que siempre se coloca en posición de desventaja es lo femenino, y entonces aceptan funcionar como un territorio tomado, cuando en muchas ocasiones lo que ocurre es lo contrario: él es el que está más fuera de lugar, inmerso en un mundo de mujeres y no sabe cómo comportarse.

4 . Profesor Rey Anacona y profesor de la Universidad de Salamanca Gómez Jiménez Fernando; *¿Es el machismo una característica de los adolescentes varones con trastorno disocial?;* Revista oficial de la Asociación Iberoamericana de Diagnóstico y Evaluación Psicológica; RIDEP; volumen 12; nº2; 2001.

5 . Macho alfa. Si bien tiene origen en la etnología, se trata de un término que se utiliza para explicar la conducta de muchos adolescentes que se muestran artificial y exageradamente masculinos, y que acostumbran a competir abiertamente para ser el más popular, el más seductor, incluso el más hostil con los iguales y con los adultos. Muchas veces siendo hostiles e irreverentes entre sí y hacia adultos.

6 . Encuesta llevada a cabo en el año 2012 en la ciudad de Burgos. http://www.abc.es/agencias/noticia.asp? noticia=1301497

7 . Peggy C. Giordano, Doctora en sociología. Estudiando el desarrollo de los adolescentes de la Bowling Green State University en Ohio, asegura que la violencia en el noviazgo puede asociarse a problemas de salud.

El diseño social del neomachismo adolescente

En la era de la globalización, junto con el auge de las comunicaciones y la búsqueda permanente de la expansión económica y social, aparecen no solo fuertes manifestaciones de identidad colectiva que rozan el fanatismo, sino también voces individuales que intentan revitalizar viejas identidades de poder en el plano individual. El rediseño del machismo entre las nuevas generaciones, intenta diferenciarse de la homogeneización promovida por la lucha de la igualdad de género; impulsado por una percepción de debilidad por parte de los varones que recurren a modelos de comportamiento patriarcal, aunque con algunas diferencias significativas. Por ejemplo, las conductas violentas que a veces aparecen en las incipientes relaciones sentimentales entre los doce y los dieciséis años, suelen iniciarse con reacciones agresivas tanto de las chicas como de los chicos, que entienden los “juegos” violentos como formas normales de relación. Si los varones hacen más uso de la fuerza física que las chicas, resulta significativo que estas las interpretan como formas de acercamiento que refuerzan la hombría y por lo tanto las consideran como muestras de interés; un hecho que permite que el machismo se arraigue con más facilidad a edades muy tempranas, porque nadie le pone freno.

Otras de las creencias extendidas entre los chicos y las chicas entre 12 y 16 años que sostienen el machismo son:

1. Cuando hay interés, insistir en la conquista usando cualquier medio para lograrlo es una prueba de amor y de deseo genuino, por más que esa insistencia roce el acoso y por más que haya habido varias situaciones de rechazo. La insistencia en estos términos por parte del varón es mucho más valorada por los iguales que por parte de la

mujer. (*Esta creencia lleva a la negación de cualquier forma de coacción sexual*).

2. Las agresiones por parte de un novio o ex-novio son pruebas de que no puede vivir alejado de la persona a la que ama. (*Negación del uso de la fuerza por parte del varón*).
3. Las chicas son las responsables de que el varón sea feliz. Muchas chicas sienten que la relación falla si ellas no lo dan todo. "Pensará que no lo amo si no hago lo que él quiere" (Carlota, 14 años). (*Negación de las propias necesidades por considerarlas inferiores*).
4. Las chicas con baja autoestima son presionadas por sus amigas o por la propia familia para tener novio ya que el amor romántico automáticamente la hará sentir valiosa. (*Negación de la propia fortaleza y autonomía*).
5. Algunos varones que fueron víctimas de sus parejas, y así como la mayoría de las chicas que habían sufrido algún tipo de violencia, aseguraban que lo único que había ocurrido fue elegir a la pareja equivocada. (*Negación de la violencia*).
6. Las chicas jóvenes no valoran la idea de que tienen derecho a sentirse seguras en una relación de pareja. (*Desconocimiento de los Derechos fundamentales*).
7. La mayoría de los riesgos relacionados con el control no son entendidos como graves o peligrosos, y en los casos en que sí los consideraban como tales manifestaban temor a reforzar la conducta del agresor. (*Negación de la capacidad para pedir ayuda o para consultar con personas en las que se confía*).

Probablemente, lo más significativo de este tipo de ideas consensuadas entre los jóvenes es que cuando se les preguntaba, tanto a los chicos como a las chicas, si habían sido víctimas de maltrato por parte de la pareja, o si habían ejercido algún tipo de violencia en sus relaciones –sabiendo de antemano quiénes sí estaban implicados–, se referían a ciertas formas de violencia –puñetazos en los brazos, apretar las

muñecas, torcer la mano, dar un golpe en la espalda para llamar la atención del otro– como algo normal. También destacaba el hecho de que para muchos varones adolescentes, (más de la mitad de los entrevistados para este libro), el modelo de democratización de la pareja, propio de la postmodernidad, les resultaba incómodo porque se sentían en desventaja, manifestaban no tener ningún elemento de poder, nada diferenciador que pudieran usar como amenaza. A su juicio, el elemento diferenciador de las chicas, se refería a la capacidad de seducción y a la maternidad, que según ellos las chicas usaban a menudo como métodos de control, de ahí que ellos pudieran justificarse para mantener una dinámica de dominio, ya fuera ejerciendo agresiones verbales reiteradas como comparaciones ofensivas, humillaciones, prohibiciones, coacciones, o haciéndoles cumplir "obligaciones" por condicionamientos de género... A menudo, los empujones, los golpes, o a forzar física o emocionalmente a la novia para llevar a cabo caprichos sexuales, o simplemente ejercer presión a cambio de favores sexuales o de cualquier otro tipo, tampoco era tan mal visto por algunas chicas, y no solo porque consideraran la violencia como un ejercicio natural de superioridad del varón, sino porque según ellas había casos en que "determinadas chicas" necesitaban ser controladas a lo largo de todo el noviazgo incluso durante la convivencia habitual por el simple hecho de ser mujeres, y aun sabiendo que su pareja atentaba contra la salud física y emocional de quien está en posición de mayor vulnerabilidad, impactando negativamente en los procesos de subjetivación y construcción de la identidad, tanto del agresor como de la agredida. Quizás por ello, muchas de las chicas y los chicos entrevistados para este libro que habían sido víctimas de sus parejas, sentían vergüenza y culpa, también expresaron su deseo de no ser expuestos como víctimas ante personas de su misma edad, para no recibir otra vez abusos o burlas.

Otro aspecto diferenciador del machismo postmoderno es la aceptación de los y las adolescentes respecto a cómo reaccionan los varones cuando se sienten rechazados. Mientras que las chicas pueden recurrir a gestos de indiferencia o seducción, ellos usan formas de persecución que pueden ir desde molestar o perseguir a la chica hasta llegar al acoso, y dirigirse a ella mediante miradas o comentarios obscenos, envío de mensajes de alto contenido sexual, roces corporales aparentemente casuales pero con intención provocadora, e incluso en casos extremos, arremeter para conseguir contacto físico, como besarla contra su voluntad, interpretado por las chicas como avances atrevidos del cortejo.

Ahora bien, el hecho de que ciertas formas de violencia sean valoradas como una demostración de interés entre las chicas, aumenta significativamente las posibilidades de agresión cuando la pareja se estabiliza y pasan juntos más horas, separados del grupo de iguales. En las parejas “casuales”, las que duran pocos días, pareciera que hay menos riesgo de vulnerabilización o de violencia, por lo que no es raro que muchos adolescentes prefieran las relaciones intensas, con un alto nivel de intimidad, pero breves. Desde el punto de vista antropológico, el amor romántico breve, tendría también una función protectora, tal como lo demuestran algunos estudios, llevados a cabo por la antropóloga Victoria Burbank, *University of Western Australia*, quien constató en una comunidad de aborígenes australianos cómo un estilo de amor romántico les permitía resistirse frente al autoritarismo de los padres y a los matrimonios concertados. De hecho, esta nueva forma de enamorarse había aumentado significativamente entre los más jóvenes por influencia de las películas de Hollywood tras la instalación de una misión protestante en los años 50, y más que un sentimiento profundo, era un mecanismo de liberación ante algo que les causaba más problemas que beneficios. En nuestra sociedad, las formas de acercamiento erótico-pasional, basadas en un esmerado ejercicio de control y dominio (que dan paso con facilidad a la violencia, definida

como “*dating violence”* [8], un concepto internacionalizado para definir el modo de relación entre parejas jóvenes no casadas que realizan actos que lastiman de diversas formas a la otra persona, a pesar de que existe atracción entre ellos, pero que también puede ser usada por una necesidad social convertirse en un factor de riesgo. Prueba de ello es el aumento de jóvenes mujeres entre los doce y catorce años que ya han experimentado al menos un comportamiento violento por parte de la pareja o que han sido seriamente lastimadas o incluso asesinadas. A edades tan tempranas, ya existe una relación directa entre las formas de abuso de poder por parte de los varones y la escasa posibilidad de entender el significado de los mensajes violentos por parte de las chicas, y su defensa no pudiendo amortiguar el impacto negativo de ciertas formas aparentemente sutiles de violencia, llegan en algunos casos a embarazos no deseados (como consecuencia de procesos de intimidación y miedo), convencidas de que solo ha sido un accidente. Los chicos que habían sido víctimas de violencia en el noviazgo o que habían sufrido abuso emocional y control social, tampoco habían detectado las “señales de alerta”, pero acababan cayendo más fácilmente que las chicas en estados de enajenación o depresión. Si bien es cierto que la adolescencia es un periodo de tormenta y estrés en el que el estado de ánimo de los jóvenes oscila continuamente entre puntos contrarios, un período de “tormenta e ímpetu”, términos extraídos de una etapa de la literatura alemana idealista, por el espíritu revolucionario, sentimental, apasionado y trágico, tal como sostiene el pedagogo y psicólogo estadounidense Stanley Hall (1844-1924), precursor de la teoría genética, también es una época en la que hay un gran esfuerzo por adaptarse a los requerimientos sociales. Mientras los jóvenes de hoy sigan viviendo en una permanente disonancia entre el discurso y la acción, mientras consideren que la única manera de encajar en un estilo de vida, es la ideología neomachista, para mantener una identidad consensuada por la mayoría, difícilmente se podrá saber hasta qué punto la violencia en la pareja es la forma habitual de

relacionarse. Sin duda, el hecho de que la violencia física ejercida de los chicos hacia las chicas haya sido más rechazada que la que las chicas ejercen hacia los varones, por ser más ocasional, demuestra que se sigue enfocando el problema del amor y la violencia en los noviazgos adolescentes desde una perspectiva alejada de los procesos de vulnerabilidad.

Si bien hay indicios de un machismo diferente entre los adolescentes en la era de la globalización, no hay que dejar de lado que el estudio de la violencia en las relaciones sentimentales entre parejas jóvenes ya fue estudiado en 1957 por Kikpstrik and Kanin, en el departamento de Sociología de la Universidad de Indiana[9], donde se encontró que el 30% de estudiantes universitarias manifestaban haber recibido algún tipo de agresión por parte de sus parejas, en el año previo a entrar en la universidad. No obstante en el primer estudio sobre violencia en noviazgos específicamente adolescentes, que data de principios de los 80[10], se encontró que una quinta parte de la muestra habían experimentado violencia física en el contexto de las relaciones de pareja, insistiendo en la necesidad de prestar atención a un potencial contexto agresivo que, hasta ese momento, no se había tenido en cuenta. Desde entonces, se ha demostrado a partir de diversas investigaciones en todo el mundo que la violencia en la etapa del noviazgo es un problema grave. No solo por los numerosos estudios que han documentado un aumento alarmante entre alumnos de los primeros cursos de la escuela secundaria, sino porque se ha pasado de formas más leves de la violencia a la frecuencia de lesiones graves llegando incluso al asesinato y, en ocasiones, al suicidio del asesino, por lo que resulta imprescindible trabajar desde la familia y las entidades dedicadas a la infancia y a la juventud para mejorar la comprensión de las causas.

El perfil del chico deseado

Una de las características de la ideología neomachista que empieza a circular en grupos mixtos de chicos y chicas y que parece tener muchos adeptos es la de no mostrarse sensible ni implicarse emocionalmente con el otro, aprendiendo a manejar el arte de no sentir apego para poder abandonar las relaciones con facilidad y salir ilesos. Este perfil, a menudo suele encajar en el de jóvenes consumistas y caprichosos que mantienen vínculos durables si logran en la pareja una dependencia paralizante. Para ellos, las redes sociales son en este sentido el mejor canal para dejar una relación aunque el desinterés que manifiestan pueda ser un placebo como mecanismo de atracción. El estereotipo del chico lejano e inalcanzable, a veces caracterizado también por una gran falta de empatía, es un ideal en boga entre las jóvenes, en especial a las que los padres no han sabido decir "no" y no les han puesto límites; la chica luchará para conseguirlo, y competirá con otras, aunque para ello tenga que aceptar darle el control de su vida. Cuando las chicas aceptan ser un territorio tomado por la pareja, también mantienen un doble discurso de libertad y control, apoyando la idea de que el varón tiene derecho absoluto de pedir explicaciones, controlar horarios y su erotismo, eligiendo por ella o tomando decisiones –a veces convenciéndola de que es para su bien–, enfadándose si no hace lo que él quiere, descalificándola o haciéndola quedar mal entre sus amigos, dándole protección cuando se siente temerosa (en ocasiones por miedos que él mismo infunde, así como amenazas indirectas) a cambio de más intimidad, pero rápidamente volviendo a mostrar desinterés, lo que genera un alto nivel de dependencia emocional en ella porque no sabe "qué está haciendo mal".

> Lola ha escrito lo siguiente en la página electrónica de una revista para adolescentes de todo el mundo: "*No lo he contado a nadie, pero buscaré a mi exnovio para volver con él.*

Llevábamos unos meses juntos, pero los últimos fueron insoportables. Por mi forma de vestir, me agredió verbalmente y yo respondí con un golpe. Después de ese episodio, las agresiones entre ambos se volvieron comunes y me volví violenta. Ahora me dejó por Facebook, ante todos mis amigos y los de él, diciendo que ya no me quiere, pero yo voy a luchar por él".

Lola cuenta su primera experiencia sexual: *"La primera vez que lo hicimos me violó, porque dijo que yo me lo había buscado, pero cómo se lo iba a explicar a mi madre, si además hasta le tuve que dar el dinero para el hotel. Eso sí que me dolió, pero después seguimos, por eso sé que me quiere, porque me lo dice, por más que ahora me haya dejado de este modo".*

Hoy en día las violaciones se producen también en la pareja cuyos integrantes son adolescentes, como resultado de una cadena de micromachismos disfrazado de preocupación por el otro. Es evidente que no está de moda entre los adolescentes usar la fuerza para dominar a una chica, al menos no al principio de la relación. Pero los adultos pueden ayudar a las chicas a detectar si un adolescente puede llegar a comportarse de ese modo, por ejemplo, si impone sus argumentos y desprecia a otras mujeres. Esto es algo que todas las madres deberían enseñar a sus hijas. También pueden ayudarles averiguando si en las historias personales de esos adolescentes hay chicas que dijeron haber sido maltratadas en algún sentido, aunque después ellos los negaran.

El chico de perfil neomachista tiende, por otra parte, a menudo a repetir su comportamiento, como una tendencia a reforzar permanentemente su posición de poder en la pareja, desde diferentes lugares, por ejemplo comparándose con personas en inferioridad de condiciones en algún sentido, es decir, colocándose siempre en una posición de ventaja. Otra actitud habitual es utilizar estrategias como dar lástima o mostrarse

desvalido en temas referentes a su historia familiar, simplemente para ejercer poder emocional, pero siendo siempre capaz de mostrar su fuerza física cuando se siente amenazado en su “virtud de macho”, o la fuerza emocional para lograr en la otra persona sentimiento de derrota: haciéndole ver que está equivocada en su modo de pensar siempre que no haga lo que él desea.

> Carlos R. tiene catorce años, piensa que es el chico fuerte del grupo, así que actúa como un verdadero líder aunque no lo es, pero es divertido y ejerce su poder entre otros que son menores que él. Ante ellos se vanagloria de tener muchas parejas. Rosa M. es una chica a la que le gusta ganar poder entre sus amigas, de modo que conquista estatus conquistando al chico malo del grupo. Ella ha intentado dejarlo muchas veces porque él la controla, y aunque dice no sentir nada por él, llora, y cuenta que a ella le gusta que él sea protector, competitivo, ansioso y conflictivo. La moda del macho alfa entre los adolescentes, como estereotipo del chico lejano e inalcanzable, líder de un grupo de chicos, generalmente menores que él, a los que defiende, caracterizado asimismo por una gran falta de empatía hacia las chicas a las que debe saber conquistar y dominar, se perpetúa por un estilo de películas dirigidas a los adolescentes, que pesa mucho entre las jóvenes, quienes ven en dicho estereotipo al chico ideal para vivir una “bonita historia de amor”.

En el imaginario social del amor adolescente, el chico machista, que actúa como un macho alfa y que tiene un aspecto metrosexual, atrae a las adolescentes, por su narcisismo, autoritarismo, homofobia, camaradería e ilusión de ser el mejor. También puede haber confesado a su pareja secretos de la infancia que no siempre son verdad, incluso puede cambiar su estética y mostrar su lado femenino, y hasta mostrarse como una persona débil, pero las chicas deben aprender a observar acciones y observar ideas respecto a la mujer. En los últimos años, algunos de estos varones no solo dejan de lado el perfil rudo sino

que son capaces de cooperar, escuchar, colaborar, ser sensibles y tener un discurso antiviolencia, pero solo hay que ver cómo tratan a la chica con la que están.

> Lola, acompañada de su madre (con quien estamos en una cafetería del metro), cuenta que oyen en una discusión como tantas ocurrió lo siguiente: *"Mi novio me tiró del brazo con fuerza en la calle y me lo lastimó porque dijo que estaba mirando a un chico* –Lola muestra la herida–*. Cuando llegamos a casa volvió con el tema y le di dos bofetadas para defenderme, entonces me empujó y me tiró al suelo y me gritó: "muérete", pero yo lo amo, deseo con todas mis fuerzas que me llame o que venga y le voy a pedir perdón.* La madre interviene: *"Ahora está con un atraso". "Pero eso es de nervios porque nos hemos peleado* –le responde la hija– *además no me gustaría estar embarazada, no, porque tengo 15 años y porque no fue romántico. Pero igual yo no puedo vivir sin él".*

Obviamente la frialdad emocional de la pareja de Lola es el menor de los problemas si ella puede poner distancia emocional y física. El verdadero problema es que manifieste sentirse a gusto manteniendo una relación basada en el dominio-sumisión, con procesos de maltrato a los que parece haberse acostumbrado, y que por lo tanto no siempre son detectables. Cuando el maltrato ha sido aceptado en los casos donde las parejas no viven juntos, es algo que complica los casos más graves desde el punto de vista jurídico, y las posibilidades de demostrar cuándo se produce y cuáles son sus consecuencias. De hecho, el maltrato emocional y las descalificaciones, a menudo acompañadas de celos, en forma de juegos o modos de relación, son manifestaciones de difícil detección, pues sus marcas no siempre se ven, y no se pueden tomar las medidas necesarias para evitarlo, sobre todo si posteriormente, y más si el chico pide perdón y la chica siente que ha sido solo un traspiés, por la ofuscación del momento, y que no ha pasado nada, o que es solo un juego.

Jurídicamente, como los menores agresores no reciben un trato que cambie el problema, ya que al ser parejas no formales, ni la víctima ni el agresor perciben que se trata de maltrato, las consecuencias de este tipo de actos son cada vez más evidentes. Más aún cuando las chicas, en situaciones de victimización hacen alarde de su capacidad de decisión y creen que logran imponerse, conquistar y seducir, y que son ellas las que mantienen el control de la relación, pero lo cierto es que dejan de estar con sus amigas, se centran en la pareja, bajan las notas en los estudios y creen ser las únicas personas capaces de hacer feliz a su pareja.

El mensaje secreto de un cuerpo musculado

> “Los poetas y los filósofos podían hablar todo lo que quisieran acerca de que el hombre era algo más que carne, acerca de su valor esencial, acerca de la inconmensurable talla de su alma. Eran tonterías. ¿Acaso habían tratado alguna vez de abrazar a una mujer con unos brazos que no podían rodear su cuerpo?”.
>
> R. Mathesson, *El hombre menguante*

Para la mayoría de los adolescentes occidentales, el cuerpo es el material somático con el cual manifestar sus ideas, usando un lenguaje de masculinidad, que es también un modo de entenderse entre varones y de interpretar el entorno, modelándolo de una forma fragmentada, cosificándolo en su construcción. El modelo mesomorfo, atlético y sin grasa, con hombros y pecho desarrollados y más anchos que la cintura, abdominales sin grasa y marcados, brazos fuertes con bíceps y tríceps bien definidos y piernas bien formadas, fuertes y atléticas, da idea de atractivo y éxito, son los andamiajes que ellos necesitan para responder a las demandas sociales con una identidad sólida. En un contexto que no les aporta ninguna diferenciación, un cuerpo musculado, el propio, como sinónimo de fuerza y de poder, les permite dejar de percibir y de mostrar vulnerabilidad. Es un cuerpo musculado para sí mismo, para la conquista y para mostrar ante sus iguales, sin atisbos de debilidad femenina, por lo que muchos adolescentes no dudan en mantener en secreto, incluso negar, sus verdaderas sensaciones y emociones.

Es importante recordar que la imagen corporal de fuerza entre los adolescentes de hoy es una señal de identidad, que mantiene entre los varones la crisis de conexión. Pueden vincularse en conversaciones deportivas, o estar juntos para correr riesgos, pero aún no saben cómo manifestar su necesidad de una amistad íntima y potente como sí ocurre

con las chicas. Si bien reconocen que es importante tener un mejor amigo, o pueden mostrar su lado femenino, siguen temiendo ser vistos como ‘’demasiado débiles” si expresan apego por otro, incluso les da miedo experimentarlo, algo en lo que está implicada la educación que reciben. Por ejemplo, es común que a los chicos sensibles los padres no solo les obliguen a practicar deportes para que puedan comportarse de un modo diferente, lo que los prepara indirectamente para estar resentidos y tener un menor desarrollo moral, tal como lo demuestran los estudios llevados a cabo entre estudiantes de secundaria, en Universidad de Rochester[11], en los que además se vio que si se les prestaba más atención y se les daba más cariño cuando hacían lo que querían sus padres, acumulaban un alto nivel de resentimiento contra estos. Así que podría entenderse que parte de la educación condicionada que obliga indirectamente a los hijos varones a colmar las expectativas de los padres, es responsable de la ira que muchos jóvenes sienten ante los modelos cercanos masculinos, ante los que guardan sentimientos insanos de “compulsión interna”. La psicología del machismo adolescente muestra no solo una tendencia exagerada a mostrar un cuerpo musculado como símbolo de fuerza, sino también una autoestima sobrestimada por ser el hijo elegido de mamá, en el sentido “kleiniano” del término. Mientras la madre buena, lo complace en todo; para la mala él no lo es todo, ni le consiente o le gratifica: la madre real, la mujer que tiene otras parcelas en su vida y otras relaciones importantes también satisfactorias (como la relación de pareja), en las que el hijo no siempre está presente, es negada por los adolescentes machistas. De este modo, algunos adolescentes que usan la violencia como modo de relación con sus parejas, solo se mueven en estos dos sentidos. La madre es idealizada, y depurada de todo lo “malo”; es decir, liberada de todo aquello que le represente displacer y de cualquier deseo que no sea complacerlo. En su imaginación, la madre buena se dirige a la satisfacción del hijo. Las madres complacientes, que les han educado en la autosatisfacción, en la ausencia de responsabilidades, sin

exigencias, les hacen crecer con la idea de que ellos son “únicos”, no solo para ellas, sino en relación al resto de los mortales. De hecho, las chicas atrapadas en una relación de amor romántico con chicos de este perfil, son un instrumento perfecto para la satisfacción de sus deseos, por lo que cuando la chica en cuestión se niega a complacerle, automáticamente se convierte en un obstáculo con el que hay que acabar, pues finalmente siempre estarán en su vida “los amigos”, el grupo de individuos que mantiene el mismo sistema de vida, cuyas únicas expectativas son satisfacer necesidades propias. Al fin de cuentas, la madre perfecta siempre puede recrearse sin presencia de ninguna madre en grupo, cuando dominados por la dependencia a la droga buscan alejarse de la realidad por unas horas, aunque desde esa realidad cometan verdaderas atrocidades.

El machismo como origen y respuesta al trastorno disocial

Los estudios llevados a cabo recientemente demuestran una estrecha relación entre las conductas machistas y el trastorno disocial. Un trastorno que, según la Asociación Americana de Psiquiatría, no solo incluye agresiones dirigidas a personas sino también a animales, destrucción de la propiedad, robos, o violación de normas sociales. Su origen hay que buscarlo tanto en factores biológicos como familiares o socioculturales. Por ejemplo, hay estudios que demuestran que hay más homicidas varones en aquellas culturas que mantienen una fuerte ideología machista, en la que ser hombre se mide en función de la fuerza, transmisión que llega a los niños y a los adolescentes de manera natural. Alrededor de los cinco años, los niños ya serán más propensos a demostrar su agresividad debido al trato diferencial que reciben por parte de los adultos por el simple hecho de ser varones. Los adolescentes, por estar en la etapa de mayor vulnerabilidad a la influencia de los estereotipos de género, llegan a adherirse a conductas machistas simplemente porque ven beneficios al cumplir este tipo de comportamientos socialmente deseables. Evidentemente hay una gran diferencia entre la transmisión cultural del machismo y la conducta disocial, pero lo que es evidente es que la justificación de la violencia sumada a factores como la “frialdad” emocional y afectiva, así como falta de empatía, y evitar el diálogo, o no respetar a los demás dibujan un cuadro patológico. Aunque tampoco habría que dejar de lado que muchos jóvenes con trastorno de personalidad disocial se adhieren más fácilmente a conductas machistas porque encajan con sus características de frialdad afectiva y emocional, como el uso de la agresividad para resolver problemas, necesidad continua de demostrar la valía personal mediante mecanismos de dominación en las relaciones de pareja, y la adhesión a estereotipos de género convencidos de que el

sexo femenino está destinado a la sumisión, es decir a la dependencia y subordinación del hombre, a las labores domésticas y al cuidado de los niños. No obstante, muchas preguntas aún quedan sin responder en cuanto a la relación entre el trastorno disocial y el machismo, porque ciertamente en la adolescencia, la inmadurez cognitiva, la percepción de invulnerabilidad, el deseo de correr riesgos, así como creer que sus experiencias son únicas, puede llevar a confundir la temeridad extrema de un adolescente que se atreve con todo, con algún tipo de trastorno que no necesariamente es en sí una deficiencia sino un mecanismo de respuesta ante expectativas de futuro que son más pesimistas. Por otra parte, hoy muchos chicos se comportan de un modo extremo para escapar del grupo familiar, eliminando el peligro de endogamia; incluso las chicas buscan salir a edades tempranas de la órbita familiar para tener experiencias intensas como una forma de supervivencia.

8 . Donna Chung, Universidad de Warwick, trabajó con mujeres de 14 a 18 años en el sur de Australia y halló una directa relación entre el maltrato y la baja autoestima de las jóvenes.

9 . *Sexual aggression: A second look at the offended female* de Eugene J. Kanin y Stanley R. Parcey.

10 . Llevado a cabo por Makepeace (1981), primer investigador que mira exclusivamente a la violencia en relaciones de noviazgo,

11 . Alfie Kohn, New York Times, 15 de septiembre de 2009, *Amor parental, con limitaciones*.

Identidad femenina adolescente, modelo para armar

> “Esta repetición en la manera que tiene la humanidad de tratar a los adolescentes, ¿no se debe a una especie de amargura celosa que cada generación de adultos siente hacia aquellos que le recuerdan cuán infiel ha sido a sí misma?”.
>
> Françoise Dolto y Catherine Dolto-Tolitch

La mujer no nace, se hace, decía Simone de Beauvoir. En la postmodernidad, el proceso mediante el cual una jovencita se “hace adolescente” ya no implica solo dejar de ser niña para empezar a tomar decisiones que le permitan optar por una vida que se va a desarrollar entre el mundo público y el mundo privado, sino que buscará ante todo cumplir con el ideal de conseguir un amor romántico, aceptando que debe ser “una mujer perfecta” para otro, y aprendiendo tempranamente un discurso convincente de experiencia sexual. Esto no significa que las adolescentes sientan placer en el inicio de las experiencias sexuales, para ellas el placer estará supeditado a lo afectivo, las experiencias sexuales son un medio para profundizar en la relación, o por dar placer a su pareja, como explicó una chica de quince años después de haber mantenido relaciones sexuales con su novio de la misma edad, al que conocía hacía solo dos semanas: “fue horrible, nada romántico, yo solo quería regalarle algo especial porque era el día de su cumpleaños”. Para conquistar un amor romántico también tendrá que cumplir otra serie de requisitos, como aprender a ser complaciente, dulce, femenina, *sexy*, y no demasiado autónoma[12]. De lo contrario, puede ocurrirle lo mismo que

los personajes secundarios de los cientos de películas dirigidas a adolescentes, donde las chicas obesas y sin habilidades sexuales no pueden aspirar ni a una experiencia sexual ni a una experiencia de amor romántico. Ya no se vende ni virtud ni inocencia, sino el poder femenino a través del control de la propia sexualidad.

Por otra parte, el hecho de que la sociedad de consumo haya convertido el cuerpo femenino adolescente en presencia y lenguaje universal de la eterna juventud, viendo a sus propias madres y tal vez también abuelas que luchan por conquistar el ideal de un cuerpo tan joven como el suyo tratando de anular el paso del tiempo (necesidad creada por la mercadotécnia). Muchas adolescentes viven los cambios físicos desprovistos de naturalidad, definiéndolos como algo “extraño”, “incomprensible por cambiante”, “raro” e “irregular”. De hecho, entre las chicas son más frecuentes las emociones negativas en relación a los cambios corporales que entre los varones, pues durante estos cambios ellas perciben un empeoramiento de la autoimagen y autoestima cuando el cuerpo cambia, en gran medida influidas por la sociedad de consumo. ¿O no es verdad que ante la menarquía lo primero que escuchan son aspectos negativos relacionados con la incomodidad donde se exaltan la vergüenza y la culpa?

El ideal colectivo de un cuerpo joven y femenino que no cambia, no huele y no sangra, lleva a muchas adolescentes en edades comprendidas entre los 12 y los 18 años a vivir con verdadera dificultad la propia corporeidad, a no aceptar el aspecto biológico y biográfico, lo que dificulta el proceso natural de integrar el impacto del nuevo cuerpo que necesariamente cobrará forma desde los nueve o diez años. Actualmente, tener un cuerpo deseado y emulado por los adultos no es fácil para las chicas, porque se frena la adquisición de nuevos significantes sobre quiénes son, así como conocer su sexualidad, sus deseos, respetarse y ser respetadas, trascendiendo como la superficialidad de la imagen. Ante esta sensación de pérdida del propio

cuerpo, sumado al vacío existencial, la única salida que a veces encuentran las adolescentes es refugiarse en la fantasía de la maternidad precoz. Más que nunca, las adolescentes encuentran en la ilusión del embarazo una identidad rápida que les permite regresar de un cuerpo femenino real, menos idealizado y compartido, e inscribirlo nuevamente en una biografía que les es propia. La fantasía de ser madre, entendida como fundamento biológico de los cambios corporales, les permite responder en parte a la pregunta evolutiva del "¿quién soy?", en especial cuando se han sentido aisladas y poco contenidas por la familia, o cuando esta no ha funcionado como entidad de cambio, mediante un espacio emocional adecuado para el pasaje de la infancia a los cambios de la juventud. La idea de una descendencia que las amará incondicionalmente, por otra parte, se construye como una fantasía salvadora que proporciona un nuevo sentido a sus vidas, siendo esta una de las causas que determinaría el aumento en los embarazos a edades cada vez más precoces[13], cuando se descartan otras causas y se piensa más en embarazos no deseados, como falta de información sexual; desconocimiento de métodos anticonceptivos, o ser víctimas de algún tipo de abuso.

Las fantasías de maternidad cuando se concretan finalmente en un embarazo en etapas tempranas tiene a corto plazo consecuencias difíciles de sobrellevar, como convivir en casa de los padres de la chica o del chico con parejas dominantes, problemas de salud postparto en la joven madre, problemas de salud o de bajo peso en el recién nacido, así como trastornos psicológicos crónicos, como depresión. El fuerte deseo de tener la compañía de un hijo, concebido más como una idea y por lo tanto sin responsabilidad, tiene un fin similar a la idealización del amor romántico, escapar del dolor, pero desde una fantasía de omnipotencia, el deseo de un embarazo como solución a la angustia, cuyo origen es en la mayoría de los casos una historia familiar conflictiva, o una familia con baja funcionalidad para ayudar a las hijas a pasar de una etapa de madurez a otra. La falta de madurez emocional por parte de la jovencita,

así como el poco o nulo apoyo y cariño, la sensación de orfandad, lleva a muchas a soñar con una familia propia, la creada por ellas, y no les importa perder la escolarización, aceptar relaciones destructivas, siendo más vulnerables que antes del embarazo, ya que el padre biológico no se hace cargo del hijo y porque la mayoría terminan confinadas a la esfera del mundo privado y con una menor proyección de un futuro profesional. Ya en el año 2008, la comunidad internacional se llevó las manos a la cabeza cuando 17 jóvenes de la pequeña localidad de Gloucester, en el estado de Massachusetts, pactaron con tan solo dieciséis años embarazarse sin otro aparente interés que poder criar a sus hijos juntas. Independientemente de que para llevar a cabo el objetivo contaran con la ayuda de un mendigo de 24 años que posibilitó el embarazo a varias de ellas, con el riesgo de abuso o transmisión de enfermedades como el sida, todas manifestaron sentir que habían pasado la barrera de la niñez a la adultez, porque al fin serían queridas por alguien sin condiciones, en este caso el hijo o la hija por llegar.

> Romina de 16 años, de clase social acomodada se sintió fuertemente atraída por un joven de ojos azules y rastas que cantaba con dulce voz *By The Way*, de Red Hot Chili Peppers, bajo la bóveda de la estación del metro a la que acudía cada día al salir de clase. Romina, hija de padres separados, y educada por una tía y una abuela paterna de la que nunca sintió afecto, no tardó en dar rienda suelta a su fantasía y sentirse perdidamente enamorada. Empezó a mentir para salir antes del colegio y pasar así algunas horas por las tardes en la estación del metro, hasta que finalmente dijo adiós a todo y se fue a vivir de okupa con otros dos amigos del chico de los ojos azules. Romina era tan feliz que pronto sintió el deseo de quedar embarazada, la sola idea del hijo la inundaba de una sensación de fortaleza que también parecía permitirle hacer frente al dolor de un padre alcohólico que había maltratado a su madre, hasta que ésta pudo ser ayudada por sus dos hijos mayores para escapar con la pequeña Romina. El embarazo de Romina se vio

truncado, y su vida empezó a complicarse. Fue víctima de maltrato durante más de seis meses hasta poder escapar. Hoy Romina vive con su madre.

Para comprender las razones familiares que empujan a las adolescentes a estilos de amor romántico o fantasías de maternidad desde edades tempranas es necesario conocer cómo construyen la idea de maternidad entre la preadolescencia y la adolescencia, y más aún si viven en una familia disfuncional. Asimismo, una educación rígida sustentada en valores estrictos de género puede empujarlas a creer que es más fácil estar embarazadas que descubrir quiénes son, o lo que quieren llegar a ser, independientemente de tener o no una pareja. Y también observar cómo son los primeros siete u ocho meses de relación, ya que tal como demuestran diversos estudios, es dentro de los seis primeros meses posteriores a las primeras experiencias sexuales cuando la fantasía de ser madres cobra cuerpo y, si logran quedar embarazadas, no es de extrañar que adolescentes sin apoyo familiar de cualquier clase social vuelvan a ser madres en los dos años siguientes[14], no siempre con la misma pareja, pero sí con jóvenes a los que pueden idealizar fácilmente como protector y controlador, convencidas de que los varones tienen derecho a “sentirse dueños” de una mujer, pues es una ley que deben consentir si quieren ser queridas y aceptadas. Todo ello mientras obedecen el mandato de que deben ser atractivas y activas sexualmente para el varón, aunque sea a costa de su autoestima. Algunas adolescentes invierten tanta energía en dar atenciones y buen trato, que viven con un alto nivel de estrés permanentemente, que no disciernen si están o no implicadas en una relación peligrosa, en especial entre aquellas jóvenes con trastornos de apego inseguro en la primera infancia así como entre aquellas niñas que, al llegar la preadolescencia precipitadas a madurar, para calmar la urgencia educativa de los padres, motivándolas a que se comportaran como si fueran mayores; saltándose la evolución natural de los aprendizajes, como si el objetivo prioritario

hubiera sido prepararlas para vivir en una sociedad en la que detenerse equivale a morir. La urgencia por acelerar la madurez de las hijas, cuando estas se convierten en madres, tiene por otra parte la consecuencia de que sean las madres de las adolescentes las que terminen criando al recién nacido, multiplicando el "efecto hija", del que la hija había intentado escapar probablemente cuando concibió su bebé. Por otra parte, no hay que olvidar que muchas veces estas mismas madres son las únicas ayudas cuando hay consecuencias para la salud de la hija, así como consecuencias sociales por abandono. Si la relación madre e hija durante la primera infancia fue poco satisfactoria y distante, la joven buscará aprobación en figuras con el mismo patrón, sin embargo, si la educación recibida durante la primera y segunda infancia fue segura, pero se le enseñó que por ser niña su principal función era ser "cuidadora de un bebe", no es de extrañar que en la adolescencia encuentre en la función de cuidadora la tranquilidad que necesita, porque sabe desde pequeña qué se espera de ella (por ejemplo, que se haga cargo del hijo, y que cuanto mejor lo haga, mejor será su calificación), con lo que tarde o temprano, si no obtiene ningún otro significado de su feminidad, acabará convenciéndose de que su género ha sido creado para cuidar de otros o satisfacer a otros, también a sus esporádicas parejas, de modo que cumplirá con su destino a cualquiera. Realizará la promesa interior que ha aprendido desde pequeña, la de "dar" lo que más pueda, con la ilusión de obtener seguridad y afecto, que confía en recibir.

Obviamente esto no implica que resulte imposible dar un giro a la relación negativa, pero hay que tener en cuenta que en el proceso de ocultar determinadas emociones también se entierran fortalezas y habilidades (como cuando se le dice a una niña "las mujeres que juegan al fútbol son marimachos", no solo a ocultar su deseo sino predisponiéndolas a cambiar su perspectiva sobre determinados deportes, racionalizando argumentos ficticios). Obviamente el hecho de que muchos deseos e intereses pasaran a la clandestinidad, no implica

que no se puedan recuperar, y más aún si hay un trabajo educativo de autoestima positiva antes de la preadolescencia, haciendo hincapié en las fortalezas. De hecho, los programas para la mejora de la autoestima para adolescentes llevados a cabo en colegios de todo el mundo, como primer paso enseñan a resistirse a los pensamientos negativos sobre el propio cuerpo y a construir su apropiación y aceptación, pero también tienen por objetivo aceptar la complementariedad entre los sexos, para evitar la educación de género unidireccional.

Amazonas enamoradas

La mimetización con el modelo de la mujer dura convence fácilmente a muchas adolescentes desde la publicidad. Se muestran orgullosas de decidir por sí mismas. Sin embargo, más allá del atuendo de tacones o botas de piel que sobrepasan las rodillas, no logran vencer la orden machista de obediencia a la pareja cuando tienen un novio que se infiltra constantemente en sus vidas. De la chica dura que aparenta cuando está sola a la jovencita enamorada que piensa que no es malo ser controlada, solo existe una promesa: la de aceptación y cuidado.

> Susana llevaba seis meses sin salir de casa, a sus 17 años. Pesaba 108 kilos cuando la entrevisté. "*Por él dejé todo*", dice, "*dejé las clases de stretching, tenis y karate. Y ahora que él me dejó, mira esto*", señala su cuerpo como si su cuerpo fuera la tarjeta de presentación de su estado, como si no necesitara explicar que es la muestra de su dolor… "*Yo le decía 'Juan, no' y Juanito seguía. Una sola vez amagó como para ponerse el condón, pero siempre me decía que si lo quería no me negara, pero no me escuchaba, porque decía que a las mujeres no había que dejarlas hablar, que entonces te convencían*". Susana provenía de una familia de profesionales y universitarios y nadie se había dado cuenta de lo que le pasaba. Juan, había llegado de un país de Centroamérica hacía cuatro años, había dejado los estudios y le decía claramente: "Aquí mando yo".
>
> "*Ahora estoy triste porque se ha ido con otra, pero a mí no solo me duelen los golpes. Llegó un momento en que tenía que pedirle permiso para salir. Al principio no me prohibía nada, pero me reprochaba todo lo que hacía. Solo tenía que hacer lo que él deseaba a cada momento para que fuera feliz conmigo y pasáramos juntos más tiempo. Quisiera recuperar la chica alegre y divertida que fui*".

Resulta sorprendente cómo durante las entrevistas, las chicas que parecían más rígidas y antivarón en su discurso, y que incluso se mostraban insensibles ante historias terribles de jóvenes de su misma edad víctimas de violencia de género a las que edulcoraban llamándolas "violencia pasional", con una fuerte doble moral donde las amigas de antaño son, en esta nueva etapa de pareja, unas "busca hombres", se mostraban absolutamente dóciles ante parejas machistas. La diferencia entre estas jovencitas y sus madres o abuelas es que ellas sentían en su interior que aguantaban; mientras que las jóvenes postmodernas lo consideran como una consecuencia del "gran hombre que conquistan": jóvenes guapos, seguros de sí mismos, capaces de darles estatus, con buen cuerpo, que funcione como una empresa que les asegure servicios contra el dolor de no sentirse plenas por sí mismas, y que le provean de un amor que actúe como vendaje para el alma. Es por ello que las adolescentes del nuevo siglo no necesitan largos discursos para no caer en relaciones conflictivas sino darles pautas concretas. Ellas se comunican rápido, con un lenguaje accional, hablan de hechos, de encuentros y desencuentros, y aun siendo cada vez más veloces para encontrarse y conectar, no logran relaciones satisfactorias, por lo que están pidiendo a gritos por parte de los adultos modelos de comportamiento y empáticos, con nuevos discursos adaptados para equilibrar su vida entre lo que son y lo que la sociedad espera de ellas, y así gestionar las primeras experiencias de amor de un modo más saludable. Las salidas de la violencia son la información y la formación, la detección temprana, la fuerza de los vínculos familiares (especialmente con la madre) la toma de decisiones reflexionadas, las redes de apoyo, y los sistemas de amparo ante las amenazas promovidos por organismos oficiales de protección a las víctimas. Aún así, del amor romántico a la violencia solo hay que cruzar la línea del respeto al otro. Los tres elementos que demuestran que del amor romántico se ha pasado a una relación perniciosa, son: la angustia, el miedo y el sometimiento, generalmente agazapado bajo la ilusión del

romanticismo. Para algunas adolescentes, no es fácil salir de este tipo de relaciones si el enamoramiento ha sido muy fuerte en sus inicios y se mantiene la ilusión de que quien hace daño por amor es recuperable, por lo que resulta imprescindible enseñarles a detectar, desde la preadolescencia, situaciones de abuso en la pareja. De hecho, muchas chicas aceptan un ejercicio de poder machista cuando se convencen de que el chico precisa más y ella menos por ser mujer, entiéndase espacio, salidas, amigos, diciendo de ella que es "poco sociable". O porque creen que la dependencia afectiva de la pareja no es negativa si con ello se sienten reconocidas, si sus decisiones son aprobadas, si se calman las dudas sobre sí misma, así como los sentimientos confusos que le provoca la relación. O si han sido educadas en la idea de que es normal ir al vaivén de los deseos de la pareja si lo que mueve es el amor, incluso tener que vestirse para él y a su gusto. Ahora bien, ¿qué pasaría si pudieran detectar a tiempo las maniobras que no tienen que ver realmente con el amor, el cariño o los cuidados? La siguiente lista describe algunas de las manipulaciones más comunes.

1. Controlar decisiones o bien generar situaciones en las que se obliga a la pareja a implorar, o llevar a cabo actitudes de sobreesfuerzo para ser escuchada, valorada o tenida en cuenta, o para ser autorizada. El que ejerce el control mantiene dominados de este modo diversos sentimientos que la mujer provoca, tales como temor, envidia, agresión o dependencia.
2. Dar por hecho que la novia debe tener una mayor disponibilidad de tiempo, lo que disminuye la autonomía femenina.
3. Maniobras para lograr sumisión, sancionando o premiando según el grado de obediencia, disminuyendo su valor y necesitando la aprobación del hombre, limitando la autonomía y haciéndole creer que si hace su voluntad será considerada la mejor. O maniobras del tipo de "Si no haces esto por mí es que no me quieres", enfadándose si no se cumplen.
4. Intimidar dando señales de que si no obedece, "algo" le podrá pasar,

implica un arte en el que la mirada, el tono de voz, la postura y cualquier otro indicador verbal o gestual pueden servir para atemorizar. Para hacerla creíble, es necesario, cada tanto, ejercer alguna muestra de poder abusivo físico, sexual o económico, para recordarle qué le puede pasar si no se somete.

5. Sobrevaloración de la capacidad femenina de dar afecto y el cuidado erótico y maternal, legado de la cultura androcéntrica, que le impone la reclusión de la mujer al mundo privado.
6. Obligación de predecir las necesidades de la pareja y satisfacer sus deseos aun sin que los pida, controlando a distancia.
7. Mantener el "monopolio de la razón" recriminando que la mujer "exagera" o "algo te ha pasado hoy", apoyándose en el orden social de que el varón tiene razón solo por serlo.
8. Doblegar la voluntad de la pareja haciendo uso de la fuerza moral, psíquica, económica o de la personalidad, provocando un acrecentado sentimiento de derrota, inhibición, desconfianza en sí misma y disminución de autoestima, generando un mayor desequilibrio de poder.
9. Aprovechar la dependencia afectiva, el pensamiento "confiado" y las situaciones de confusión, zozobra, culpa, dudas sobre sí misma para que las jóvenes lleven a cabo lo que el otro desea que hagan.
10. Apoyar el deseo femenino de tener un hijo (o de la fantasía de maternidad), prometiendo ser un "buen padre" y desentenderse luego del cuidado de la criatura, para maniobrar mejor su voluntad.
11. Atacar por sorpresa desde el punto de vista dialéctico, para tomar el mando de la conversación, anulando o no teniendo en cuenta las decisiones de la mujer. Basándose en la creencia del varón de que él es el único que puede tomar decisiones sin consultar, ocupar espacios comunes, opinar sin que se lo pidan, monopolizar la conversación frente a otros.
12. Exaltación de la lógica del varón para señalar las elecciones desfavorables a la mujer.

13. La técnica conocida como “ganar por cansancio” consiste en tener lo que se quiere al agotar a la mujer con los comentarios contrarios a su propia opinión, que al final acepta lo impuesto a cambio de un poco de paz.

14. Hacer uso del espacio como si se tratara de una propiedad exclusivamente masculina, invadiendo con su ropa la casa, usando el sillón del salón, impidiendo el uso de ese espacio común, y monopolizando los espacios de diálogo y convivencia.

15. Aprovechamiento de la dependencia afectiva de la mujer promoviendo dudas sobre sí misma y sentimientos negativos, lo que aumenta la sumisión y haciendo uso de un lenguaje tóxico con dobles mensajes, insinuaciones sarcásticas, acusaciones veladas.

16. Dominación, que incluye el hecho de que ella se sienta culpable cuando está bien con otras personas o situaciones donde él no se encuentre porque ha internalizado la creencia de que la mujer solo puede disfrutar con su compañero afectivo.

17. Desautorización o descalificación delante de terceros, generalmente amigos, en especial ante cualquier transgresión del rol tradicional. Un gesto muy utilizado para acompañar estas maniobras llevadas al extremo son los comentarios descalificadores repentinos, sorpresivos, tipo “bomba”, que colocan a la pareja en un estado de indefensión importante.

18. Tomar el mando en situaciones de intimidad, volviéndolas obligatorias o evitándolas controlar las necesidades relacionales de la pareja, a fin de extender el poder.

19. Negar todo lo positivo que hace la pareja, lo cual aumenta su dependencia.

20. Dejar de hablar o hablar de sí con misterio para tener el control del diálogo, como encerrarse en sí mismo, no contestar, no preguntar, no escuchar, hablar por hablar sin comprometerse, a no dar espacio a la pareja.

21. Compararse con otros que son peores que él en algún sentido para

demostrar que el daño que produce no es tan grave.

22. Desfigurar la realidad al ocultar lo que no conviene que se sepa, a fin de mantener determinadas ventajas que no quiere perder, negando lo evidente, incumpliendo promesas, desautorizando a la novia aun ante evidencias.

23. Hacer callar a la novia delante de otros, con la excusa de que es conocedor del tema.

24. Hacer ver que ella no sabe, o no recuerda, o no pudo hacer algo que impida mostrar con sinceridad quién es como persona.

25. Desentenderse o alejarse de la relación para fortalecer la dependencia de la pareja, a menudo dándole celos con otras personas que lo comprenden más.

26. Hacer regalos, ser seductor y atento en exceso con apariencia de romanticismo para ganar poder.

27. Prohibir tener amigos o amigas, o llamar o perseguir constantemente.

28. Destruir o apoderarse de artículos u objetos personales de la pareja.

29. Estar obligadas a compartir sus contraseñas como muestra de amor, presentado como un nuevo modelo de intimidad.

Afianzando la relación madre-hija

Las creencias de las adolescentes sobre cuál es su papel en la relación de pareja están directamente ligadas a la forma en que han visto actuar a las mujeres de su genealogía. Algunas de ellas, al ver lo difícil que les ha resultado a sus madres ajustar el amor romántico a un espacio de autonomía, prefieren sacrificar este espacio con el único objetivo de no sufrir y perder la pareja como les pudo haber ocurrido a sus madres.

Dentro de las transmisiones de autoafirmación femenina que llegan a las adolescentes por parte de mujeres adultas de la familia, una que sigue cobrando mucha fuerza, es aún en el siglo XXI la del cuidado y protección de lo masculino, más que la importancia del desarrollo o la propia autonomía de la mujer. La recurrencia de ciertas manifestaciones psicosomáticas que presentan las adolescentes cuando están en pareja, demuestran hasta qué punto es una carga para ellas la obligación de ser responsables de la felicidad y el bienestar de los hombres de la familia, y el reiterado ejercicio de poder que los hombres de la misma familia ejercen sobre ellas, es algo que se extenderá a la pareja, como la manipulación sutil que muchos chicos llevan a cabo al reducir espacios de acción personal: como amistades o aficiones porque “ellas no tienen derecho”. O bien cuando educadas en principios tales como: “Al hombre no hay que provocarlo, porque el hombre es hombre”, madres, tías y abuelas dejan entrever que el hombre puede ser peligroso si no se tiene una actitud de astucia o de sumisión, indicando a la joven que será responsable de causar la violencia del varón o sus efectos en otras personas, condicionando al mismo tiempo a que la pareja se comporte de ese modo aun cuando no lo desee, pues tiene que “demostrar que es hombre”.

Obviamente, el desprestigio de lo femenino también llega a las nuevas generaciones a través de otras mujeres que no forman parte de la

familia pero que igualmente propagan la idea de que lo femenino es algo inferior más que complementario, lo que conlleva que muchas adolescentes se sientan absolutamente desprotegidas por las mujeres de la familia y de fuera de ella a la hora de pedir ayuda, de reflexionar sobre sí mismas o de poner en marcha formas de autocuidado. En muchos casos se ha visto que anterior a la joven que sostiene a un novio violento probablemente ha habido una madre que aguantó el dolor causado por otro varón, probablemente a su padre, o que ella misma ha sido víctima de violencia familiar. Por otra parte, hay aspectos asimétricos enquistados y transmitidos con tanta naturalidad que muchas jovencitas se sienten obligadas a cuidar a otros sin el derecho a recibir cuidados o defender sus derechos, que no tienen medios para salir de procesos tóxicos de esclavitud. En las familias y en los colegios es ya imprescindible retomar la educación de los chicos y de las chicas en las relaciones de pareja. Con las chicas, mediante proyectos educativos a fin de que madres y abuelas fortalezcan lazos entre generaciones donde los aprendizajes no solo se producen de abuelas y madres a nietas, sino donde la influencia es también de la generación más joven a la mayor en edad. Muchas adolescentes contemporáneas dicen no sentirse hijas de sus madres, pues a las que ven como a sus iguales, por la pérdida de la *madre que promueve la filosofía una corriente social,* la que evoca la vidente y sacerdotisa Diotima de *El Simposio* de Platón, de la que se dice que ha enseñado a Sócrates “la filosofía del amor” en la que se cuestionaban aspectos como si es posible amar aquello que ya se tiene o solo lo que hace falta; o cómo se puede desear lo que ya posee… La madre reflexiva enseña entonces para la vida proporcionando las claves del enfrentamiento dialéctico. Las niñas y las adolescentes en general optan por una mayor neutralidad, evitando posicionamientos contundentes, por lo que resulta imprescindible ayudarlas a encontrar los propios recursos y fortalezas para que desarrollen la capacidad de confrontar y soportar enfrentamientos y poner en práctica la autoafirmación de modo asertivo,

sin caer en mecanismos masculinos. Un buen ejercicio entre madres e hijas es la visualización de debates donde hombres y mujeres argumentan sobre algún tema polémico, y ver qué tipo de recursos tienen aquellas mujeres que son más visibles en la vida pública, aprendiendo al mismo tiempo los modos de construcción de pensamiento de la condición masculina, cómo se sostienen privilegios y cuáles son sus costes, para ayudar a derribar los aspectos dominantes del rol masculino tradicional, como maniobras de control, mediante la construcción de nuevas ideas y reflexiones, más que seguir debatiendo en las aulas por qué los varones huyen de las tareas del hogar, cuando se trata de algo que se tiene que dar por hecho. No hay que olvidar que la peor consecuencia inmediata de la falta de empoderamiento femenino por parte de las mujeres de la propia genealogía es la gran inversión de recursos personales que ponen en juego para mantener un amor romántico, como la reducción del espacio social y personal, la reducción del tiempo con otras personas fuera de la pareja, y aumentar las responsabilidades respecto de ésta, con los consecuentes aprendizajes también transmitidos: como tolerar presiones, contener emociones, silenciar lo que se piensa, inhibir reacciones, posponer deseos, aplacar estados de ánimo, o comportarse desde un modelo maternal, que abastece, cuida, estimula. Muchas jovencitas tratan a sus parejas como a un rey al que hay que satisfacer a costa de cualquier renunciamiento, poniéndose a su servicio, recreando la idea de que para ellos son únicas tal como lo sería una madre. Otra razón por la que muchas preadolescentes sueñan con un amor que las complete, que les provea plenitud, que les dé sentido a sus vidas y que les garantice felicidad, que sea para ellas también como una madre. Para las adolescentes, estar prisioneras de lo que para ellas es su “único y verdadero amor” no es lo más grave, ni siquiera esconder lo auténtico de sí mismas si hay alguien que promueva el control de sus vidas desde fuera, con el coste psíquico que ello conlleva. Desean una persona que les apacigüe el temor al abandono, a cambio de servilismo, y después con altas dosis de rencor

y al deseo de control. No en vano algunos estudios recientes han demostrado que las adolescentes escolarizadas pueden mantener una relación de maltrato, tolerando situaciones de violencia aun siendo conscientes de ello[15], hasta más de un año, lo que ocurre también cuando la edad de inicio de la relación problemática es temprana**,** especialmente en las mujeres, que ya tienen relaciones conflictivas desde los 13 años.

> Carlota F., de 17 años, estaba convencida de que las parejas no le funcionaban por culpa suya, porque no aguantaba lo suficiente o no hacía el esfuerzo de comprenderles un poco más… Todas las relaciones habían sido breves y con chicos a los que les llevaba uno o dos años, pero que eran afines en el gusto por las redes sociales y la música country; chicos a los que nunca había dejado ella, incluso sin tener sentimientos hacia ellos. Decía que le daban pena o que se sentía muy insegura si tomaba la iniciativa, así que esperaba que fueran ellos los que dejaran la relación, lo cual le causaba mucha angustia. La consulta con una terapeuta fue de gran ayuda, ya que si debía afrontar algo evidentemente era su inseguridad. Para su sorpresa, más que inseguridad, se trataba de una fuerte tendencia a evitar el conflicto por ser mujer, por miedo al abandono, como había visto en su madre, que desplegaba actos amorosos infinitos con tal de aplacar la ira del padre, experimentando una angustia, similar a la que experimentan los niños cuando temen perder el amor de su padres.

Probablemente, el cambio hacia el nuevo papel marental y de las mujeres de la familia sea empezar por aliviar a las hijas del rol de sostén emocional de la familia para que sean responsables de su bienestar. Porque lo cierto es que este “hacerse cargo” de otros, no solo define la forma en que las adolescentes se comprenden a sí mismas sino también el modo en que utilizan sus recursos personales cuando están en pareja. Las creencias positivas sobre sí mismas y el lugar desde el que

controlan sus vidas dependen en gran medida de los aprendizajes adquiridos de las mujeres de su familia.

En las campañas mediáticas orientadas a la prevención y erradicación de la violencia en las parejas adolescentes, se hace hincapié en la importancia de la búsqueda de ayuda y denuncia, sin tener en cuenta la necesidad de un trabajo realmente profundo en el fortalecimiento de la figura femenina y en los vínculos femeninos. Algunos estudios llevados a cabo en diferentes partes del mundo, demuestran que esta es una forma de prevención de la violencia efectiva, porque fortalece el mundo emocional de las hijas, creando redes de contención o su participación en grupos activos que sirvan para tomar distancia del discurso romántico con tintes neomachistas, mediante una percepción de autoeficacia. Sin duda el camino directo a fin de descubrir las propias fortalezas y poder poner en marcha sus propios recursos a fin de modificar su situación, facilitando la reestructuración de pensamientos y creencias disfuncionales. Saliendo de la zona del "*no puedo hacer nada*" a la ejecución de conductas concretas y efectivas que les permiten el autocuidado, poniendo en marcha los recursos propios. Por otra parte, el rol de la madre reflexiva que funciona como proveedora de conocimiento, ayuda a que la hija no desarrolle estrategias pasivas en las relaciones de pareja, como "aguantar" porque es lo que corresponde a la mujer, así como identificarse con modelos que exaltan el reconocimiento si es condescendiente, paciente y sumisa. El papel de las madres reflexivas consiste en revisar y cuestionar con sus hijas ciertos mandatos que impliquen colocarse en una posición de inferioridad por ser mujeres, y ser una guía que les permita desarrollar habilidades para la vida, poniendo los medios para que puedan responderse "quién soy", "qué está pasando en mi vida", "qué quiero", "para qué", "adónde voy" y "cómo llego", escuchando, aportando claridad (para saber qué aspectos son fortalecedores y cuáles debilitadores), ayudándoles a desarrollar un plan de acción, pero ante todo, celebrando la posibilidad de cambiar la realidad cuando esta no permite ser felices.

12 . Hirigoyen, Marie-France; *Las nuevas soledades*; Paidós Contextos; Barcelona; 2013.

13 . Forrest, J.D.; “Timing of reproductive life stages”. *Obstet Gynecol*, 82: 1993; pp. 105-111.

14 . Lázaro, L.; “Las escuelas ante el embarazo adolescente”. Disponible en www.salutia.com

15 . Un estudio de la Universidad de Sevilla sobre mujeres escolarizadas revela que cerca del 12% se han sentido atemorizadas por su pareja. Además el 57% se perciben como maltratadas pero igualmente prolongan sus relaciones con el agresor más de un año. Según los expertos, los preuniversitarios tienen un nivel de información escaso acerca de qué es la violencia de pareja. Profesor de Psicología de la Universidad de Sevilla, Luis Rodríguez Franco.

Amar a un otro imaginado

El filósofo y sociólogo francés Jean Baudrillard (1929-2007), en su análisis sobre la postmodernidad no solo afirma que estamos inmersos en una sociedad dominada por el éxtasis de la comunicación, en la que solo existimos como terminales de múltiples redes, sino que nuestro cuerpo se vuelve inútil y obsoleto, pierde su carácter de metáfora para precipitarse en una enloquecida metástasis. Asegura que en el siglo XXI no somos más que pura pantalla, pura superficie de absorción y reabsorción de informaciones.

Las nuevas tecnologías no solo han cambiado la forma de comunicarse entre los adolescentes, manteniéndolos interconectados permanentemente, convencidos de que descubren afinidades y experiencias emocionales intensas, sino que llegan a estar seguros de que tienen relaciones amorosas aun sin tocar a la otra persona, siendo esta la forma preferida de iniciar o mantener una relación cuando la vida de relación es reducida. “Vivimos en la peor de las alienaciones”**,** dice Baudrillard, “la de no ser despojado por el otro, sino estar despojado del otro, debiendo tener que producir al otro en su ausencia”.

Mientras muchos chicos y chicas en todo el mundo perciben que pueden mantener un alto nivel de intimidad, relaciones tú a tú donde el cuerpo real no es tocado, el amor adolescente se vuelve excesivamente maleable, se fragmenta y se rearma, desde un mundo paralelo que llega a través de una pantalla.

Para las nuevas generaciones de jóvenes, la posibilidad de confesar, explorar y compartir la intimidad les permite la sensación de mantenerse unidos, al tiempo que evitan el miedo al rechazo. Por otra parte, la permanente circulación, intercambio y consumo de imágenes que

fomenta un nuevo modo de pasión, la pasión descorporizada, los mantiene atentos a las propias expectativas y necesidades, más que al encuentro con el otro. El contacto piel a piel, la función del límite que demanda el cuerpo del otro, se desvanece. El otro no es más que una imagen deseada, es anhelo de posesión por un cuerpo que no se toca, y que se hace visible en múltiples formas, todas fragmentadas, sin un sentido real, aumentando de ese modo la creencia de que se trata de un amor verdadero y único.

Las experiencias de atracción virtual entre adolescentes, en las que el cuerpo no existe, y lo único que se construye es la fantasía de una pasión, o para decirlo en palabras de Jean Baudrillard, donde la "obscenidad de lo visible, de lo demasiado visible de lo más visible de lo visible, de lo que ya no tiene secreto" es lo que atrae, lo que prima, activando la satisfacción urgente del deseo, que se vuelve cada vez más urgente, no es extraño que con la misma urgencia que aman, con la misma rapidez, se desilusionen cuando se conocen en el mundo real.

> *No sé qué ha pasado* –confiesa Lourdes, una jovencita de no más de 16 años, delgada, tímida y que no es capaz de sostener la mirada–, *estábamos muy bien durante los meses que estuvimos de novios por Internet. Él me entendía, era divertido, pasábamos muchas horas hablando y sintiendo que nadie nos entendía como nos sentíamos nosotros. Pero todo cambió desde que nos vimos. Me decía que le daba vergüenza salir a la calle conmigo, que tenía amigas más guapas, y en cierto modo me obligaba a ser lo que yo no era, así que mis padres me obligaron a dejarlo porque me humillaba, pero yo no entiendo qué ha pasado. Es como si todo se cae de golpe encima. Mis padres tampoco entienden qué me pasa, que esté tan enamorada si no lo conocía.*

Si bien en las redes sociales muchos adolescentes prolongan los vínculos ya construidos con compañeros de colegio, amigos o vecinos,

cuando el amor empieza en el ciberespacio lo distintivo es que el cuerpo siempre llega después. Si logran verse en el mundo real, la joven pareja ya ha pasado de la etapa de las confesiones a una mayor intimidad, con manifestación del deseo, en la etapa del encuentro en el mundo real, lo prioritario es la exigencia no declarada pero evidente de una sexualidad activa: de búsqueda de resultados, en la que el otro debe satisfacer las propias expectativas. El cortejo, sustituido por la intimidad rápida, da un salto hacia la exigencia de logros, por lo que en el paso de la descorporización del amor a una brusca exigencia de resultados, quienes primero pierden su lugar de referencia son las chicas, porque detrás de ellas hay una mayor presión social.

> *"Yo me enamoré chateando, cuando tenía 14 años, de un chico de tres años mayor que yo. Fue amor a primera vista, estábamos permanentemente conectados, era maravilloso. Yo le contaba todo el tiempo lo que hacía y él solo sabía que decirme cosas bellas. Así duramos unos dos meses, pero después cuando empezamos a vernos se transformó en una relación muy obsesiva y enfermiza. Empecé a sentirme algo deprimida. En todo momento me mandaba sms, hasta de madrugada. Me decía que no me dejara llevar por lo que me dijeran los demás, que él era quien más me entendía y quien de verdad iba a cuidarme y protegerme. Pero no me sentía bien, estuve un día sin hacerle caso y me conectaba con otras personas, pero no tuve en cuenta que él leería todo porque tenía mi password, y podía entrar a mi Facebook cuando quisiera. Así que no sé cómo lo hizo, pero me encontré otra vez pendiente de él y chateando a todas horas. Por chat hablaba de amor de verdad, de lo difícil que era para él la vida sin mí, pero cuando estábamos juntos era frío y distante. Por un lado parecía que era el chico ideal, el que cualquier chica desearía tener, pero había algo que no me gustaba, por ejemplo que me esperara a la salida del colegio y que tuviera que volver con él y no con mis amigos. O que me obligara a ponerme tacones y*

ropa ajustada, entonces era más divertido, pero no me dejaba sola ni un momento. Yo sabía igualmente que a pesar de que no me gustara esa era mi función".

Comprender por qué hoy más que nunca las chicas aceptan ser cosificadas por sus parejas es aún un tema pendiente de estudio. Más todavía cuando durante las entrevistas resulta evidente que tienen también una mayor necesidad de mantener la fantasía del amor ante las otras chicas, una necesidad de estatus en el grupo, en la mayoría de los casos. Mientras el noviazgo dure, la opinión de las amigas es tan determinante que pareciera que en grupo la identidad de "novia de" que le otorgan las otras, da seguridad. Existe una permanente recreación de mitos: entre ellos el hecho de que es más mujer aquella que mejor sabe estimular la sexualidad del hombre, que si bien les da estatus en las redes sociales o en el pequeño grupo de amigas, también las lleva en muchos casos a actuar en contra de sus deseos. Como si para romper el cascarón fuera necesario ensayar un rol de mujeres altamente experimentadas, escuchando mediocres y poco fundamentados consejos de sexualidad, intercalados entre la mayoría de productos de consumo para adolescentes, el lugar que acaban encontrando es el de mujer objeto, desde ese lugar, no solo se ven obligadas a esconder sus verdaderas necesidades afectivas para estar a la altura sino que a menudo reprimen la propia agresividad adaptativa, la que les permite defenderse, por ejemplo, de una agresión. En tales circunstancias lo único que les queda es verter la agresión hacia adentro y ser capaces de sonreír aun en una relación difícil (…y más sonríen cuanto más complicada). La hipersexualidad y el hipererotismo que se propaga en las redes sociales, de hecho acaba confundiéndolas más que a los chicos, probablemente porque para ellos no tiene por qué haber una relación directa entre sentimientos y sexualidad, mientras que para ellas sí, aunque aparenten "ser como ellos". Entre las chicas, el erotismo, la sexualidad y los afectos poco o nada diferenciados, les impide percibir

hasta qué punto las relaciones basadas en la ausencia de cuerpo modelan obsesivamente lo que entienden por amor, así que ante la confusión hacen lo que han aprendido: mantienen actitudes de obediencia y sumisión. Y es que una vez anulado el deseo de ser miradas y reafirmadas por los otros en el mundo real, cuando dejan de contar con espejos reales donde reflejarse, el amor se reduce a lo que se quiere ver, “lo que adquiere valor sexual es la promiscuidad del detalle, el aumento del Zoom”, asegura Baudrillard, con lo que las fantasías de que es el otro el perfecto también aumentan. El amor que nace en una suerte de espacio transicional es excesivamente idealizado. Parece inofensivo porque se cree que como en la vida real también los prepara para salir al mundo real, pero esto en ningún caso es así, solo hace que aumentar sin embargo el encierro en sí mismos y el deseo de gratificación instantánea, y cuando no lo logran, a veces, no les importa tener una cita en el mundo real, y conseguir la gratificación por la fuerza.

Palabras que acercan palabras

La comunicación instantánea mediante mensajes de móvil a móvil llena de tal modo el vacío de los adolescentes que rápidamente se llega a la ilusión de estar completos. Entre las nuevas generaciones, incluso cuando usan aplicaciones que solo admiten un pequeño corpus de palabras, igualmente pueden crear espacios erotizados que dan lugar a la pasión pero que son al mismo tiempo un peligroso lugar de control. Ciertamente poco les cuesta a los adolescentes manifestar amor o deseo por otra persona en 140 caracteres, ¡y sin irse por las ramas!, son conscientes de que la extensión del mensaje no es más importante que el valor de su contenido. Incluso pueden llegar a ser profundos e interesantes, abreviando palabras. El amor, la pasión y la intimidad compartida por medio de la palabra les proporciona la ilusión de una mayor presencia, que forman parte de la realidad del otro o viceversa.

> "*Con Julio estamos todo el día conectados, queremos conocernos pero la verdad es que no sé si realmente nos hace falta",* dice Elvira de 15 años*. "Éramos compañeros de colegio, él se fue a vivir a la Patagonia y yo me quedé en Madrid. Hace cinco años que no nos vemos, pero estamos enamorados. Nos contamos todo lo que hacemos por WhatsApp. La verdad es que yo no puedo estar sin saber qué hace a cada momento. Con el cambio horario hay noches a las que me voy al colegio sin dormir porque es la hora en que podemos hablar con más tranquilidad. Estamos de verdad muy enamorados. Y la verdad es que no me importa que mis amigas no me hagan caso, en realidad no las necesito".*

Y es que si hasta ahora lo preocupante era que los adolescentes aprendieran a poner límites a la conectividad y a la privacidad, porque el más adicto a las nuevas tecnologías era aquel que tenía una vida social más pobre, hoy sabemos que también pueden estar pendientes del

teléfono quienes dicen estar en pareja porque el objetivo es medir permanentemente el grado de amor y controlar, con las consecuencias que ello conlleva. Hoy tanto los chicos como las chicas miden el grado de pasión o interés por el número de *WhatsApp* que reciben en un día, según si sus parejas les responden de inmediato a los mensajes o tardan un tiempo en hacerlo, concluyendo a partir de estos datos subjetivos si se trata de un amor verdadero o de un pasatiempo. Es fácil ver por lo tanto a chicas, y a chicos, excesivamente pendientes de sus parejas, y a veces alterados, cuando no les responden a un mensaje para confirmar que el amor continúa, aunque se trate de un mensaje que aparezca en la pantalla varias veces en un día o en una semana. Y todo ello multiplicando aceleradamente la sensación de inseguridad e incertidumbre. Los reproches desde la red, del tipo: "*no me escribes nunca que me quieres"*, son en este sentido mucho más que una demanda de amor. Suelen ser indicios de control que fácilmente acaban en conflictos. Cuanto mayor es el nivel de dependencia, más es afectada la autoestima, porque suman dependencias: la dependencia emocional y la dependencia tecnológica. Incluso cuando perciben que todo va bien porque la relación funciona debido a que están permanentemente conectados, la inmediatez que consiguen tampoco es real. No son en absoluto conscientes de que la vida no es tan rápida, ni tampoco el tiempo del que disponen las personas, ni siquiera el amor pasional. Todo lo que tiene que ver con su mundo debe construirse. Para muchos de estos jóvenes, la idea de que desde los mensajes escritos lo comparten todo, responde a la ilusión de que el otro está verdaderamente presente, cuando lo cierto es que solo comparte un espacio virtual –erotizado, exento de preocupaciones y peligros materiales (incluidas las enfermedades)–. Si la relación de pareja no coincide en el mundo real sino que se desarrolla solo en el plano virtual con unos códigos nuevos y no siempre consensuados, los problemas de estructura de la pareja son más visibilizados, por ejemplo los celos, la dependencia, el deseo de posesión, que se multiplican en todas las

situaciones de contacto cotidianas. Muchos de ellos aceptan mantener o iniciar una relación por este tipo de medios donde predomina la palabra porque creen que con poco logran que se mantenga un tipo de relación sin compromisos, pero de lo que no se dan cuenta es de que se estima que en el proceso de comunicación, un 75% de lo que se dice se manifiesta mediante el lenguaje no verbal, y que el mensaje hablado en sí es solo el 25%, así que cuando la comunicación es escrita, como exige más datos explícitos, a menudo hay que explicar más de lo que se desea, y entonces una de las partes se siente demasiado controlada, lo que genera resentimiento. Al estar todo el día conectados, el más dependiente es quien generalmente sabe más qué hace el otro, dónde está, qué piensa o dice, sin ser consciente de que la preocupación por el otro es una excusa perfecta para fomentar otra forma de adicción.

> "*Mi novio me cuida a todas horas y es muy bueno conmigo", dice Rebeca, una chica de 17 años, de su novio polaco, de la misma edad. "El único problema es que a veces se enfada cuando me manda mensajes y no puedo contestarle. Entonces dice que no me importa, que no me preocupo por él, que un "vale", no significa nada, y que no me cuesta más de un segundo escribirle algo más, y si discutimos, siempre sale con lo mismo: que es mejor que lo dejemos si no voy a estar por él. Aunque después se le pasa. Igual no me cuesta nada decirle a todo momento dónde estoy o qué hago. Si lo hago con mis amigas y con mi familia, no sé por qué no iba a darle ese gusto a él".*

En el chat, las **"**falsas cercanías**"** permiten investigar las propias emociones frente a otro. Los adolescentes de hoy se atreven a hablar de bisexualidad, de homosexualidad, de masturbación sin que les tiemble la voz, a transgredir normas sin ponerse colorados, pero no así las chicas, que son señaladas si hablan en estos términos, por otras chicas, así que solo se lo permiten por escrito por medio de la tecnología. Por ejemplo las chicas, cuando explican sus primeras experiencias sexuales a otras,

casi siempre se excusan diciendo que tuvieron relaciones porque estaban en pareja y enamoradas, y nunca o casi nunca porque simplemente tuvieron ganas, por excitación o por deseo, pues aún siguen temiendo ser sancionadas, por lo que legitiman su actividad sexual mediante el amor. Los chicos, por su parte, también hablan de sus experiencias sexuales por chat, pero ellos señalan el noviazgo como escenario habitual de la primera relación sexual, pero no usan el escenario del noviazgo para legitimar la experiencia por amor. Más bien hablan en términos de oportunidad o que prefieren estar de novios porque ello es garantía de que tendrán una vida sexual activa. Probablemente la gran diferencia es lo que cada uno busca en sus experiencias sexuales y cómo cuentan lo que cuentan. Las chicas necesitan permanentemente ser confirmadas en sus decisiones por sus iguales, algo que no ocurre en la misma medida con los varones. Prueba de ello es que los varones tienen sus experiencias sexuales antes que las chicas, según la mayoría de las estadísticas, siendo que ellas maduran antes y que generalmente tienen parejas que les llevan de uno a dos años, pero esto se debe a que los chicos están más presionados sexualmente mientras que ellas están más condicionadas a ocultarlas. La feminidad en la cultura occidental, aún se modela y define a partir de unas exigencias sociales que les genera angustia desde edades tempranas, afectando la construcción de una identidad sexual, poniendo en el punto de mira la forma en que ejercitan la sexualidad, lo que no siempre les permite descubrir qué significa ser mujer. En este sentido, los estereotipos de género, no solo acentúan la desposesión del cuerpo y la necesidad de ser confirmadas y reafirmadas desde fuera, sino que no es raro escuchar a las chicas solicitar permiso a sus parejas para poder realizar cambios estéticos o en indumentaria, o en las decisiones que atañen su futuro, como la elección de una carrera corta para poder estar más tiempo juntos cuando él tal vez ni estudia ni trabaja.

Sentimientos que salen por la piel

El sociólogo francés Marcel Mauss (1872-1950) ha encontrado que la estructura social tiene una influencia decisiva en las necesidades y actividades corporales y que el cuerpo se convierte en el primer y más natural instrumento y objeto técnico del hombre. Entre los adolescentes, la fantasía de autogestación les lleva a expresar y mostrar sentimientos a través de tatuajes, cortes en la piel, y perforaciones. La corporeidad humana como fenómeno social es también objeto de representaciones y valores. Entre las nuevas generaciones, el cuerpo sirve para llevar a cabo una suerte de rito iniciático. Muchos jóvenes prefieren poner fuera lo que les oprime, lo que no soportan por dentro, de hecho, el perforar, el cortar, el ser tatuados, es para ellos una experiencia vertiginosa y de la que disfrutan cuando salen airosos, generalmente acompañados por sus iguales. Tal como muestran algunos ritos iniciáticos descritos magistralmente en *La rama dorada: un estudio sobre magia y religión,* por el antropólogo escocés James George Frazer (1854-1941), la marca en el cuerpo es la señal de que se inicia el camino de separación de la familia, con la angustia que ello implica, preparándose de ese modo para las pruebas que le permitirán tener acceso al mundo adulto, es decir, aprender para volver al mundo conocido pero habiendo pasado las pruebas que definen que ya no es un niño, con el correspondiente cambio ontológico. Tal es como cuenta que ocurre en una isla de Indonesia perteneciente al archipiélago de las Islas Molucas donde a los muchachos púberes se los lleva a la “casa kantiana” una cabaña de madera situada bajo unos árboles de espeso follaje en lo más profundo del bosque, construida de modo que entre poca luz. Hasta allí se los conduce con los ojos vendados seguidos por sus padres y parientes. Posteriormente los dejan solos y el gran sacerdote hace sonar trompetas de bambú, simulando el horrendo bramido de un oso. Las mujeres y los niños del poblado creen que el ruido está hecho por el

diablo. Entonces los sacerdotes entran a la cabaña y muestran una lanza ensangrentada como señal de que los muchachos han sido descabezados. Los jóvenes permanecen en la cabaña de cinco a nueve días sentados en la oscuridad.

Se embadurnan su cara y cuerpo con tinte amarillo que les da apariencia de haber sido tragados por el diablo durante su estadía en la casa. Se les tatúan con espinas una o dos cruces en el pecho y en los brazos. Al cabo de treinta días regresan al poblado, como si no supieran hacer nada, ni comer en platos, atravesar las puertas, demostrando que están bajo la influencia del espíritu. Se les prohíbe comer ciertas frutas, no se dejan peinar ni tocar por su madre ni por sus hermanas. Una vez que ha pasado este período un sacerdote les corta el pelo a la altura de la coronilla a modo de rito iniciático, y a partir de ese momento son considerados hombres hechos y derechos, con lo que pueden casarse, cosa que si se hiciera antes sería un gran escándalo.

La moderna lectura sobre los tatuajes adolescentes demuestra más ser una necesidad de evasión ante el control que la sociedad quiere hacer sobre el cuerpo, lo que llevaría a entender que los tatuajes son pues una forma de apropiación corporal. Al mismo tiempo, las marcas en el cuerpo también les sirven para mostrarse a otros como personas socialmente preparadas para tener pareja debido a que han logrado la madurez sexual. Como los tatuajes, los piercing o los cortes, el significado sacrificial consiste en permitir ser marcados para sentirse vivos, y no destruirse o lastimarse como se cree comúnmente. Se perforan, se tatúan o se cortan para sentirse unidos, como si fuera la marca quien sostiene el grupo, porque les evita el caos interior. Más aún, cuando en la sociedad del riesgo los jóvenes se exponen hasta el límite para hacer alarde de su audacia y de su valor de diferentes maneras, dando un sentido similar al discurso del personaje de Demian en la obra de Hermann Hesse, en el que este le expone a Emil Sinclair la marca de Caín, tiene connotaciones de algo distintivo, un síntoma de

audacia y de valor más que de maldad.

El hecho de que no exista un lugar –un espacio físico– para llevar a cabo el paso al mundo adulto, puede conducir a que cada vez más jóvenes entiendan que el cuerpo es el lugar elegido, demostrando que se está preparado para la vida en pareja. El propio cuerpo sería el lugar elegido para distinguirse y salir del entorno de la madre, porque en una sociedad cada vez más indiferenciada e indiferente pareciera que tampoco hay un adulto fiable, investido, ante el cual el chico o la chica puedan llevar a cabo su ritual de paso. Y es que mientras que "la finalidad de los adultos es no envejecer sino parecer joven" tal como afirma Joseph Campell, también la tendencia puede ser "no madurar lejos de la madre, sino aferrarse a ella", por lo que los jóvenes de hoy no tienen otra opción para cumplir el ritual de paso, a veces mediante marcas escondidas, otras en lugares visibles, o un poco ocultas por las mangas largas, pero siempre dispuestos a diferenciarse. Algunos chicos y chicas solo se permiten enamorarse de personas de sus grupos de Internet, semejantes en sus gustos y en sus cortes, pero aún estas elecciones de pareja no deben verse como si se tratara de amores de excluidos sino que se trata de procesos de integración, de un "nosotros" diferente de "otros". Se eligen entre quienes parecen haber superado el miedo a salir del entorno de la familia, y entienden que las marcas en el cuerpo son una vestimenta social. El cuerpo en la postmodernidad es también una metáfora del amor, no necesita desterrar su forma, aplanarse, homogeneizarse, adelgazar hasta asexuarse, para generar consumo con el vestido masivo, solo necesita estar en contacto con otro cuerpo en el mundo real, y no importa si para llegar a ese contacto primero hay que marcarlo.

Educar las emociones en la era de la imagen

El desafío de educar la afectividad de los adolescentes resulta prioritario en la sociedad actual. Ya a finales del siglo XX el antropólogo francés Marc Augué (1935) visibilizó un importante cambio experimentado en la sociedad por el sentido de "otroriedad". En la era de la imagen el espacio del planeta permitía la percepción de la estrechez de tal modo que en el mundo digitalizado la individualización y la percepción fragmentada de los otros resultaba imparable. La soledad experimentada por los adolescentes los llevaba a conformarse con muy poco: con que los "otros" guardasen al menos una imagen suya en el iPod o en el iPhone, percibiéndose de ese modo como personas aceptadas. Sin embargo, desde estos nuevos "no lugares" pronto la nueva percepción de los demás y de sí mismos, condicionó las elecciones, como la elección de la pareja, relegó a un segundo –incluso tercer plano– la afectividad, y promovió un modo diferente de entender las emociones. Estas son unas de las razones por la que educar la afectividad es urgente, por un lado porque la adolescencia actual pasa con gran facilidad por una sucesión de estados amorosos que oscilan vertiginosamente entre la idealización del amor romántico a las experiencias sexuales diversas, y de ahí al deseo de fusión, con la misma facilidad con que se exponen la intimidad o entran en la intimidad de otros. Por otro lado, porque la cara oculta de dicha sensación de la vulnerabilidad es la urgencia de acumular experiencias breves de amor. De hecho, la adolescencia, es la etapa en la que la dopamina (un neurotransmisor que activa los sentimientos de placer) empieza a jugar un papel importante en el cerebro que está preparado biológicamente para desear variedad y novedad en las relaciones. Tal como demuestran

los estudios empíricos, en la adolescencia el cerebro masculino busca relaciones impersonales, mientras que el cerebro femenino centra su interés en el afecto. La madurez de las estructuras y los circuitos responsables del amor, son sin duda diferentes, no solo anatómicamente, sino que hay grandes diferencias en la actividad basal frente a los estímulos. Lo interesante en relación al amor adolescente, es que en ambos casos el cerebro siempre se verá afectado de una forma similar a la que ocurre con el consumo de drogas si consigue la variedad y novedad que busca, pues esta conquista impulsa al máximo la actividad del neurotransmisor del placer, la dopamina, acelerando la posibilidad de caer en la dependencia y la adicción, sobre todo si hay factores ambientales como la educación de género que así lo promuevan. El descubrimiento de que el cerebro adolescente es especialmente sensible a las motivaciones y a la adicción, exige sin duda una implicación mayor por parte de los adultos en la educación de la afectividad de las nuevas generaciones desde edades tempranas, y más aún en una sociedad donde las relaciones son un bien consumible. Para los biólogos evolutivos, la necesidad neurológica de variedad sexual tendría un fin fundamentalmente adaptativo, el de evitar el incesto y la endogamia[16]. No obstante, el estado de placer que produce la dopamina es sin duda una de las razones por las que los adolescentes no prefieren relaciones donde se conjugue armónicamente intimidad, pasión y reflexión (decisión de compromiso –o en todo caso de ruptura–) sino que prefieran relaciones sucesivas estilo “touch and go”, es decir, estados excitantes breves, superficiales y pasionales, que les permitan al mismo tiempo un alto nivel de dependencia. Ahora bien, tal como afirma Arthur Aron, de la Universidad Estatal de Nueva York en Stony Brook, “El amor no es el deseo sexual ni una emoción única, sino más bien un estado motivacional”, por lo que más que nunca es necesario enseñarles sobre cómo relacionarse, ya que los estados de enamoramiento tienen una cara oscura difícil de detectar a tiempo, la de los celos y de la violencia, especialmente en culturas donde se da

prioridad al aspecto exterior y se ve a los del mismo sexo como posibles rivales, la denominada “vigilancia intrasexual”[17], que parece estar estrechamente relacionada con niveles crónicos de celos y una preocupación excesiva por la infidelidad, viendo rivales atractivos por todas partes y que representan una amenaza para la relación, lo que lleva a vigilar a la pareja hasta el acoso, llegando en algunos casos a consecuencias dolorosas y destructivas. La preocupación por la infidelidad, al parecer, provoca una gran excitación cognitiva, lo que lleva al obsesivo a preocuparse y centrarse exclusivamente en la rivalidad intrasexual. Solo hay que observar el grado de descontrol, celos e incertidumbre que muchos chicos y chicas experimentan ante la fantasía de perder a la pareja. Algunos varones adolescentes declararon sin prejuicios que prefieren relaciones con chicas “preparadas para comportarse como mujer”, con indefensión aprendida, educadas para adaptarse a los deseos del varón, sin opción a hacer valer sus puntos de vista, para sentirse más seguros, por temor al rechazo o para evitar sentirse solos.

> Candela, a los 17 años, y proveniente de familia protestante, se sintió durante dos semanas como la protagonista de los libros que narran las historias sublimes entre un vampiro y una adolescente. De hecho, estaba convencida de que no podría vivir sin Edu, a quien consideraba como lo único importante en su vida. Al poco tiempo de conocer a los padres de su pareja tuvo que cambiar sus creencias religiosas y su manera de vestir por otras “más recatadas”, si quería continuar con la relación. Edu era hábil en hacer su voluntad con amenazas de abandonarla. Lo que más desconcertaba a Candela, excelente alumna y deportista desde los 6 años, era que “su amor” se mostraba por momentos cariñoso, le hacía la comida cuando ella llegaba tarde de estudiar, o le juraba que nunca había amado a alguien de ese modo. Con 19 años, trabajaba en un taller de coches con su padre, y había dejado los estudios, así que su discurso para hacer las cosas a su antojo era que él iba

a mantener la familia, que ella no necesitaría estudiar, y que si le hacía caso entonces no sería ni una “estúpida”, o una “mujer de la calle”, y solo entonces estaría tranquilo, solo cuando la hubiera “domesticado”. Cuando él se muestra rudo e inaccesible, ella le demuestra más pasión, de ahí que define la vida con Edu como “sexualmente perfecta”. Candela lleva algo menos de dos años de relación y aún no se da cuenta de que su autoestima es cada vez más baja.

En la adolescencia, vivir en un permanente estado de riesgo, es en sí mismo placentero y una escapatoria a la vulnerabilidad, pero el estrés y la incertidumbre que generan las relaciones breves, explosivas y pasionales, que los mantienen en un estado de excitabilidad permanente, sin tiempo para reflexionar, es peligroso cuando los vínculos positivos quedan fuera de juego porque hay miedo al derrumbe narcisista, y cuando más exagerada es la reacción emocional ante cualquier imprevisto (lo cual sacude el estado de fusión), más se cae en el círculo perjudicial: hay menos posibilidades de asumir las propias carencias cuanto mayor es la necesidad de llenarlas con la presencia de un otro.

Educar para el amor, en este sentido, no solo implica guiar a los adolescentes para que construyan sus propias ideas frente al mito del amor romántico, sino proveerlos de recursos para que puedan llevar a cabo por sí mismos su propia construcción del amor, de modo reflexivo y sin modelos rígidos.

Las buenas intenciones de los programas de educación para la equidad que se llevan a cabo en colegios, quedan a mitad de camino sin una educación con la que puedan desarrollar una comprensión de la propia afectividad. Hay una evidente necesidad por parte de los jóvenes de conocer, expresar y gobernar aspectos como los sentimientos, emociones, pasiones y motivaciones no expresadas pero que indiscutiblemente les condicionan. No pueden seguir desconociendo

cómo hacer una “lectura interior” de las propias emociones, de ahí la necesidad de dar un nombre a lo que sienten, o de saber cómo llegaron hasta el lugar emocional en el que se encuentran, aprendiendo a proyectar sobre cómo desearían sentirse en un futuro, pero para ello es necesario también escuchar atentamente qué frases usan, y qué entienden por amor. Algunas jovencitas, aun habiendo tenido muchas experiencias amorosas, reales y virtuales, siguen entendiendo que un “*no puedo vivir sin ti”,* significa amor y deseo de fusión, y no una necesidad de posesión, una necesidad de percibirse completo con otro para funcionar en un mundo adulto sin ser adultos. Al escucharlos y promover entre los adolescentes ejercicios de flexibilidad cognitiva, los cambios ocurren no solo en el plano intelectual sino también en el emocional y relacional, porque comprenden qué sienten y por qué se sienten de ese modo, y en parte empatizan cognitivamente con las emociones de los demás, por lo que tienen menos reacciones intempestivas, ya que pueden optar sobre cómo quieren reaccionar. Las capacidades de comunicación de los adolescentes, la expresión del pensamiento, de opiniones e ideas acerca de lo que les pasa también son una cuestión del adulto que educa, cuyo papel no se reduce a transmitir información sino escucharlos para poder influir.

En la moderna sociedad de vínculos débiles, la modernidad líquida, descrita magistralmente por el sociólogo Zygmunt Bauman (1925), o la “modernidad desbordada”, la de un mundo donde las distancias son cada vez más cercanas y reducidas por el mundo digitalizado, tal como lo describe el antropólogo Arjun Appadurai (1949)[18], es evidente que el amor adolescente no puede quedar exento de reflexión. Hay hoy demasiada urgencia por dominar a otros, por necesidades diversas, lo que compromete aspectos como la autoestima, la sexualidad, el deseo, o la atracción. El modo en que la postmodernidad incide en el amor adolescente, el cambio que produce en los sentimientos y en la sexualidad la era de la imagen, exige darles a los adolescentes recursos no solo para conocer la propia vida emocional y su complejidad sino

para desenvolverse y fomentar relaciones positivas para su vida. Esta perspectiva emocional e inteligente del amor, les permitirá revalorizar los sentimientos positivos del amor, atender a su cuidado, y a la importancia del pensamiento crítico o al diálogo. En nuestra sociedad, el sobreexceso de emotividad en las relaciones de amor adolescente, unido al altísimo nivel de dependencia desde los primeros noviazgos, no solo es el camino directo para un bajo nivel de autorrespeto y autoestima, sino que la dependencia afectiva a la pareja, enmarcado en lo erótico y corporal, como único sueño de las adolescentes, en ningún caso deberían entenderlo como amor, contrariamente a lo que se les muestra desde medios audiovisuales. El romance adolescente no puede tratarse en los mismos términos que un amor maduro, porque no lo es, aun en situaciones de violencia similar. Si bien la violencia durante el noviazgo es comparable a la violencia marital en cuanto a sus índices de prevalencia, no lo es en cuanto a sus factores de riesgo, ni por las características de la pareja, ni en función del tiempo compartido, ni en función de la comunicación o de la expresión emocional, con lo que aún se está muy lejos de poder intervenir ante situaciones de maltrato con medios ajustados a la edad de las parejas jóvenes.

Los esfuerzos para que no haya más violencia entre las parejas adolescentes y para la prevención del maltrato que llevan a cabo organismos de diversa índole, no pueden seguir funcionando sin incluir el trabajo educativo por parte de los padres y los colegios.

La necesidad de nuevos mensajes de amor entendido como una vivencia que hace a las personas más generosas, y como un vínculo trascendente, dicho por los padres, generalmente es mucho mejor recibido por los adolescentes de lo que los padres creen, ya que aunque parezca que desean romper todo ligamen con la familia, realmente valoran lo que se hace por ellos.

La adolescencia no puede quedar fuera del ejercicio de una parentalidad y marentalidad comprometida con la educación afectiva. Lo propio del

ser humano es crecer y evolucionar, pero no se evoluciona solo del mero hecho de existir, la tarea de todo ser humano es *esencialmente* humanizarse, tener una identidad y ejercitar la alteridad. El difícil ejercicio parental en estos tiempos no se reduce a aceptar que los padres serán juzgados por sus hijos adolescentes, tampoco a soportar resignadamente enfrentamientos dolorosos porque "ya se sabe, necesitan cortar el cordón". Hoy, cuando todo parece estar más que nunca al alcance de la mano, cuando con el riesgo los hijos encuentran enfrentarse a límites que pudieron no haber experimentado de otro modo, los padres tienen la compleja tarea de desprenderse del hijo niño y evolucionar conscientemente al hijo adulto, siendo ellos mismos adultos, lo que implica renuncias como: no comportarse como un eterno adolescente siendo padre o saltar de una vez la relación de horizontalidad en términos de colegas tan de moda en los últimos tiempos. Cuando los padres están dispuestos a perder al niño y se enfrentan con su propio devenir como adultos, a su propio envejecimiento, y se diferencian de los hijos, les están mostrando un significado más racional de la experiencia de vivir, pues les enseñan cómo ofrecer resistencia y actuar ante situaciones que vulneren sus derechos.

Los adolescentes necesitan una diferenciación con los padres, y de hecho es esa aceptación de padre-madre-líder que no se resiste al crecimiento del hijo, tratándose entre ellos como adultos que no quieren parecer jóvenes, lo que verdaderamente les educa. Simplemente porque cuando los padres se comportan como adultos, y otorgan a los hijos dónde reflejarse, éstos descubren en qué consiste hacerse adulto. Para educar en el amor, necesariamente tiene que haber un primer reconocimiento de los padres de que existen dos generaciones. Parece obvio, pero solo es desde la diferenciación donde los adolescentes pueden saber hacia dónde se dirigen. La búsqueda de la eterna juventud como símbolo de salud y de bienestar físico, no hace que reafirmar la rebeldía adolescente, ya que en realidad no saben con

quién hablan, no se reconocen en la imagen y en el comportamiento de un adulto joven, lo cual afecta también los significados que dan a la experiencia del amor.

De hecho, ayudarles a relativizar aquellos componentes que tienen que ver con la idea de vivir un amor eterno es altamente positivo en esta etapa. Si el enamoramiento es visto a partir de sensaciones conocidas, por ejemplo como un estado de fascinación o encantamiento, como un hechizo, les resultará más fácil comprender que se trata de un estado pasajero, similar a una ilusión, que solo abarca un período. La percepción del amor como encantamiento rompe con el modelo de eternidad, y por lo tanto la obligación o el deseo de aceptar cualquier sacrificio a cambio. “Enamorarse es sentirse encantado por algo, y algo solo puede encantar si es o parece ser perfección”, decía Ortega y Gasset**.** También les retrotrae a sentimientos conocidos, tal vez más parecidos al “susto del amor” del que hablaba el escritor colombiano Gabriel García Márquez, en el que los labios se quedan por un instante paralizados en el momento del beso. Pero aún hay más, el encantamiento y la fascinación suelen expresarse más con sentimientos de ternura y empatía; la fascinación supone avidez sexual y atracción, también exclusividad del objeto, pero como estado de encantamiento, de magia pasajera, así que hay más emociones positivas de bienestar que emociones negativas de ansiedad, angustia, dependencia o dolor por la ausencia.

Resulta interesante transmitirles desde la preadolescencia una idea del amor a partir de sensaciones conocidas, ya lo demás lo aprenderán de otros ámbitos en lo que al amor se refiere. Cuando la atracción aparece en sus vidas, tanto los chicos como las chicas pueden percibir que se trata de algo contra lo que no pueden luchar, incluso pueden sentirse víctimas del destino, pero si perciben las primeras sensaciones desde una idea de fascinación, si se les habla más de una emoción sobre la que pueden decidir, raramente dependerán emocionalmente de otro. Por

otra parte, como la fascinación es algo que dura poco tiempo y ciertamente no vuelve a aparecer rápidamente, excepto que se haga algo para volver a experimentarla, no sienten que están en manos del destino, hay que hacer algo para volver a ese estado: hay que conocer, organizar encuentros, aceptar ideas, negarse, estar atentos… A veces puede ser necesario ayudarles a recordar situaciones en que se sintieron fascinados, y relacionarla con la percepción que tienen del enamoramiento. Otro aspecto interesante es transmitir a los más jóvenes que el amor en la adolescencia no es igual a los trece años que a los dieciséis, ni es igual que a los dieciocho o a los veinte, aunque en las diferentes edades se trate de una etapa en la que hay una gran creatividad y capacidad de compromiso con los ideales y con lo que sienten, así como plasticidad para asumir cambios, y por más que en la adolescencia temprana predomine el vaivén entre la fantasía y la realidad, y el amor sea liderado por el narcisismo. O por más que a partir de la segunda adolescencia se busque una mayor contención por parte de la pareja. En cualquiera de las etapas, un adulto que hable desde la experiencia sabrá poner el acento en que los sentimientos cambian, y también la idea que se tiene sobre el amor.

Estrategias para educar la afectividad

La educación de la afectividad con preadolescentes y adolescentes no implica un plan de trabajo sino un modo de relacionarse, de devolverle una imagen y un modo de conocerse y comprenderse, por lo que se realiza de forma espontánea y natural, tanto en el ámbito familiar como escolar. Fundamentalmente porque cuando se pone el acento en las emociones y se coloca el foco en las experiencias cotidianas, las emociones se convierten en fuentes de motivación para la acción. Como consecuencia, la educación para la afectividad positiva, previene problemas que afectan a los adolescentes y que a menudo repercuten en las relaciones de pareja, como la conducta antisocial, los síntomas depresivos o el consumo de drogas, debido a que al educar para la no dependencia del amor se trabajan aspectos como el autoconocimiento, la motivación desde las emociones positivas, la comunicación con los amigos, el respeto y la autoconfianza. La educación afectiva, por otra parte, no significa que los jóvenes no se impliquen en parejas con estructuras románticas dependientes o destructivas, sino que lo que se busca es la consecución de una serie de logros evolutivos, lo que Martin Seligman (1942) denominó como psicología positiva. En este sentido, el objetivo no es que no lleven a cabo conductas de riesgo, sino lograr que pongan el énfasis en una existencia saludable, con habilidades, conductas y competencias necesarias para lograr un desarrollo emocionalmente sano. Probablemente, la falta de una educación afectiva y realista del amor es lo que ha llevado a muchos chicos y chicas a que no sepan cómo afrontar las rupturas y abandonos. Hoy pareciera que muchas jóvenes saben perfectamente cómo desean que sea su historia de amor pero carecen de recursos internos para estar alerta ante las reacciones exageradas de sus parejas, lo que aumenta las probabilidades de que estén viviendo violencia psicológica, moral, física y social sin saberlo. El noviazgo es para ellas una experiencia

social necesaria, garantía de socialización con otros grupos, y descubrimiento de la sexualidad, pero no saben –por ejemplo– qué hay detrás de la marcada exageración del goce a cualquier precio, o de un excesivo control.

> Mina tiene 16 años, está de novia desde hace dos semanas con Maxi, de 18, de familia migrante, proveniente de una cultura en la que el hombre es el que manda y la mujer obedece. Mina se define como una chica libre, que sueña con ser enfermera, y que dice ser ella la que controla a su pareja, a quien define como un chico tranquilo si no lo provocan, "solo se enfada si no hace lo que él quiere", afirma.
>
> Después de la primera entrevista con Mina, su pareja le dice que debo entrevistarlo a él si quiero tener un segundo encuentro con la chica. Me niego y me amenaza. Sé al cabo de unos días por la madre de Mina que su hija ha dejado de ver a las amigas y que se encierra en su casa porque su novio no la deja salir con nadie excepto él, de lunes a viernes, porque los sábados sale él con sus amigos. Cuando una de las amigas de la chica dice que la necesita porque ha tenido problemas con su padrastro, Mina va a su casa, pero los chicos del grupo de Maxi se enteran y le avisan. De regreso a su casa Mina se encuentra con su novio que le da la primera bofetada y patadas en las piernas. No se lo cuenta a su madre porque considera que no es importante, que no le duele lo que le hizo porque al fin de cuentas tenía razón: ella le había prometido que no saldría de casa. Mina no deja que la madre intervenga en nada de su vida, la aparta, dice entenderse con su novio y que no la necesita.

1. Autonomía personal y autogestión

La autonomía personal de un adolescente no se reduce a mantener un orden en su vida prescindiendo del adulto. Incluye otros aspectos como la protección de la autoestima, una actitud positiva y de esperanza ante la vida, la responsabilidad por su cuidado físico, emocional e intelectual,

la capacidad para analizar críticamente las normas sociales, la habilidad para buscar ayuda y recursos, así como la autoeficacia emocional. Pero para que cada uno de estos aspectos se lleve a cabo satisfactoriamente, es fundamental tener una imagen positiva y estar satisfecho de sí mismo; mantener buenas relaciones consigo mismo y poder automotivarse, sentirse optimista e implicarse en la vida personal y social. Para ello, es importante que puedan identificar situaciones que requieren una solución o la toma de decisiones, evaluando riesgos, barreras y recursos, o ser capaces de fijar objetivos adaptativos, positivos y realistas. También es importante que los adolescentes desarrollen la capacidad para afrontar conflictos sociales y problemas interpersonales, aportando soluciones.

2. Ayudarlos a conocerse y a reconocerse

Conocer las propias emociones y reconocerlas ayuda a encauzar las emociones incontroladas. Las emociones, son ante todo estados afectivos que sobrevienen súbita y bruscamente en forma de crisis acompañados de mayor o menor repercusión orgánica, a diferencia de los sentimientos, que son estados afectivos complejos, pero estables, más duraderos que las emociones pero menos intensos. Trabajar la introspección para conocer las propias emociones y poder dar sentido a las de los demás es un paso importante para empezar a conocerse. Es primordial motivar a los adolescentes para que puedan dar un nombre a las propias emociones, para que desarrollen la habilidad para utilizar el vocabulario emocional con los términos expresivos de los que disponen. Por ejemplo, muchos jóvenes cuentan sus angustias amorosas cuando no son correspondidos, o el sentimiento de soledad cuando no son amados, y cómo manifiestan sus alegrías cuando el amor los invade, pero aun así es importante demostrarles la importancia del lenguaje no verbal, y cómo este a veces apoya o contradice lo que la persona está expresando, así como el reconocimiento de diferentes emociones para que puedan precisar matices. En la adolescencia es fácil experimentar

algunas de las emociones siguientes, a las que los jóvenes les pueden dar un nombre: confusión, desánimo, espanto, miedo, nostalgia, aburrimiento, cariño, decepción, culpa, enojo, euforia, añoranza, desidia, asombro, curiosidad, indignación, ira, excitación, insatisfacción, éxtasis, alegría, angustia, apatía, alivio, frustración, cólera, celos, fobia, rencor, ternura, tristeza, vergüenza y vacío existencial.

3. Mostrarles que pueden actuar positivamente y decidir cómo sentirse a partir del conocimiento de una emoción

Las reacciones incontroladas que provocan las emociones generalmente conllevan a un decaimiento de la energía, a la nula resolución de los conflictos y de la defensa de los derechos. El objetivo pues es que reconozcan sus emociones y generen una acción a partir de una emoción positiva: esto es el autocontrol emocional. Pero también es importante reconocer las emociones de los demás, pues la empatía les permite sintonizar mejor con las sutiles señales que indican cómo son las emociones de otras personas, y he ahí el arte de establecer buenas relaciones con los demás, lo que es, en gran medida, la habilidad de manejar sus emociones. La competencia social y las habilidades que se promueven desde la empatía, tienen como base el liderazgo, la popularidad y eficiencia interpersonal. Evidentemente esto no es garantía de que todos los adolescentes que dominan estas habilidades sociales estén a salvo de implicarse en una relación de pareja destructiva, pero sí muchos de ellos.

4. Regulación emocional

Se trata de la capacidad de actuar de forma coherente según las emociones. Supone tomar conciencia de la relación entre emoción, cognición y comportamiento, así como tener buenas estrategias de afrontamiento. Un adolescente puede comprender no solo que sus estados emocionales inciden en el comportamiento y estos en la emoción, sino ver cómo ocurre esto en otras personas. También pueden

comprobar en sí mismos cómo el razonamiento y la toma de consciencia de una emoción determinada pueden regular un comportamiento, aumentando la capacidad para afrontar emociones negativas.

5. Percibir que puede cambiar aquello que no desea para sí

El desarrollo de la capacidad para implicarse en comportamientos seguros, saludables y éticos no solo les permite asumir la responsabilidad en la toma de decisiones, sino identificar cuándo necesitan buscar apoyo y asistencia para tener los recursos disponibles apropiados. Esto implica también desarrollar la capacidad para decir «no» claramente y mantenerlo, defendiendo y expresando las propias opiniones y sentimientos, para la defensa de los derechos, personales, familiares y sociales.

El limbo azucarado del amor

Así como el consumo de azúcar se ha convertido para muchos adolescentes en un consuelo ante la orfandad, para mantener sus emociones bajo control cuando las cosas van mal, utilizan el amor romántico para saciar la necesidad de volver al limbo donde se reviven las primeras experiencias de amor y cuidado, con fuertes sentimientos de fusión y de apego. En cada relación romántica y dependiente, los jóvenes reeditan los mismos miedos y la misma sensación de seguridad, protección, con alguien disponible y capaz de responder ante demandas de orden biológico y psicológico. Tanto los trabajos del psiquiatra y psicoanalista inglés John Bowlby (1907-1990) como los de Mary Ainsworth (1913-1999), doctora en Psicología del Desarrollo, han sido fundamentales para comprender la primera relación del niño con la madre y el desarrollo socio-emocional dentro de la investigación evolutiva, permitiendo comprender su influencia en la relación con el otro en la adolescencia y en la vida adulta, así como el desarrollo de las competencias sociales y el bienestar psicológico. De hecho, es el mapa afectivo de la relación con la madre, lo que permite la organización de la experiencia subjetiva, filtrando a partir de experiencias pasadas, la información sobre sí mismo y el exterior, determinando una conducta afectiva de vinculación, aunque en algunas ocasiones los niños se apegan también al padre, a los hermanos, o a otras figuras, tales como abuelos u otros cuidadores.

El apego, como conducta instintiva tiene como fin principal la adaptación. Bowlby sugirió que existe un sistema conductual subyacente al apego, el cual está presente en varias especies y constituye un basamento para las conductas reproductivas, paternales, de alimentación y reconocimiento. La proximidad y el contacto con el cuidador y su respuesta a las demandas del recién nacido, sirve para evitar los peligros del medio, activando el sistema de exploración,

cuando la relación con el cuidador es incompatible, disminuyen las de exploración del entorno, ahí es donde se desarrolla el sistema de miedo y un aumento de las conductas de apego. Sin querer ahondar en la *teoría del apego*, la investigación ha trabajado profundamente con la influencia de los estilos de apego: seguro; evitativo o rechazante; y ansioso o preocupado; y su relación con las conductas adolescentes. En este sentido, un chico o una chica con apego seguro se caracteriza por acercarse emocionalmente a los otros de manera sencilla y mostrar la capacidad de establecer una experiencia de encuentro mutuo seguro y confortable. Sus relaciones suelen ser más estables, íntimas y satisfactorias y su perspectiva es integrada y coherente. También son capaces de hablar de las experiencias adversas negativas o penosas de su infancia de manera reflexiva y desprovista de mecanismos de defensa. Por el contrario, cuando en la relación materno filial ha predominado un estilo de apego inseguro evitativo, los adolescentes se sienten incómodos con las relaciones que involucran cercanía emocional por lo que se mantienen alejados, argumentando su predilección por la independencia y la autosuficiencia. Es una característica de este tipo de apego la inhibición de sentimientos negativos o agresivos, con la finalidad de mantener la aprobación social. Algunos estudios van más allá[19] y llegan a la conclusión de que se trata a menudo de personas que tienden a dar poca información sobre su historia personal y a hablar sobre las situaciones difíciles de su vida porque no pueden establecer contacto con las emociones subyacentes, ni valoran que estas emociones sean importantes para ellos. No perciben que sea importante para ellos tener relaciones cercanas tanto a nivel cognitivo como a nivel emocional. Algunos adolescentes con este tipo de apego prefieren las amistades por Internet porque les exige un menor compromiso, incluso algunos dicen mantener relaciones virtuales de amor durante más de dos años, convencidos de que se trata de una relación de amor real con compromiso. Suelen ser jóvenes que además tienen una autoestima baja y una perspectiva poco integrada de sí mismos si no ha habido un

trabajo parental posterior que les permitiera trabajar sobre la inseguridad y la poca confianza en el otro.

Por último, el tercer tipo de apego, el inseguro ansioso, caracterizado por la ambivalencia, donde se anhela la intimidad emocional pero frecuentemente se relaciona con personas que lo rechazan y no satisfacen sus necesidades, suelen manifestar conductas de apego exacerbadas, muestran una gran necesidad de contacto e intimidad pero con un intenso temor al fracaso, a menudo desencadenante de agresiones. En los adolescentes, si bien no siempre la baja autoestima o los rasgos dependientes son indicios definitivos de este tipo de dinámica afectiva, sí lo son los constantes sentimientos de ambivalencia.

Ahora bien, hay que tener en cuenta que las emociones adolescentes no siempre son compatibles con sus acciones, y en la adolescencia hay una mayor tensión impulsiva, con predominio del comportamiento defensivo, además de una sobrevaloración de las relaciones con los iguales, pero esto no se relaciona con la agresividad. Los problemas de conducta, así como el comportamiento agresivo siguen otra dinámica, como la del comportamiento delincuente. Cuando se hace referencia a la agresión, hay que pensar en una menor disponibilidad de estrategias no violentas para la resolución de los conflictos. Estos sujetos están más de acuerdo con las creencias que llevan a justificar la violencia y la intolerancia en distinto tipo de relaciones, incluidas las relaciones entre iguales. Tienden a identificarse con un modelo social basado en el dominio y la sumisión. Hay un déficit de autorregulación que también caracteriza al adolescente con comportamiento conflictivo y la conducta antisocial. Probablemente este déficit se asocie a modelos de comportamiento parental, con el consecuente reforzamiento que el adolescente recibe de sus padres. Cuando la conducta de los padres ha sido de permanente inconsistencia o rechazo, el niño se encuentra casi constantemente en un estado de incertidumbre en cuanto a la disponibilidad física de los padres, lo que da por resultado un

sentimiento frecuente de ira. Sobre la base de esto se crea un modelo de relación en el que la ira y la inseguridad constituyen las características dominantes.

Conocer los estilos de apego sirve para trabajar con las familias la capacidad de control y tolerancia al estrés, así como el procesamiento de la información, la percepción de las relaciones interpersonales, y la autopercepción, en especial cuando ha habido experiencias de noviazgo adolescente que ha funcionado como un refugio, y la chica o el chico han soportado maltrato en el noviazgo por falta de sostén familiar. Mediante el apego romántico dependiente, los dos integrantes buscan ser cuidados, o puede ser que solo uno, que tarde o temprano dejará de mostrar poca valoración de sí mismo, activando mecanismos de posesión o bien mostrándose excesivamente complaciente.

16 16. *The New York Times*: “Nuevo amor: una vida útil corta”. Sonja Lyubomirsky es profesor de Psicología en la Universidad de California,

17 . Maner, Jon K., Miller, L. Saul, Rouby, D. Aaron, y Gailliot, Matthew T.; “Intrasexual vigilance: The implicit cognition of romantic rivalry”. En *Revista de Personalidad y Psicología Social*, Tampa. Florida (2009).

18 . Apadurai, Arjun; *La modernidad desbordada, dimensiones culturales de la globalización*. Ediciones Trilce, Fondo de Cultura Económica; 2011. Argentina.

19 . Mario Marrone*; La Teoría del Apego: Un Enfoque Actual*, Psimática: Madrid. Segunda edición, 2009.

La construcción del amor inteligente

> *El noviazgo adolescente no tiene porqué ser considerado como peligroso. Enamorarse, en la adolescencia, es la evidencia de que se empieza el camino hacia la madurez.*

William Rathje (1945-2012), catedrático de arqueología en Arizona y creador del proyecto *Arqueología sobre la basura*, demostró que lo que las personas dicen sobre sus hábitos de consumo no se corresponde con lo que se encuentra en los cubos de basura, y no es que mientan, sino que no reconocen determinadas cosas que hacen. Del mismo modo, detrás de la mirada de muchos adolescentes enamorados, subyacen promesas de 'amor eterno' que implican amar desenfrenadamente, episodios de celos y dependencia emocional, simplemente porque estas son las nuevas dimensiones del amor a las que se adscriben sin ser conscientes a qué se exponen. Un nuevo ideal que requiere de una reformulación del papel de los adultos, porque enamorarse para los adolescentes es una necesidad evolutiva, tanto como desvincularse por un tiempo de los padres, del mismo modo que probar habilidades sociales en un grupo de amigos, así como cumplir con la ardua tarea de conquistar la identidad. Los enamoramientos intensos, el amor obsesivo, la desesperación y la ansiedad por no ser correspondido, o la dependencia emocional basada en el dolor, la rabia y el miedo, o mantener una relación en un ambiente abusivo –por posesivo e inaccesible, donde prevalece el desequilibrio y la desigualdad–, en ningún caso posibilita la evolución hacia la madurez. Al contrario, por lo que más que nunca es necesaria una construcción del amor inteligente con adultos reflexivos como mediadores, padres, y

adultos de la familia extensa, y también profesores que mediante la empatía, la contención cognitiva y emocional, ayuden a las nuevas generaciones a recuperar una visión integral del amor y que validen el esfuerzo que eso requiere. Y es que no se trata solo de fomentar la expresión de las emociones o fomentar el diálogo, también es necesario ayudarles a contener y a amortiguar la angustia con el fin de romper la escalonada tendencia a que las experiencias de noviazgo sigan siendo una forma rápida de que otros controlen sus vidas. En este sentido, no se trata de imponer un modelo diferente sino de ayudarles a encontrar nuevas formas de convivencia cuando cambia la escena del mundo, un mundo en el que en palabras de Jean Baudrillard lo que prevalece es la "*miniaturización, un microproceso del tiempo, de los cuerpos, de los placeres. Solo persisten efectos miniaturizados, concentrados, inmediatamente disponibles*", de ahí que el compromiso educativo no solo es visibilizar, sino actuar. Si los padres y otros adultos significativos siguen creyendo que las nuevas generaciones no necesitan aprender nada sobre el amor, o confunden las escapadas de libertad, o la necesidad de ponerse a prueba, propia de la adolescencia, con una madurez conquistada simplemente por estar informados (o mal informados por exceso de información), no sabrán cómo equilibrar cuándo los jóvenes buscan alejarse para probarse en sociedad y cuándo necesitan contención familiar, a fin de proporcionarles pautas para que logren un mejor ajuste personal y social, poniendo por sí mismos medios para mejorar el autocontrol, lo que a su vez les permitirá construir su propio espacio relacional, encontrando su lugar en el mundo. La verdadera contención para un adolescente (proporcionada en primer lugar por la familia y en menor medida por el colegio, o cualquier organización con alto capital humano que le demuestre que vale mientras lo provea de reglas claras, respetándolas ellos mismos) es ser escuchado pero percibiendo que hay normas que debe cumplir; ser

reconocido como persona social, pero promoviendo en él la toma de consciencia de que sus actos tienen consecuencias también sociales; reconociéndole como persona válida que sabe desenvolverse fuera de la familia, aceptando sus ideas, confiando en su propia capacidad para tomar decisiones, pero dándole responsabilidades personales y sociales. Es decir, ayudarles a que sepan cuáles son sus capacidades y que al mismo tiempo tengan una actitud crítica ante la cultura del enamoramiento, para que lleguen a la conclusión por sí mismos de que no hay una única forma de experimentar las primeras relaciones afectivas, incorporando la idea de que también existe la voluntad de amar o de no amar. En el lenguaje adolescente, la creencia de que el amor es algo que posee a las personas y los convierte automáticamente en “enamorados”, una especie de virus milagroso que controla sus vidas, necesita con urgencia ser sustituida por la idea de que nadie es víctima del amor si no lo desea. Esta es la forma de comprender el amor como un sentimiento con valores renovados. Es evidente que urge preparar a las nuevas generaciones para que no permanezcan en relaciones donde el amor irracional que se infiltra por diferentes discursos y producciones culturales, les haga creer que en el amor todo vale. Pero para ello, es fundamental comprender que detrás de toda relación romántica dependiente entre adolescentes hay un sustrato de vulnerabilidad aprendida sobre el que hay que trabajar. Es necesario que la sociedad en su conjunto incorpore conceptos como autoeficacia, capacidad crítica, o capacidad de vinculación positiva, a fin de ampliar aquellas ideas que se refieren al amor adolescente, fomentando habilidades personales para el reconocimiento de las propias emociones y la defensa de los Derechos Fundamentales, para empezar a impedir que las chicas, después de estar con sus parejas, lleguen a casa, se encierren en su habilitación y se pongan una camiseta de manga larga para que nadie les vea las marcas, detectando a tiempo situaciones de

violencia. Algunas estadísticas, en este sentido, son muy significativas. Por ejemplo las que aseguran que las chicas tienden a reconocer en el 40% más que los chicos cuando han ejercido violencia hacia la pareja, un reconocimiento que no se da tan fácilmente en los varones, pero la explicación es que los chicos naturalizan la violencia como parte de su masculinidad.

Empezar a construir en la familia

El amor adolescente se ha convertido en uno de los principales temas de estudio debido a que se trata de un fenómeno complejo porque se produce en diferentes escenarios: comunitarios, familiares y personales, y porque actualmente hay manifestaciones de las adolescentes que conducen a errores en las estadísticas. Por ejemplo se dice que debido a que las chicas ejercen en las redes sociales la misma violencia verbal que los chicos, no es creíble que sean mayoritariamente víctimas de éstos. Asimismo, también han creado confusión algunos cambios psicosociales, como el hecho de que antes era el chico el que debía tener más experiencia sexual y más cantidad de relaciones, mientras que las chicas se sentían permanentemente examinadas, como si estuvieran a prueba. El hecho de que hoy pareciera que las chicas tienen que saber “tanto como la famosa” o la cantante de turno en lo que a sexualidad se refiere, está siendo otro de los argumentos que las colocan al mismo nivel de violencia que la llevada a cabo por los hombres, pues desconcierta la seguridad arrolladora con que las chicas se enfrentan a los chicos, la apariencia de ser muy experimentadas porque se les ha enseñado a usar su cuerpo como objeto, a hablar de sus derechos sexuales o tiene un lenguaje maduro para su edad, o porque se presentan como sexualmente exigentes y miran mal a los chicos que no se muestren complacientes.

Pero todo ello solo es parte de un ensayo para entrar al mundo adulto, aun cuando lo femenino se ha redefinido a gran velocidad y las masculinidades están empezando a encontrar nuevas formas de salir de la idea del hombre como único proveedor, en el sentido amplio del término, y que puede con todo, o mientras la hombría deja de ser agresividad, para tener connotaciones de afecto y solidaridad, y participación. Lo cierto es que tanto los chicos como las chicas hacen sus propios ensayos de cómo vivir en pareja mediante relaciones

neomachistas para sentirse seguros. Es por ello que el papel de la familia como espacio de construcción del amor necesita trascender el debilitamiento de los lazos de amor revisando el mensaje que los adultos están dando a las nuevas generaciones, y volver a definir el amor en términos de la confianza y compromiso, pero también poniendo freno al exceso de imaginación en la cual están inmersos los jóvenes de hoy, acercándolos a las identificaciones que los sustenten mejor como seres deseantes.

Se ha demostrado que la ausencia física y a veces emocional de padres y madres respecto de sus hijos, define el modo en que estos comprenden qué es ser hombre o qué es ser mujer. El escaso acceso a unos padres con los que compartir conductas cotidianas, determina no solo su sistema de pensamiento sino el modo en que las chicas y los chicos siguen buscando consuelo para sus emociones. Por ejemplo, un gran porcentaje de los chicos entrevistados para este libro definieron como “imposible” la posibilidad de mantener una conversación con sus padres sobre sentimientos, ya que esto era visto como un símbolo de debilidad y vulnerabilidad. Ante esta falta de un adulto fiable, muchos chicos se alejan y esconden sus emociones, pensando que nadie va a comprender sus deseos y visiones. Sin duda, la postmodernidad ha incluido la moda, demasiado ingenua, del adiestramiento masculino mediante una adaptación a los cambios, sin poner a su lado a adultos que ayuden a canalizar la agresión y la fuerza para la conquista de la libertad. Depender de otro con la excusa del amor, siempre acaba generando más vulnerabilidad y por lo tanto violencia. Es necesario que los chicos también aprendan a conocer desde la preadolescencia lo que las mujeres esperan de ellos. Lo contrario, es seguir con la dinámica del hijo protegido de mamá, y que esa exigencia se proyecte a todas las mujeres del entorno tanto en la adolescencia como en la vida adulta. Tal vez, para la madre también sea más fácil tener un hombre menos en casa contra el cual defenderse, pero esto no es sano para nadie. Quizás esta sea la razón por la que gran parte de los jóvenes de las sociedades

desarrolladas no están interesados en formar una familia o tener hijos y siguen en casa de los padres. Para garantizar la masculinidad en las sociedades modernas, puede ser que las madres den un paso al costado para dejar al padre en la zona cercana del hijo varón, cuando este es capaz de ayudarlo a acercarse al mundo de hombres fiables, porque un chico solo aprende de los hombres a ser hombre, nunca de las madres, y menos aún si son sobreprotectoras o depresivas. Lo mismo sucede con una mujer o una chica, pues no pueden aprender a ser mujer estando con hombres, sino compartiendo con mujeres. En la era del riesgo, en la que se hacen verdaderos esfuerzos para una sociedad más justa y equitativa, las ancianas y los ancianos han sido marginados, rechazados o confinados a los asilos, relegando también su sabiduría y experiencia, que ha quedado excluida de los entornos femeninos y masculinos. De hecho, muchos de los jóvenes entrevistados para este libro, de aspecto arrogante, aparentemente faltos de emociones y sin una sensibilidad necesaria hacia los demás, carecían de padre, o de figuras masculinas fiables que les permitieran obtener fuerza y apoyo, mientras que era cada vez más evidente que las chicas en situaciones límites podían ser autosuficientes si se apoyaban emocional y moralmente entre sí cuando no estaban en pareja o eran abandonadas. Por fortuna, desde algunos programas de intervención familiar se está trabajando para frenar la resistencia de las familias a enseñar a los varones a compartir, comprender o controlar sus emociones. Un dato interesante en estas intervenciones consiste en demostrar a las familias que así como las madres pueden decir rápidamente lo que sus hijas están sintiendo en un momento de crisis, no ocurre en la misma proporción cuando tienen que decir lo que siente el hijo varón. No en vano en un estudio con niños y niñas entre los cuatro y seis años de edad en el que se valoró la capacidad para manifestar lo que sentían, se descubrió que los varones ocultaban tan eficientemente sus emociones que ni siquiera sus propias madres eran capaces de decir cómo se sentían.

Mientras no se tenga en cuenta la necesidad de enseñar a los varones a comportarse de un modo diferente, saliendo del marco de los estereotipos de masculinidad impuestos por la sociedad, o de la órbita femenina con privación de un entorno que les permita percibir otras masculinidades, no resultará fácil que aprendan a mostrar y comprender sus emociones, o que aprendan a ser empáticos tanto afectiva como cognitivamente, porque no solo se trata de sentir lo que otra persona está sintiendo, sino también de desarrollar la capacidad de sentir lo que están pensando y, por ejemplo, poner conectar con su punto de vista[20].

Noviazgos adolescentes y parentalidad negativa

Estudios científicos han demostrado en los últimos años la estrecha relación entre la violencia que los niños pueden haber visto y la probabilidad de que repitan esos mismos modelos agresivos durante la adolescencia, especialmente los varones, que podrían identificarse con el golpeador si han visto maltrato desde edades tempranas y cuando enfrente ha habido mujeres que no se han atrevido a denunciar, y que permanentemente han sido tratadas como incapaces por los maltratadores. Asimismo, no hay que olvidar que “ver” la violencia en el hogar no debe entenderse como ser simplemente testigos, sin que haya efectos en el hijo, sino que debe entenderse que el hijo es siempre una víctima indirecta, aunque no se trate de una mecánica lineal, porque no siempre que han presenciado violencia o han sido víctimas de ésta, la han ejercido en la vida adulta. En el caso de las chicas, la repetición del modelo tiende a ser más parecido en cuanto a la pasividad de la madre frente al maltrato, o de ser sostenedora y cuidadora de la familia, incluido el maltratador. En este sentido, no hay que pensar que solo y exclusivamente la violencia intrafamiliar se reduce a la violencia física. A veces, la violencia es moral y tanto las hijas como los hijos son continuamente depositarios de frases humillantes en detrimento del género, como: “cállate, pareces una niña”, “las mujeres están más locas que de costumbre una vez al mes” o “a las mujeres no hay quien las entienda”. Por otra parte, más allá del discurso de igualdad, si tanto hijos como hijas siguen viendo conductas parentales y marentales que contradicen el discurso de equidad; tal es el caso de las madres cuyo principal trabajo es ayudar compulsivamente a la pareja, o complacerles de modo ilimitado, manteniendo una actitud de servidumbre permanente, desbordando los límites de la dignidad y la autoestima, el mensaje de igualdad queda fuera de juego. En la trastienda del amor, los hijos perciben que hay un hombre que aparenta invalidez para

mantener su zona de seguridad, pero también para seguir dependiendo de una mujer que se esfuerza por mantener el equilibrio familiar a pesar de su dolor.

> Lisbet con 17 años ya había tenido dos parejas a las que había ayudado a terminar los estudios y a encontrar trabajo porque ellos decían no saber cómo hacerlo, o argumentaban no tener suerte. Como su madre, que había trabajado para pagar los estudios a su padre antes de que éste las abandonara, Lisbet entiende que el amor es también una forma de la asistencia social, por lo que está permanentemente dispuesta a ayudar, lograr la superación, salvar, resolver, cuidar, conciliar, o reformar a su pareja, pero en verdad se trata de un método de control.

En estos contextos, a menudo no tarda mucho en cobrar forma la violencia intrafamiliar, en especial cuando, cansada del abuso, la mujer decide cambiar de actitud y denunciar. Tampoco, para la mayoría de los adolescentes es fácil quedarse de brazos cruzados mientras ven las diferentes formas de maltrato al que están expuestas sus madres, excepto que se identifiquen con el agresor. En estos casos, si hay un proceso de identificación y de modelado de la conducta agresiva por imitación, en primer lugar arremeterán contra sus iguales. Obviamente tendrán una respuesta similar cuando la violencia sea ejercida contra ellos, tanto si empezaron a ser víctimas en la adolescencia, como si se tratara de un proceso que se hubiera iniciado en la infancia, y por más que ya haya sido detectado y se hubiera puesto en manos de servicios sociales. Algo que no ocurre habitualmente cuando el maltrato empieza con la entrada del hijo a la adolescencia. Generalmente ocurre de modo imprevisto para el hijo, al que se le considera causante de los problemas que pueda tener la familia por el simple hecho de ser mayor, siendo objeto de todo tipo de insultos, golpes o amenazas. Hoy muchos chicos y chicas empiezan a ser maltratados durante la adolescencia sin que

esto salga a la luz pública, sea porque perciben que es normal que eso ocurra en algunas familias o porque consideran que nadie les creerá si lo dicen. También hay una idea colectiva de que si tienen fuerza y son grandes físicamente, no pueden ser maltratados, por lo que se ha llegado a descubrir problemas de maltrato a adolescentes luego de que los padres denunciaran a los hijos por ser ellos sus víctimas. El maltrato a los hijos, cuando empieza en la adolescencia y no antes, se produce generalmente en entornos familiares que, si bien pudieron haber tenido unos problemas, la familia fue encontrando recursos para mantener la homeostasis familiar, pero al llegar la adolescencia del hijo, el estrés familiar se dispara, y uno o ambos progenitores arremeten contra él, al que se ve fuerte. Los padres que maltratan a su hijo o a su hija adolescente descargan la frustración de no soportar que no le obedezcan como cuando eran pequeños, o que ya no dependa de ellos, rechazando por lo tanto cualquier demanda de independencia. Se trata pues de familias que no siempre tienen bajos recursos y cuyos componentes suelen aparentar un alto nivel de independencia pero que esconden disfunciones, como escasa cohesión emocional.

Nuevos contextos en las aulas

Los colegios, a menudo, son el mejor contexto para que los adolescentes comprendan la necesidad del amor inteligente. Algunos programas llevados a cabo recientemente se centran en potenciar aspectos masculinos, motivando a los niños para que perciban el privilegio de ser varón sin que su definición sea el uso de la fuerza, en cualquiera de sus formas, y a cambio dar la posibilidad de enriquecer a otros con un modo de entender la vida ajeno a estereotipos. Y lo mismo pasa con las chicas, desde donde es necesario promover referentes femeninos cercanos, que les permitan reflexionar sobre formas de pensamiento negativas o perjudiciales para las mujeres firmemente arraigadas. Es evidente que para mejorar la educación hacia un amor inteligente se necesita potenciar la conciencia crítica por medio de intervenciones programadas. Más aún cuando el conjunto de la sociedad sigue entendiendo que la violencia masculina es un problema de los hombres adultos, y no consecuencia de una educación que comienza en la infancia y se propaga tanto en el ambiente familiar como educativo, por lo que resulta imprescindible trabajar las emociones de los chicos, y de las chicas. Cada vez hay más estudios que demuestran que las mujeres jóvenes –entre 16 y 24 años– son víctimas de abuso a un ritmo mayor que las mujeres de mediana edad y mayores, probablemente porque también son menos propensas a denunciar. Los proyectos de aprendizaje de equidad que obtienen mejores resultados en las aulas son los que unen a los padres, madres, abuelas y abuelos, niñas y niños en actividades colaborativas. También aquellos en los que los varones tienen maestros en lugar de maestras, en áreas de expresión musical, literaria, artística y creativa, pero también en actividades donde padres u otras figuras masculinas del barrio comparten con ellos algunas tareas como la creación de instrumentos musicales o la construcción de un huerto, mediante un trabajo continuo.

Es decir, actividades en las que los hombres no ocupen frente a ellos únicamente espacios caracterizados con la competición, sino que participen en actividades donde hay que buscar materiales creativos, diseñar un trabajo, colaborar, compartir, comprobar, construir, valorar, discutir, llegar a acuerdos, tolerar la frustración, y volver a empezar una y otra vez… Paralelamente también se les pide a los padres que realicen alguna de las actividades que generalmente hace la madre, al menos durante un mes, para lograr una nueva construcción de la masculinidad, como leerle un cuento, cocinar… La participación en estos programas convierte en hombres significativos con conducta prosocial a padres que hasta el momento estaban ausentes emocionalmente para el hijo, lo cual es altamente beneficioso para los adolescentes.

Dieciséis mitos del amor romántico

1. Solo las mujeres creen en el amor romántico porque nacieron para amar a los demás.
2. No se le pueden poner límites al amor.
3. Se puede renunciar a todo si se está convencido de que el amor es para siempre.
4. El amor lo justifica todo, incluso aquello que está por encima del derecho a ser respetado.
5. Cuando el amor es de verdad no hay nada inaceptable o peligroso.
6. No hay relaciones dañinas sino personas equivocadas en su forma de amar.
7. El amor romántico cuando es verdadero lo da todo sin esperar nada a cambio.
8. Amor sin límites y sin condicionamientos es la prueba de que se trata de un amor para toda la vida.
9. Se puede existir para y por otro por amor.
10. El amor romántico es la máxima aspiración de una buena chica.
11. Cuando se está en pareja las necesidades afectivas están totalmente cubiertas.
12. El amor de verdad lo decide el destino, por lo que el “milagro del amor” romántico sí puede cambiar a las personas.
13. Con abnegación una chica puede lograr que su pareja la ame.
14. Las mujeres son “el pilar de la familia” por lo que deben estar dispuestas a sacrificarlo todo por la pareja.
15. Es una prueba de amor que la pareja diga: “Me perteneces” o “Eres mía o mío”.
16. Ante el desamor todo vale para que te vuelvan a querer.

Dieciséis reflexiones interesantes para compartir con adolescentes

1. La calidad del amor no depende tanto del tiempo que estáis juntos.
2. Los límites afectivos son necesarios.
3. Ningún amor de pareja exige sacrificar estudios, profesión, vida social y hasta las ganas de vivir.
4. Acoplarse a las exigencias de una pareja nunca es razonable.
5. El límite del amor romántico lo define tu integridad, tu dignidad, el amor propio y el autorrespeto.
6. Las personas dependientes se acoplan rápidamente a aquellas figuras que les despiertan una sensación de seguridad y protección.
7. En la vida, como en el amor, hay que saber perder.
8. Poner el amor en su sitio es darle un significado inteligente a la experiencia afectiva.
9. Un amor fuera de control puede ser apasionante siempre que no haya indicios de que se está con la persona equivocada.
10. El amor recíproco va más allá del puro “dar”, sin pedir nada a cambio, que caracteriza a la generosidad. Más bien propone una relación basada en el “dar” y el “recibir”.
11. No es necesario seguir en una relación que hace sufrir o que te traicione. No hay excusas para continuar con esas torturas. La clave debe ser esta: ser fiel a ti mismo.
12. El verdadero amor distribuye los privilegios equitativamente y no hay la sensación de “estafa” afectiva.
13. El primer amor suele ser maravilloso y devastador. El sufrimiento y el placer que provoca atormentan y obnubilan, dejando escaso margen para hacer otra cosa, pero no es una forma de amor que dure toda la vida.

14. Una característica del amor sano es que cada uno puede disponer de su tiempo y de sus cosas sin sentirse culpable.

15. No es necesario construir un compromiso formal para experimentar sentimientos apasionados de atracción.

16. Los romances adolescentes son más cortos porque lo que verdaderamente están buscando es descubrir quiénes son, qué valoran y qué caminos tomarán en su vida.

20. Un equipo de investigadores liderado por el Dr. Simone Shamay-Tsoory, en la Universidad de Haifa en Israel, en el año 2009 encontró que las zonas inferiores del cerebro regulan la empatía afectiva, mientras que las zonas superiores, la empatía cognitiva.

Bibliografía

Aichhorn, A., *Juventud desamparada.* Gedisa, Barcelona. 2006.

Adler, A., *El carácter neurótico*, Planeta Agostini, Barcelona, 1985.

Amin, Samir, *El desarrollo desigual,* Planeta Agostini, Barcelona, 1974.

André, C., y Patrich L., *El miedo a los demás*, Ediciones Mensajero, Bilbao, 1997.

Armesto, M. Krimer, y Pugliese y Rojas, C., *Aspectos psicopatológicos del niño maltratado: tipología, psicodrama y campo de investigación psicosomática.* En la Revista Argentina de Psiquiatría y Psicología de la Infancia y Adolescencia. Assapia, Nº 1, Paidós, Buenos Aires, 1971.

Ausebel y Sullivan, *El desarrollo infantil,* Buenos Aires, Paidós, Buenos Aires, 1980.

Ausubel, et al., *Psicología educativa*, Trillas, México, Trillas, 1990.

Álvaro, J.L.; Garrido, A. y Torregrosa J.R.(1997). *Psicología Social Aplicada* Madrid: Alianza Universidad. 1997.

Amorós, C. *Hacia una crítica de la razón patriarcal*. Barcelona: Anthropos. 1991.

Bandura, A., *Aggression: A social learning analysis*, Englewood Cliffs, New Jersey, 1962.

Barnes, Tony, *Cómo lograr un liderazgo exitoso,* McGraw Hill, Bogotá, 1999.

Barudy, J. y Dantagnan, M., *Los buenos tratos a la infancia*, Gedisa, Barcelona, 2005.

Barudy, J., *El dolor invisible de la infancia. Una lectura ecosistémica del maltrato infantil*, Paidós, Barcelona, 2003.

Bauman, Zymunt, *Vida líquida*, Paidós, Barcelona, 2006.

Bauman, Zymunt, *Sobre la educación en un mundo líquido,* Paidós, Barcelona, 2013.

Beck, Ulrich: Elisaberth Beck-Gernssheim; *Amor a distancia,* Paidós, Barcelona, *2012.*

Bentovim, A., S*istemas organizados por traumas el abuso físico y sexual en las familias*, Paidós, Buenos Aires, 2000.

Bonilla, A., *La perspectiva de género como tratamiento analítico de lo obvio*, Educar*,* n. 23-24, 1998*.*

Bourdieu, P., *La dominación masculina*, Anagrama, Barcelona, 1998.

Badinter, E.. *X Y La identidad masculina*. Madrid: Alianza. 1992.

Barbera, E., *Psicología del género*. Barcelona: Ariel, 1998

Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama, 2000.

Bowlby, J., *El vínculo afectivo*, Paidós, Buenos Aires, 1976.

Burns, David D., *El manual de ejercicios de sentirse bien,* Paidós, Barcelona, 1999.

Carriolo, E., *La adaptación inteligente: de los esquemas a la representación*, Ficha del Departamento de Psicología Evolutiva, Universidad de Buenos Aires.

Colombo, G. y Palermo, A., *El encuentro creativo de las madres en su vínculo con la escuela, Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, n. 55, 1991.

Comellas, M.J. y Mardomingo, M.J., *El entorno social del niño y del adolescente*, p. 96-109, Laertes, Barcelona, 1998.

Comellas, M.J., *A cultura de genero e o uso do espaço durante o periodo de educaçao obligatoria,* Contrapunto: Olhares e lugares*,* n. 2, p. 331-343, Salvador de Baiade Bahía*,* 1999*.*

Comellas, M.J., *El entorno y su respuesta ante la diversidad de género: la educación del/de la niño/a y del/de la adolescente,* en Callabet, J.

Comellas, M.J., *La educación de los valores en el seno de la familia, Pedagogía familiar*, p. 95-105, Narcea, Madrid, 1990.

Comellas, M.J., *Les valoracions tòpiques que la societat fa del gènere,*

Educar, n. 22-23, p. 181-188, 1998.

Comellas, M.J., *Què entenem per coeducar?, Reflexions sobre la Coeducación,* p. 118-124, Universitat Autònoma de Barcelona, Barcelona, 1984.

Comité Económico y Social Europeo, *El camino hacia la sociedad europea del conocimiento. La contribución de la sociedad civil organizada a la Estrategia de Lisboa,* (2006/C 65/18).

Cyrulnik, Boris, *Los patitos feos. La resiliencia: una infancia infeliz no determina la vida*, Gedisa, Barcelona, 2005.

Dolto, Francoise, *¿Tiene el niño derecho a saberlo todo?,* Paidós, Barcelona, 1999.

Dolto, Francoise, *La causa de los adolescentes*, Paidós, Barcelona, 2004.

Dolto, Francoise, *La imagen inconsciente del cuerpo*, Paidós, Barcelona, 1994.

Dolto, Francoise, *Las etapas de la infancia*, Paidós, Barcelona, 2000.

Dolto, Francoise, *Los trastornos en la infancia*, Paidós, Barcelona, 2001.

Drucker, Peter, *Las nuevas realidades*, Edhasa, Barcelona, 1989.

Durrant, M; Cerril, W., *Terapia del abuso sexual*, Gedisa, Barcelona, 1993.

Echeburúa, E. y Guerricaechabarría, C., *Abuso Sexual en la infancia: víctimas y agresores,* Ariel, Barcelona, 2000.

Featherstone, Mike, *Cultura de consumo y postmodernismo*, Amorrortu, Madrid, 1991.

Ferry Luc; *Sobre el amor, una filosofía para el siglo XXI*, Barcelona; 2012.

Finkelhor, *Abuso sexual al menor: causas, consecuencias y tratamiento psicosocial* Pax, México, 1980.

Fonagy, P., *Las persistencias transgeneracionales del apego: una nueva teoría*, Aperturas Psicoanalíticas, Nº 33. Extraído en septiembre de 2005 de http://www.aperturas.org.

Freud, Anna, *Normalidad y patología de la niñez,* Paidós, Buenos Aires,

1975.

Fernández, J. *Género y sociedad*. Madrid: Pirámide col. Psicología.1998.

Fernández, J. y otr@s. *Varones y mujeres: desarrollo de la doble realidad del sexo y del género.,* Madrid: Pirámide, 1996.

Giddens, A.. *La transformación de la intimidad*. Buenos Aires: Paidos, 1995.

Gil Calvo, E. *El nuevo sexo débil: Los dilemas del varón posmoderno.* Madrid: Temas de hoy, 1997.

Golberg, H., *Hombres, hombres: Trampas y mitos de la masculinidad.* Madrid: Temas de hoy, 1992.

Gilmore, D. (1994). *Hacerse hombre. Concepciones de la masculinidad.* Buenos Aires: Paidos, 1994.

Giberti, E., y Fernández, A.M., *La mujer y la violencia invisible,* Sudamericana, Buenos Aires, 1992.

Giberti, Eva, *La familia y los modelos empíricos*, en *Vivir en Familia*. Wainerman, Catalina. UNCEF – LOSADA. Buenos Aires. 1994.

Harms, Ernest, *Psicología del niño anormal,* Paidós,; Buenos Aires,; 1964.

Harris, C.T.B., *La castración del unicornio: Al encuentro de la identidad masculina.* Madrid, 1998.

Hirigoyen, Marie-France; *Las nuevas soledades*; Paidós Contextos; Barcelona; 2013.

Hirigoyen, Marie-France; *El abuso de la debilidad;* Paidós Contextos; Barcelona; 2013.

Hofstein, F. (2006). *El amor del cuerpo.* Buenos Aires: Ambar. 2006.

Houston, J.. *La diosa y el Héroe: El viaje como símbolo e iniciación.* Buenos Aires: Planeta. 1993.

Ibáñez, J., *Lenguaje, espacio y segregación sexual, Por una sociología de la vida cotidiana,* Siglo XXI, México, 1986.

Kreimer, J.C., *El varón sagrado. El seguimiento de una nueva masculinidad* Buenos Aires PlanetA, 1991.

Kreimer, J.C.. *Rehacerse hombres* Buenos Aires: Planeta, 1994.

Lipovetsky, Gilles, *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*, Anagrama, Barcelona, 1986.

Lipovetsky, Gilles, *La felicidad paradójica,* Anagrama, Barcelona, 2007.

Livingstone, Sonia, *Los niños en Europa. Evaluación de los riesgos de Internet*, TELOS, Nº 73, Madrid, Octubre-Diciembre 2007.

Lyotard, Jean Francois, *La condición posmoderna*, Planeta Agostini, Buenos Aires. Argentina, 1993.

Malinowski, Bronislaw, *Crimen y costumbre en la sociedad salvaje*, Planeta De Agostini, Barcelona, 1985.

Mannoni, M., *El niño, su "«enfermedad"» y los otros*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1967.

Podesta, M., y Rovea, O., *Abuso sexual infantil intrafamiliar,* Espacio, Buenos Aires, 2003.

Polo, J.J. y Buendía, H., *La nueva ley penal del menor*, Colex, Madrid, 2003.

Pulpillo, A., *La participación de los padres en la escuela*, Escuela Española, Madrid, 1982.

Reymond-Riviér, R., *El desarrollo social del niño y del adolescente,* Herder.Barcelona, 1977.

Rodríguez Sacristán, J., *Psicopatología del niño y del adolescente*, Servicio de Publicaciones de la Universidad, Sevilla, 1995.

Rodríguez, Nora, *¿Hablas de sexo con tu hijo?,* Temas de Hoy, Madrid, 2007.

Rodríguez, Nora, *Hijos víctima de mobbing parental,* Método P.P.P.E. Programa parental de pedagogía epigenética, Click ediciones, Barcelona, 2014.

Rodríguez, Nora, *Educar niños y adolescentes en la era digital,* Paidós, Barcelona, 2012.

Rodríguez, Nora, *Guerra en las aulas,* Temas de Hoy, Madrid, 2004.

Rojas Marcos, Luis, *Las semillas de la violencia*, Espasa Calpe, Madrid, 1996.

Sanz, F. (1995). *Los vínculos amorosos.* Barcelona: Kairós, 1995.

Save the Children, *Programación de los Derechos del Niño. Cómo Aplicar un Enfoque de Derechos del Niño en la Programación*, Estocolmo, 2002.

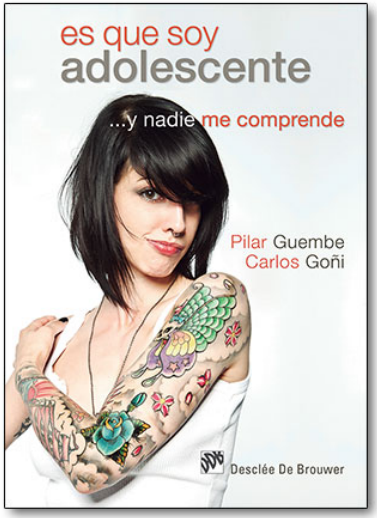
Stern, D., *La constelación maternal*, Paidós, Buenos Aires, 1997.

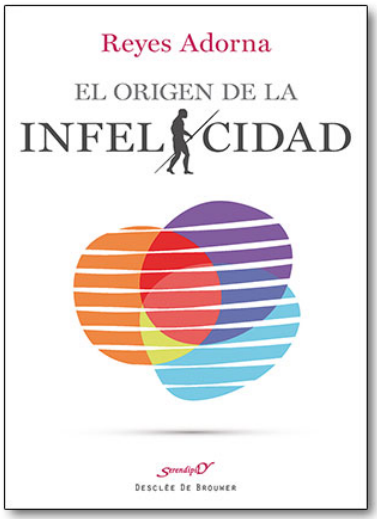
Acerca de la autora

Nora Rodríguez, estudió pedagogía y filología. Ha trabajado con niños conflictivos en condiciones de marginalidad y es una de las pioneras en el estudio de la violencia escolar. Es la creadora del Proyecto Atenea: un modelo de prevención e intervención para afrontar la violencia en las aulas, basado en redes de capital humano y en la promoción de la resiliencia en los alumnos. Defensora de los Derechos de la Infancia, ha impulsado la creación del título de Especialista en Convivencia y Acoso Escolar desde el Observatorio Internacional de Justicia Juvenil de Bruselas. Además es la creadora del I Congreso internacional de

educación del cerebro social en las aulas, Altruismo pedagógico, compasión activa y optimismo social, pilares de la nueva educación, que llevará a distintas ciudades de Europa y América.

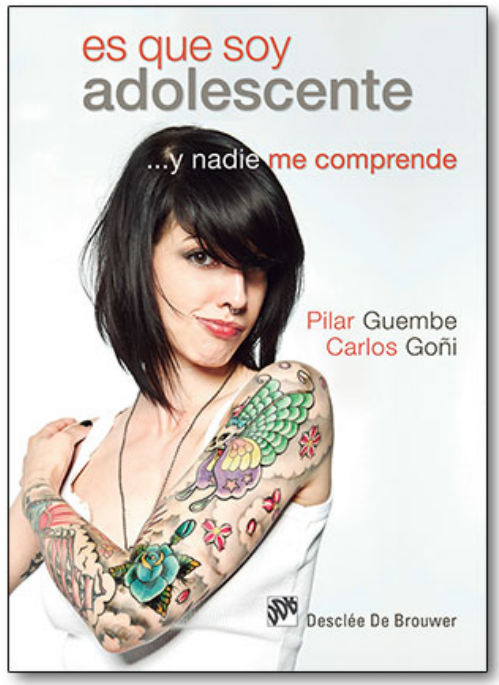
Otros libros





Adquiera todos nuestros ebooks en

www.ebooks.edesclee.com



Es que soy adolescente… y nadie me comprende

Pilar Guembe - Carlos Goñi

ISBN: 978-84-330-2777-1

www.edesclee.com

"Es que soy adolescente" suena a excusa, y en cierto modo lo es, pero ante todo es una forma de pedir ayuda. El chico o la chica que se acoge a esta premisa no siempre lo hace para montar un argumento justificativo, sino como un grito de socorro para que los padres, y los adultos en general, nos esforcemos por comprender lo que ellos mismos no comprenden.

En el fondo, nos están pidiendo que no tiremos la toalla, que no cejemos en el empeño de seguir educándolos, que cambiemos las estrategias educativas, que nos armemos de paciencia, que recordemos nuestra adolescencia, que aprendamos a tratarlos, que no los dejemos solos... Todo eso y mucho más nos lo están diciendo con sus frases adolescentes tan personales y tan universales.

Este libro nos enseña a utilizar en las conversaciones con adolescentes preguntas que desafíen sus expresiones con la finalidad de hacerles reflexionar sobre lo que creen ser, sobre lo que piensan, lo que sienten, lo que quieren y lo que hacen.

Y también nos ayuda a comprender a los adolescentes, algo que pasa por estar más con ellos, compartir sus inquietudes, conocer sus problemas, apaciguar sus temores, impulsar sus ilusiones y no quitárnoslos de encima cuando comienzan a molestar.

Detrás de la pared

Una mirada multidisciplinar acerca de los niños, niñas y adolescentes expuestos a la violencia de género

Sofía Czalbowski (Coordinadora)

ISBN: 978-84-330-2778-8

www.edesclee.com

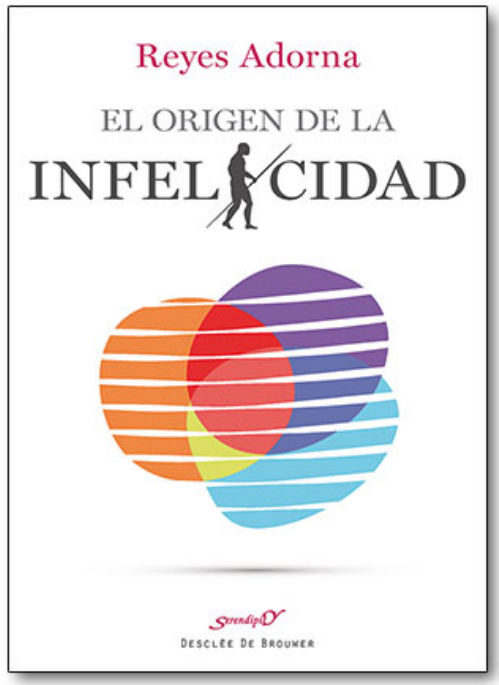
El título Detrás de la pared se inspira en la conocida canción Behind the wall de la cantante Tracy Chapman, que narra de forma desgarradora cómo es percibida la violencia de género por un niño, una niña o una persona adolescente. Esta obra quiere dar a conocer de forma precisa la gran capacidad destructiva de esta violencia, pero también los diferentes recursos terapéuticos que como profesionales que ayudamos a estas

víctimas podemos ofrecerles para superar conjuntamente el daño producido.

Para ello se ha recopilado el trabajo y la experiencia de diferentes profesionales con años de dedicación en el ámbito de la infancia y adolescencia expuestas a la violencia de género, mostrando la situación de estos niños y niñas no solo a nivel teórico, sino también desde un punto de vista práctico.

Tras la contextualización desde el punto de vista de los derechos humanos y de la infancia y la descripción de los perjuicios para la salud física y mental de los menores expuestos a esta clase de violencia, se proponen técnicas diagnósticas y de evaluación con ejemplos detallados de intervenciones psicológicas que pocas veces se mencionan en la literatura y se desarrollan propuestas de prevención desde el ámbito legislativo y pediátrico.

Así pues, el verdadero valor de este texto reside en la combinación del conocimiento científico y la experiencia práctica en diferentes áreas y desde diferentes enfoques, con la finalidad de lograr la reversión del daño producido y la recuperación de lo que nunca se debió perder: la experiencia de recibir un cuidado amoroso en las primeras etapas de la vida, para formar parte de una sociedad sin duda mejor.



El origen de la infelicidad

Reyes Adorna

ISBN: 978-84-330-2771-9

www.edesclee.com

Nacemos con unas herramientas instintivas, emocionales y mentales que han sido útiles -y siguen siéndolo en su mayoría- para nuestra supervivencia. Sin embargo nadie nos enseña para qué sirven ni cómo manejarlas en nuestra vida diaria. Al nacer sin un manual de instrucciones, podemos llegar a hacer un mal uso de ellas, dando palos de ciego en nuestro universo interior y sintiéndonos culpables al creer que muchos de nuestros problemas provienen de nuestra personalidad o torpeza.

Este libro pretende, apoyándose en los últimos avances neurocientíficos, mostrar las raíces biológicas de nuestros malestares y sufrimientos. Tras un recorrido por los orígenes de la infelicidad, se analizarán las características de nuestras emociones -sobre todo las que llamamos negativas-, se mostrará para qué están diseñadas y cómo aprender a manejarlas lo mejor posible. También se analizarán las estructuras y tendencias de nuestro pensamiento, cómo nos enfrentamos a ellas los seres humanos y cómo a menudo estrechan, interpretan y distorsionan la realidad.

Cada apartado está acompañado de ejercicios prácticos, más de 60 en total, que ayudan a conseguir el objetivo principal de este libro: acercarnos al autoconocimiento como especie y disminuir los obstáculos que ciegan una felicidad más humana y más acorde con nuestra propia naturaleza.

La fuerza que tú llevas dentro

Diálogos clínicos

Antonio S. Gómez

ISBN: 978-84-330-2770-2

www.edesclee.com

El individuo está en constantes cambios y en un continuo proceso de aprendizaje (y reaprendizaje). Lo queramos o no, aprender a pensar de manera distinta, a sentir y a comportarnos de modo alternativo en respuesta a pensamientos, creencias y conductas disfuncionales, es la clave del cambio terapéutico. La determinación y el esfuerzo de cada uno definirán la magnitud del cambio.

En *La fuerza que tú llevas dentro* encontrarás las rutas que han conducido a otros a conseguir cambios difíciles, con experiencias reales debidamente camufladas, con diálogos clínicos reales y con el acercamiento teórico que nos ofrece la psicología científica.

Nadie puede hacerlo por ti, ni mejor que tú. Utilicemos los conocimientos de la psicología actual para ser más felices y más humanos. Merece la pena.

Bienvenido a nuestro viaje.

AMAE

Loretta Cornejo Parolini

Adolescencia: la revuelta filosófica, por Ani Bustamante (2ª ed.)

El síndrome de Salomón. El niño partido en dos, por María Barbero de Granda y María Bilbao Maté (2ª ed.)

La adopción: Un viaje de ida y vuelta, por Alfonso Colodrón Gómez-Roxas

Esto, eso, aquello… también pueden ser malos tratos, por Ángela Tormo Abad

La adolescencia adelantada. El drama de la niñez perdida, por Fernando Maestre Pagaza (2ª ed.)

Riqueza aprendida. Aprender a aprender de la A a la Z, por Roz Townsend

Los padres, primero. Cómo padres e hijos aprenden juntos, por Garry Burnett y Kay Jarvis

PNL para profesores. Cómo ser un profesor altamente eficaz, por Richard Churches y Roger Terry (2ª ed.)

EmocionArte con los niños. El arte de acompañar a los niños en su emoción, por Macarena Chías y José Zurita (2ª ed.)

Muñecos, metáforas y soluciones. Constelaciones Familiares en sesión individual y otros usos terapéuticos, por María Colodrón (2ª ed.)

Madre separada. Cómo superan las mujeres con hijos la separación, por Katharina Martin y Barbara Schervier-Legewie (2ª ed.)

Rebelión en el aula. Claves para manejar a los alumnos conflictivos, por Sue Cowley

¿Hay algún hombre en casa? Tratado para el hombre ausente, por Aquilino Polaino

Cyber Bullying. El acoso escolar en la era digital, por Robin

Kowalski, Susan Limber y Patricia Agatston

222 preguntas al pediatra, por Gloria Cabezuelo y Pedro Frontera

Borrando la "J" de Jaula. Cómo mejorar el funcionamiento del aula. La educación desde una perspectiva humanista, por Isabel Cazenave Cantón y Rosa Mª Barbero Jiménez

Porque te quiero. Educar con amor… y mucho más, por Pilar Guembe y Carlos Goñi (3ª ed.)

Focusing con niños. El arte de comunicarse con los niños y los adolescentes en el colegio y en casa, por Marta Stapert y Eric Verliefde

Los cuentos de Luca. Un modelo de acompañamiento para niñas y niños en cuidados paliativos, por Carlo Clerico Medina

Familias felices. El arte de ser padres, por Trisha Lee, Steve Bowkett, Tim Harding y Roy Leighton

Mi aula de bebés. Guía práctica para padres y educadores infantiles, por Beatriz Ocamica Garabilla

Los niños, el miedo y los cuentos. Cómo contar cuentos que curan, por Ana Gutiérrez y Pedro Moreno

¿Todo niño viene con un pan bajo el brazo? Guía para padres adoptivos con hijos con trastornos del apego, por José Luis Gonzalo Marrodán y Óscar Pérez-Muga

El acoso escolar en la infancia. Cómo comprender las cuestiones implicadas y afrontar el problema, por Christine Macintyre

El espacio común. Nuevas aportaciones a la terapia gestáltica aplicada a la infancia y la adolescencia, por Loretta Zaira Cornejo Parolini

Primeros auxilios para niños traumatizados, por Andreas Krüger

Construyendo puentes. La técnica de la caja de arena (sandtray), por José Luis Gonzalo Marrodán

Educar sin castigar. Qué hacer cuando mi hijo se porta mal), por Pilar Guembe y Carlos Goñi

Como pienso soy. Tratamiento para niños con dificultades de atención e impulsividad, por verónica beatriz boneta osorio

Habilidades en *counselling* y psicoterapia gestálticos, por Phil Joyce y Charlotte Sills

Acción tutorial y orientación: aceptación, compromiso, valores.

Una propuesta de estilo para la intervención de tutores y orientadores, por Ramiro Álvarez

Elegir la vida. Historias de vida de familias acogedoras, por Pepa Horno Goicoechea

El niño divino y el héroe, por Claudio Naranjo

El gemelo solitario, por Peter Bourquin y Carmen Cortés

Mindfulness para profesores. Atención plena para escapar de la trampa del estrés, por Nina Mazzola y Beat Rusterholz

Educar amando desde el minuto cero. Ideas que pueden ayudar a los nuevos padres para educar mejor desde un principio, por Paloma López Cayhuela

Cómo ayudar a los niños a dormir: técnica del acompañamiento. Una nueva manera de enseñar a dormir sin sufrir, por Sonia Esquinas

Es que soy adolescente… y nadie me comprende, por Pilar Guembe y Carlos Goñi

El nuevo ideal del amor en adolescentes digitales. El control obsesivo dentro y fuera del mundo digital, por Nora Rodríguez